

Enfermedad y redención del pensamiento. Del caos del sentir
al pensamiento postmetafísico

Gerardo Martínez Cristerna

Índice

Introducción (la ruta del pensamiento)

Primera interacción: el estadio cósmico

El inicio de la vida: de la energía cósmica a las primeras células

Orden y desorden universal: medida y caos

Las huellas del pensamiento

El pensamiento habita fuera del cerebro

La enfermedad del pensamiento

Memoria y persistencia

La imaginación es física

La memoria cósmica

Las interacciones con el ambiente

Segunda interacción: el estadio humano

La historia del pensamiento

Energía e instintos y el inicio de la vida

El sistema nervioso y los sentimientos

El pensamiento y el cerebro (sabiduría, paz y tensión)

El pensamiento y el lenguaje como transportador

De la memoria individual a la memoria social y cósmica: sociedad, cultura y telaraña social

Una inteligencia con propósito

La imaginación, la curiosidad y el miedo

Tercera interacción: el estadio de la medida

La medida y la tendencia a la forma

El caos o la energía del devenir

Medida y caos

El ser humano como el lugar donde toman conciencia la medida y el caos

Deconstrucción de las ideologías

Ni dogmas, ni puro ruido

La imaginación creativa

La historia del pensamiento y la llegada de la nueva filosofía

Cuarta interacción: el estadio de la nueva filosofía

Diálogos en el umbral

El otro umbral

La medida del pensamiento

¿Existen las enfermedades mentales?

Manifiesto por la nueva filosofía

La Inteligencia Artificial como el nuevo portal del pensamiento

El eterno retorno de lo diferente

Conclusiones provisionales

Introducción (la ruta del pensamiento)

La humanidad ha mirado al cielo con el fin de encontrar una armonía perfecta. Las leyes eternas de Platón, la unidad de medida de Descartes, el *logos* de toda ciencia racional – moderna, premoderna o actual – son la muestra de que el pensar ha intentado ordenar y jerarquizar el Todo. Desde los griegos hasta la física moderna, la esperanza en la razón ha consistido en la búsqueda de un último orden capaz de estabilizar el devenir. De allí que hoy estemos ante el colapso de la creatividad. Sin embargo, ¿no parece sospechoso que cada ciencia tenga validez al crear las premisas que justifican sus perspectivas? ¿Que después de enfrentar discontinuidades, contradicciones internas, críticas y abandonos, aún intenten entronizarse como el saber perfecto? Las interpretaciones particulares de la realidad se establecen en significados peculiares que sirven de instrumentos para que las ciencias puedan asentar su óptica como una percepción científica, válida y objetiva. Pero, al buscar un orden completo para el mundo, el universo mostró a las ciencias que su creatividad desborda los términos por los cuales las ciencias intentan controlarlo. Y es así como las distintas perspectivas que habíamos creado sobre el mundo llegaron a colapsar.

Una vez que arribamos al modo en el que habitamos nuestro existir surge el mundo como el sostén de nuestro cuerpo. El mundo no es una arquitectura cerrada, sino un proceso atravesado por la incertidumbre, la entropía y constantes transformaciones. Pero el ‘error’ de nuestras ciencias no reside únicamente en intentar ordenar la realidad, sino en el haber introducido absolutos como el último de todos los fines. Y esto es así porque el orden es siempre provisional y es por lo que podemos decir que el caos no destruye el cosmos, lo hace más profundo. La historia humana no es sino el testimonio de cómo se desarrolló nuestra imaginación al pasar de la armonía cerrada hacia la comprensión de una medida dentro del caos. Pero esto ha traído graves consecuencias en la historia efectiva de los pueblos.

Las antiguas civilizaciones imaginaron un cosmos regido por proporciones perfectas, los filósofos hablaron de ideas eternas, las religiones prometieron una armonía invisible que servía de telón de fondo de toda creación. También la ciencia, desde sus inicios, imaginó leyes tan precisas que pensó poder plantear el universo

como si fuera un libro que cualquiera podía leer. Este acto de imaginación ha sido menospreciado por gran parte de los pensadores occidentales. Nos dice que cada época ha descubierto una perspectiva del mundo y que tal descubrimiento no puede sino ya encontrarse en la realidad. Pero la vanidad ha obcecado nuestras miradas. Las estrellas nacen y mueren, las formas se transforman, la materia se desgasta y el tiempo introduce grietas donde parecía haber estabilidad. La física encontró incertidumbre, la historia humana mostró rupturas. La vida misma nos revela que nada permanece idéntico a sí mismo y que nosotros solo somos un lector más, nunca privilegiado, de la creatividad cósmica.

Allí donde la ciencia esperaba establecer un orden absoluto apareció el caos, no para ser su enemigo natural, sino como su condición más profunda. El orden aparente que vemos en las cosas, lo demostraremos, es un orden caótico. No es una estructura fija, sino un equilibrio frágil que surge y se despliega en el devenir. Pero la humanidad, a través de todas las épocas, no se encuentra ante un universo ordenado; tampoco ante un vacío sin sentido, sino en medio de una realidad que se mide mientras se transforma.

Este libro está pensado para comprender nuestra situación existencial de un modo colosal. No solo nace de una revolución en el pensamiento sino de muchos años de meditación y comprobación de las tesis que lo sostienen por dentro. Comienza aceptando que el caos no es una amenaza, sino la posibilidad misma de todo acto de creación. Aquí la medida, que ha abandonado su estatus de prisión, ha devenido ritmo y es así que podemos entender la historia de la humanidad como un aprendizaje lento a partir del cual podemos comprender cómo hemos habitado el cosmos. De suerte que este nivel de comprensión no puede darse a través de estabilidades eternas, aunque tampoco lo podemos abandonar para que se disuelva en la nada. Vivimos en una realidad donde toda forma nace del desorden y donde toda apertura de nuevos posibles se mide para coexistir.

En el cosmos, la realidad ya oscila entre la medida y el caos. Mientras que en el cuerpo esa tensión primitiva se convierte en instinto, sensibilidad y conciencia. Y es así que en el pensamiento la humanidad interpreta esta tensión como la búsqueda de orden: el orden necesario para cubrirnos del caos. Si seguimos esta ruta, que no es sino la ruta del pensamiento, veremos que la historia filosófica de los pensadores es la macrofase donde el pensamiento reconoce lo que el cosmos ha desarrollado

desde el principio de todos los principios. Este es un principio donde todos los comienzos se unen.

Por su parte, la historia de la humanidad, más amplia que la historia de la filosofía, creyó descubrir en el orden y el caos algo totalmente novedoso, pero ni la física, la aritmética o las matemáticas tenían las herramientas para descubrir que lo que en realidad estaban experimentando era el dinamismo intrínseco a la energía, a la vida, al cuerpo. Es así que la ruta del pensamiento no comienza con una tesis interna al mundo. No son las ideas las que nos llevan hasta el principio. La ruta del pensamiento comienza con el primer movimiento del universo. Así, si el ser humano desea comprender mejor el devenir del Todo, no puede buscar un orden total del cosmos, sino cómo el cosmos ya ha pasado por la medida y el desborde creador infinitas veces. Así, la historia del pensamiento, más amplia que la historia de la humanidad y de la filosofía, no se origina con el nacimiento del sentido, sino en la situación donde el universo se vuelve consciente de su propia evolución.

Cuando la conciencia emergió del cuerpo, el ser humano comenzó a habitar el mundo más allá de un simple entorno. Con la ciencia el ser humano pudo empezar a vivir el mundo como quien habita en una pregunta. Los instintos habían ofrecido a los seres vivos el poder sobrevivir ante los peligros, mientras que los sentimientos pusieron coloridos en sus experiencias y, gracias a la memoria, el pensamiento pudo crear redes de continuidad y así integrar el pasado con el presente y futuro. Esta integración es la respuesta que ha dado el pensamiento a la evolución y, como toda experiencia de lo real ha guardado todos los pasados posibles, esta memoria debe recibir el nombre de 'memoria cósmica'.

Pero con la conciencia también nació algo totalmente novedoso: la necesidad de comprender qué lugar ocupa el ser humano en el cosmos. Max Scheler ha dado pistas al respecto. Pero su trabajo se quedó muy lejos de nuestros objetivos. Con la conciencia nació la búsqueda del orden y fue así como los seres humanos se proyectaron hacia el deseo de estabilidad que el cuerpo aún no había poseído jamás. Con la imaginación llegaron las armonías perfectas, las leyes definitivas, las estructuras formales capaces de detener el flujo y fijar el devenir.

Sin tener conocimiento de lo que estaban haciendo, los pensadores primitivos estaban intentando fijar en conceptos lo que ya había llevado a cabo la naturaleza: un acto de medida. No obstante, al seguir avanzando en su búsqueda, la mirada

humana volvió más rígida su concepción de la naturaleza y fue, así, como fue injusta con el universo. La historia mostró rupturas, la vida del humano se transformó, la ciencia encontró incertidumbre. El ideal de un orden absoluto comenzó a desvanecerse y empezó a dominar el caos pues se creyó que éste era la estructura última del mundo.

Tales momentos críticos del pensamiento señalaron al ser humano que lo que buscaba afuera, ese equilibrio definitivo, en realidad era una tensión viva entre la forma y el desborde. Pero fue aquí donde se anuncia algo sorprendente: el pensamiento no crea el cosmos, lo reconoce dentro de sí. Sin embargo, hemos comprendido que la medida crea jerarquías y gracias a este exceso el ser humano comenzó a optar por dirigirse a los otros a través del control. La medida, que en el origen es la proporción y el equilibrio del cosmos, fue interpretada por los seres humanos desde el sentido de una jerarquía rígida. Así convirtió lo que era un ritmo vivo en una norma fija y lo que era una forma dinámica en una estructura de poder.

Platón, Aristóteles, las religiones, los sistemas políticos, tomaron la idea de orden y las transformaron en sectores que fueron distinguidos como inferiores y superiores, como mandato y obediencia, como legitimación y subordinación. De modo que la medida fue absolutizada y así dejó de ser una medida dinámica del caos, para ser un instrumento de control. Esta es la dimensión política, social y ética de la categorización rígida, de las verdades únicas, de los modelos humanos ideales donde se excluye todo lo que desborda. De modo que la historia es la muestra de cómo el lenguaje ordenó instituciones, moralidades, estructuras que surgieron para justificar un orden preestablecido del mundo y, con ello, la regulación de las personas, de sus comportamientos y de sus actos.

La humanidad confundió la medida con una imagen que pone escalas en el mundo. Así transformó el equilibrio en una pirámide. Al ordenar, los sistemas de pensamiento olvidaron que el cosmos no es jerárquico, que la naturaleza no tiene arriba o abajo, que el mundo es inocentemente natural. Al fijar las formas que determinaban funciones, los seres del mundo pusieron las bases para cosificar también a las personas. Sin embargo, la medida es la apertura de un espacio para que el caos sea sentido como la creación de nuevos posibles y ésta no puede destruir el tejido común. Así, la metafísica tradicional transformó la medida cósmica en

jerarquía social y fue de esta manera que legitimó el orden de la explotación, la marginación, las desigualdades y las injusticias.

Una de las tesis centrales de este trabajo consiste en asumir que la medida nació como la intuición del equilibrio cósmico, como una manera de señalar la proporción que permite que algo exista sin disolverse. Sin embargo, a lo largo de la historia del pensamiento racional, esa idea fue desplazada hacia otro terreno. El ritmo del universo comenzó a ser interpretado bajo estructuras que los seres humanos podían comprender, éstas fueron fijadas y así la medida dejó de ser una relación para convertirse en una gran escala.

No es extraño que la metafísica clásica haya elevado la medida a un principio jerárquico. Al imaginar un orden superior – ideas puras, verdades eternas, modelos absolutos – introdujo una lógica jerarquizante que sirvió de organización final de la vida social. Fue así que se establecieron los dualismos que han dominado el pensamiento occidental (lo racional antes que lo sensible, lo ideal sobre lo corporal, los poderosos por encima de los débiles, el arriba por encima del abajo).

De modo que la medida, interpretada metafísicamente, perdió su carácter dinámico y fue convertida en un instrumento de control. La búsqueda legítima de equilibrio cósmico fue utilizada para justificar la operación de sistemas cerrados que, por definición, son excluyentes. En ellos el caos es eliminado por representar una amenaza para el control. Con todo, el orden dejó de estar en diálogo con el devenir para entonces transformarse en la imposición de formas.

Sin embargo, en nuestra concepción, es necesario liberar la medida como instrumento de dominio. Sin someter o clasificar la medida que acompaña el devenir. Se ocupa de poner las condiciones para que las diferencias coexistan y por ello evita la rigidez del orden absoluto y, al mismo tiempo, la disolución del caos ilimitado. De modo que lo que nace de la medida es una forma de homogenización donde ya no hay diferencias. Lo mismo pasó con el dinero. Este nació como una medida para facilitar el intercambio, pero pronto abandonó su carácter de relación y creó nuevas jerarquías. La absolutización del valor del dinero ha olvidado su valor de intercambio y así pudo ser el elemento que definía el valor humano.

Lejos de ser el modo en el que se equilibran las necesidades o una medida práctica del intercambio, el dinero creó diferencias donde la cifra sustituyó a la proporción y la acumulación al equilibrio. Fue así como una herramienta de medida

se convirtió en una pirámide invisible donde unos pocos concentran la forma y mucho otros son atrapados en sus sombras. Esto significa que hay tres niveles que han llevado la medida a un mecanismo de control. La medida cósmica fue convertida en jerarquía metafísica, las jerarquías metafísicas se han impuesto en el orden social y el orden social se cristaliza en el poder del dinero.

Las monarquías, el capital, el comunismo, la democracia, las ideologías, etc., siguen el mismo patrón. Las monarquías interpretan la idea de orden cósmico a partir de una figura central, el capital transforma la medida del intercambio en acumulación y diferencia de clases, el comunismo, aun buscando el equilibrio, fija una única forma de organización, mientras que la democracia intenta abrir la participación ciudadana, pero lo hace a partir de estructuras rígidas, esto es, de los partidos. Y, las ideologías, que nacen como una interpretación sesgada del mundo, terminan defendiendo una óptica como si fuera definitiva.

De modo que este libro pretende mostrar que la humanidad ha imaginado nombres y sistemas, pero al precio de repetir un mismo patrón: frente al caos inventa formas para aparentar estabilidad y gracias a estas apariencias puede actuar sobre otra voluntad. La corona del rey, la moneda de intercambio, el partido político, el voto en la democracia o las doctrinas ideológicas, etc., nacen como intentos de medida. Pero cuando se separan de su dinamismo y endurecen sus modelos para poder perpetuarse, institucionalizándose, el orden deja de ser un ritmo y se convierte en una dura amalgama desde la que se detenta el poder. Sin embargo, no es la nomenclatura del sistema lo que determina su destino, sino la relación que mantiene con el caos lo que lo hace madurar. Así, no proponemos una metafísica novedosa o la producción de una ideología que busque adeptos entusiastas. Buscamos una filosofía de la naturaleza donde el cosmos se entiende como el flujo abierto de la energía, como la tensión fecunda entre el caos y la medida, pero también, como la acumulación viva de la existencia de una larga herencia de verdades que ponen en relación al ser humano con el cosmos.

Pero si en su nacimiento un sistema busca equilibrio y con el paso del tiempo se transforma en una estructura rígida desde donde se facilita el control, ¿cómo asumir la crisis de los sistemas que habitamos? Es necesario retornar al caos, es necesario pensarlo como un giro necesario para volver a comenzar. El caos, antes de ser una destrucción desordenada de lo que apunta a desaparecer, es lo que vuelve

para abrir otros posibles. Es un acto de liberación antes que de pérdida. De allí que sea el ciclo entre la medida y el caos lo que nos conduce verdaderamente hacia la transformación.

Pero necesitaremos un hilo conductor para pensar en todo esto. Esta es la finalidad de este trabajo que tiene como objetivo mostrar que ya estamos preparados para pensar hasta el final. Este hilo conductor es la 'ruta del pensamiento', absolutamente presente a lo largo de esta obra. Es un camino colosal, pero ahora está en nuestras manos. Comienza señalando que el cosmos es el origen físico del pensar y que en este origen el pensamiento aún no existe como idea, sino como condición del universo. Acepta que la vida se expresa inicialmente como la anarquía de la energía. Donde la primera materia comienza como movimiento y transformación física. Se da la medida, la entropía y el caos y así el cosmos oscila entre orden, desgaste y apertura creativa. Las interrelaciones con el ambiente se hacen evidentes. Nada surge aislado; todo es una red de influencias. La memoria cósmica testifica que las estructuras del pasado permanecen como huellas activas y con la llegada del cuerpo nace la interioridad. El pensamiento se orienta hacia procesos corporales, ya no está fuera de ellos. Los instintos se muestran como las direcciones básicas de supervivencia y acción, y con la sensibilidad, los organismos comienzan a diferenciar estímulos. El sistema nervioso coordina señales y hace posible respuestas complejas. De suerte que con los sentimientos el mundo se vive como afecto antes que como concepto. Aquí la afectividad y la percepción comienzan a formar significados corporales primarios. Y llega la conciencia, donde el organismo se reconoce en su propia experiencia. Y el cerebro que, como proceso físico, ayuda al pensar a partir de una función material organizada. Y es allí donde la imaginación física opera como la capacidad de anticipar y proyectar posibilidades reales. Así la memoria deviene individual, las experiencias se acumulan y dan continuidad al yo. No obstante, el pensamiento, como la expansión humana del cosmos, hace que el pensar aparezca como fenómeno individual y colectivo. Individualmente, hay una organización personal de ideas y sentidos; colectivamente, el lenguaje y la cultura moldean la interacción entre las mentes. Pero podemos construir sentido, este es el rostro del ser humano para comprender el devenir. Y es así que, con el lenguaje, el pensamiento se vuelve compartible y simbólico. Y nacen la cultura y los símbolos. Con ellos se establecen mundos de significado colectivo. Pero necesitamos que esta

convivencia sea armónica, no destructiva. Y así se impone la necesidad de una ética, de medir el caos para aprender a crear sin destruir el equilibrio entre los seres humanos y el mundo. Y esta ética sugiere superar el enclaustramiento en el determinismo y el indeterminismo, entre la rigidez de lo formal y lo material, ni Platón ni Nietzsche, sino la voluntad de poder adaptarse a formas dinámicas, de vivir de acuerdo con una fuerza creadora que encuentra, por amor a la vida, su medida.

Lo anterior señala que todo en el universo comprende diversas formas de organización. Esto significa que la ruta del pensamiento no es una invención humana arbitraria, sino la expresión de la naturaleza de esta organización cósmica. De suerte que la organización existe en todos los niveles. Un átomo, una célula, un ecosistema, un cerebro, una teoría filosófica, etc., son formas de organización. La diferencia entre unos y otros no es que tengan o no organización, sino su grado y tipo. Así, si el universo tiende a organizar energía en estructuras cada vez más complejas, entonces el pensamiento sería organización que se vuelve consciente de la organización y la ruta del pensamiento sería el intento de mapear ese proceso. No sería algo artificial. Sería una auto-descripción del dinamismo. De modo que el caos no es ausencia de orden, es un orden que está en un nivel que aún no comprendemos. Solo alcanzamos a percibir sus manifestaciones. Sin embargo, que todo tenga organización no implica que todo tenga conciencia. Pero sí que la conciencia no es algo fuera del universo, sino una modalidad avanzada de organización. Con todo, que la organización no haya surgido de un *deus ex machina*, ni de un propósito impuesto, ni de una mente cósmica, significa que la ruta del pensamiento es la captación del dinamismo de lo real.

La ruta del pensamiento puede explicar la inocencia del cosmos. No hay un diseñador, ni intenciones previas, ni un plan. Hay dinamismo. Y el dinamismo, al desplegarse, genera energía, la energía materia, la materia vida, la vida pensamiento y el pensamiento conciencia. Y no lo hace como si fuera su meta, sino como la donación de fases de organización. De modo que no estamos ante un teísmo clásico, ni ante un mecanismo muerto, estamos ante un universo auto-organizativo. Es la consecuencia natural de un dinamismo que, al complejizarse, se vuelve reflexivo. El pensamiento es el dinamismo que se sabe dinamismo. Y esto nos lanza a nuestra pregunta fundamental: ¿qué es en sí misma la naturaleza? Y grandes pensadores nos

han dado puntos de partida. Para Spinoza era Dios, para los presocráticos la *arkhé*, para la física moderna lo que puede ser traducido a leyes fundamentales. Esto demuestra que siempre nos hemos preguntado por la naturaleza del pensamiento pero aún no estábamos preparados para preguntar de verdad. Poner las condiciones para que tal pregunta sea planteada, expresada, vivida y comprendida, pero haciéndolo de la mano de un preguntar en la sospecha, he aquí lo que pretende esclarecer este libro. En el inicio pensar pareció un modo de salvación pues con él la mente humana se erigió sobre el vértigo del mundo y lo nombró, lo ordenó y lo habitó controlándolo. Pensar fue inicialmente un acto de defensa contra el caos, una estrategia de supervivencia. Pero con el tiempo, aquello que nació como recurso se convirtió en estructura; lo que surgió como camino terminó volviéndose un muro. El pensamiento, en lugar de acompañar la vida, comenzó a enclaustrarla. Este libro nace de esa sospecha: que el pensamiento, al devenir absoluto, se enferma. Pero que no enferma por debilidad, sino por volverse rígido, que no enferma por equivocarse sino por asumirse como la única verdad. De suerte que, si logramos llevar a cabo un diagnóstico profundo de la enfermedad, quizá ya estemos más cerca de su cura.

Primera interacción: el estadio cósmico

El inicio de la vida: de la energía cósmica a las primeras células

El origen de la vida se detenta en la energía. La energía no intenta permanecer informe, tiende a organizarse y esa organización jamás es definitiva. Es potencia, impulso, dinamismo, sucesión, ajuste. De modo que la energía cósmica es el origen del pensamiento no organizado. La organización del pensamiento es posterior a su origen pues en el comienzo aún carece del material para medirse. El ser humano nace más tarde, es posterior a la energía. Sin embargo, sería un error pensar que la energía se convierte literalmente en pensamiento como si ésta cambiara de sustancia. Debemos sostener, antes bien, que, en el principio hay compatibilidad, ajuste, adaptación. En los seres humanos el pensamiento es un proceso organizado en el cerebro que se manifiesta como actividad electroquímica. En él la energía se organiza biológicamente cuando ésta toma forma y movimiento. Pero, antes de tomar forma, la energía cósmica operó como la fuerza vital universal que viene de la inmensidad del espacio, conectando la materia y animando la vida para mantener equilibrio y armonía. He aquí el primer nivel de configuración de la vida. La energía se organiza como pensamiento y el pensamiento reorganiza la energía dando vida a nuevas formas. Esto quiere decir que el universo no es estático, es creativo. La naturaleza de las galaxias es medida cósmica, contiene fuerzas gravitacionales inmensas que no colapsan entre sí. Este caos es una fuerza gravitacional estabilizada. Las galaxias existen gracias a fuerzas que se encuentran en conflicto y en esta confrontación reina la lucha entre la gravedad y la expansión. De modo que la vida existe por tensiones, químicas, biológicas, neuronales, sociales, culturales, etc., y el pensamiento por contraste, por diferenciación, por organización.

Lo que hemos dicho no es sino la base de todo lo existente. Es la energía pura, la inteligencia inherente a la vida, sin cerebro ni mente, que impulsa la creación del cosmos y, por ello, de la vida. La energía se organiza en elementos que generaron las primeras formas vivientes. Tiene un propósito de replicación y adaptación, que será la base de los instintos y del cuerpo. Así, las primeras células son unidades vivientes autónomas, ellas son las primeras formas de la vida. Su energía interna dirige procesos de autoconservación y reproducción, marcando la pauta para los

sistemas biológicos posteriores y complejos. Preparan el camino que la evolución va a seguir.

Lo anterior no fue extraño a los primeros pensadores de nuestra cultura. Por ejemplo, Heráclito, al pensar el flujo, el cambio constante, señaló que la energía y la vida están en constante movimiento, que todo pensamiento y toda célula están en transformación continua. Spinoza, al plantear la unidad de la sustancia, sostuvo que la vida y la energía son expresión de un todo donde cada célula refleja la inteligencia del cosmos. Leibniz, en su monadología, señalaba que cada célula o entidad mínima tiene percepción y energía propia y que ellas son las precursoras de los instintos. Kant, al pensar en los límites del conocimiento por la vía del noúmeno, nos condujo a mirar hacia las estructuras de la mente que permiten percibir la energía, la vida y la naturaleza del pensamiento. Mientras que Schopenhauer, al profundizar en la voluntad, señaló que la energía subyacente de la vida se manifiesta como la fuerza vital que impulsa los instintos y el pensamiento. Goethe, quien sabía expresar el principio vital de la naturaleza humana, afirmaba que la energía de la vida, auspiciada por la naturaleza de las células, se refleja en los instintos y estos corresponden a las formas del cuerpo. De modo que lo que podemos padecer está siempre en armónica tensión con la naturaleza. Algo similar pasa con Nietzsche quien, al pensar la voluntad de poder, asumió que el pensamiento es una fuerza creativa, gracias a la cual el ser humano puede trascender límites y transformar la energía en ideas y acción.

Huelga decir que en todos estos pensadores hay una única intuición: la energía oscila entre la medida y el caos. Esto quiere decir que no partimos del orden ni del azar, sino que debemos comenzar desde su convivencia. Así, la energía cósmica no se presenta como un sistema cerrado ni como una dispersión sin forma, sino como una tensión viva que se autoregula mientras se transforma. A la tensión originaria de la vida llamaremos 'medida' y 'caos'. Y ella señala la primera de todas las maneras en las que podemos pensar el origen: la energía cósmica tomó la forma de la célula y así midió el inicio de la vida conocida. En otras palabras, la célula fue el gesto por el cual el cosmos se dió límites, ritmo y figura. Gracias a ella, todo pudo evolucionar, durar, repetirse, ser reconocido. Sin embargo, estos límites no son definitivos: toda forma contiene ya la posibilidad de su modificación. Allí donde la célula se afirma, la energía la acompaña como su sombra creadora. La energía

cósmica es la potencia de la apertura del mundo. No se destruye, como han señalado los físicos, sino que se desborda contantemente impidiendo que la vida llegue a su fin. Sin energía, la realidad se convertiría en un mecanismo inmóvil; sin las células, se disolvería la vida antes de llegar a ser. La existencia ocurre en ese intervalo.

El pensamiento no se sitúa fuera de este movimiento. Pensar es un acontecimiento físico del cosmos, una reorganización momentánea de su tejido. La imaginación no inventa mundos ajenos: explora las posibilidades del único mundo que existe para nosotros. Por esto, las oposiciones clásicas —determinismo e indeterminismo, necesidad y libertad, orden y azar— no son simplemente errores de apreciación, sino lecturas parciales de una misma dinámica más profunda. El error comienza cuando una de ellas se absolutiza y pretende anular a la otra. En medio de esta ingente dimensión, el ser humano no ocupa un lugar privilegiado en el universo; solo es uno de sus umbrales. En él, la medida busca sentido y el caos encuentra expresión. Es así que nuestra tarea no consiste en dominar el devenir, sino en aprender su proporción. En otras palabras, no se trata de una síntesis final, sino de una orientación: pensar el mundo como equilibrio móvil, habitar la oscilación, reconocer que toda forma es provisional y que toda apertura necesita medida para no extinguirse.

En muchas tradiciones del pensamiento occidental el determinismo representa orden, ley, proporción. En la física clásica, las leyes deterministas (con Newton o Laplace) describen un universo donde todo sigue una medida. En filosofía, siempre ha habido una estructura que da coherencia al *logos*. Es por lo que es necesario reinterpretar la historia del pensamiento a partir del concepto de medida. Este concepto podría entenderse como ese nivel donde el cosmos muestra regularidad, ritmo, límites. No significa rigidez absoluta, sino tendencia a la forma. Y esta tendencia es un proceso que, al mismo tiempo, se conserva y transforma. Para pensarlo, podríamos poner, con muchas restricciones, como hilo conductor el sentido del indeterminismo. En la física cuántica éste aparece cuando nacen las probabilidades. Cuando pensamos sistemas sensibles que son impredecibles aún cuando respondan a leyes. Es decir, cuando una forma se pone en relación con otras posibilidades y comienza la transformación.

Una célula es un organismo que responde a este principio. Está compuesto por una membrana celular, que es la barrera exterior que controla la entrada y salida

de sustancias, por un núcleo, que opera como el centro de control que contiene el ADN (donde se resguarda el material genético) y por el citoplasma, que opera como el medio interno acuoso donde flotan los orgánulos, y por las mitocondrias, esto es, los orgánulos responsables de la producción de energía (aquellos que permiten la respiración celular). La célula es un sistema complejo que nos muestra que lo indeterminado no es puro desorden, sino apertura, creatividad, posibilidad. Ella nos revelan algo muy cercano a lo que Nietzsche comenzó a pensar y a lo que hoy están intentando aclarar los pensadores del devenir.

Así, cuando la energía cósmica devino célula se nos muestra que la lógica macroscópica del cosmos opera como modelo de la realidad microscópica y lo hace señalando que el Todo no es totalmente determinado ni indeterminado, sino evolutivo y adaptativo. La célula es la unidad estructural y funcional básica de todos los seres vivos, capaz de realizar funciones vitales como la nutrición, la relación y la reproducción. Son estructuras microscópicas que constituyen billones de unidades en organismos pluricelulares (como los seres humanos y los animales) o actúan de forma individual en organismos unicelulares (como las bacterias), organizándose en eucariotas y procariotas. De modo que hay organización y variación, modificación, flujo, cambio. Y esto es lo que señala la tensión dinámica entre la medida y el caos. Y es lo que han señalado los filósofos que citamos anteriormente en nuestra exposición. Pero también es lo que hoy sostiene la física moderna y la biología: que hay un orden emergente dentro de los sistemas, que la energía del devenir entra en tendencia a la forma y su primera estructura vital deviene célula y ésta entra en relaciones cualitativas con otras naturalezas y así se constituyen las primeras diferencias. Las células sanguíneas, o glóbulos, transportan el oxígeno (los eritrocitos) o se encargan de defender el organismo (los leucocitos); las células nerviosas (las neuronas), transmiten señales eléctricas por el cuerpo; las células musculares se especializan en la contracción y el movimiento; las células germinales producen gametos (óvulos y espermatozoides) para la reproducción; las células vegetales, son las que poseen una pared celular y cloroplastos para ayudar a la fotosíntesis. En otras palabras, somos sistemas organizados complejos que tienen interacción con su ámbito.

La medida que estamos pensando aquí es la célula convertida en sistema, mientras que el caos es lo que no le permite dejar de interactuar, la energía que le da

vida. Hay una estabilidad en este tejido cósmico, pero también una creatividad interna que disipa la estabilidad total. En otras palabras, medida y caos no son opuestos absolutos, sino dos modos del mismo proceso físico-simbólico. El viejo conflicto entre determinismo e indeterminismo nace de una mirada dividida del mundo. Mientras los primeros ven leyes necesarias que ordenan el devenir; los otros solo ven la apertura imprevisible del acontecimiento. Pero el cosmos no parece elegir entre ambas miradas: respira entre las dos. Es la bizagra de la vida. La medida es el ritmo que hace posible que algo permanezca; el caos es la fuerza que impide que todo se cierre. La medida no es rigidez, sino proporción viva. Es la forma en la que el universo se reconoce a sí mismo en patrones, ciclos y regularidades. Desde la célula hasta el sistema nervioso complejo. Mientras que el caos, en cambio, no es mera destrucción; es el exceso creativo, la grieta por donde lo nuevo irrumpe. Desde la primera explosión hasta el nacimiento de nuevas estrellas.

Todo nuestro recorrido está atravesado por dos imperativos: la medida es forma, límite, organización; el caos transformación, exceso, apertura. No son fases distintas, sino fuerzas simultáneas en cada nivel: energía, instinto, memoria, imaginación y lenguaje. Si todo fuera medida, el mundo sería un mecanismo inmóvil; si todo fuera caos, no habría mundo que pudiera aparecer. Determinismo e indeterminismo son nombres parciales para esta tensión más profunda. Allí donde la física encuentra leyes, aparece la medida; allí donde encuentra fluctuación y probabilidad, emerge el caos. Pero ambos pertenecen a una misma realidad entrelazada: un cosmos que se mide mientras se desborda. Con todo, la primera dimensión donde la vida se hizo forma fue la célula. En ella la energía se midió y puso las condiciones de posibilidad para evolucionar a la vida que conocemos. Esta situación requiere un pensar que constantemente evoluciona hacia un equilibrio inestable. Así, el ser humano, que no está fuera de este proceso; solo es uno de sus pliegues, una zona donde el universo se vuelve consciente de su propia oscilación.

En la célula se refleja el cosmos como memoria cósmica pues la información que posee está interconectada con la energía del universo. Para los científicos cuánticos las células y los organismos se interconectan cuánticamente y gracias a esta interacción es posible establecer la existencia de una memoria o conexión con el universo. En la teoría del campo unificado también encontramos una reticulación y esta incluye las células. La biología cuántica confirma esta dimensión al explicar

cómo las células influyen en los procesos biológicos gracias a la información que poseen. De esta manera podemos pensar que las células que dieron origen a la vida operaron de manera inteligente al adaptarse a su entorno. Las células primitivas pusieron en función mecanismos básicos para responder adaptativamente a estímulos. Así se autoorganizaron y autorregularon para mantener su homeostasis y sobrevivir a los cambios del entorno. De modo que la capacidad de las células para evolucionar y adaptarse a nuevos entornos señala el proceso de recuperación de información ancestral que nos ha conducido a la diversidad de la vida en la tierra. Esto quiere decir que, gracias a la capacidad de generar, guardar y transferir información, la célula es un microcosmos que resguarda mesuradamente el conocimiento de la memoria cósmica.

Antes de cualquier idea, antes incluso de cualquier ser vivo, existe un sustrato: la energía. No como abstracción poética, sino como la base material y dinámica de todo lo que existe. La energía no piensa, no decide, no interpreta. Sin embargo, se organiza. Y en esa organización —lenta, ciega, acumulativa— aparece la vida. Todo lo que existe puede describirse, en última instancia, como formas de energía organizándose en distintos niveles de complejidad. Este punto de partida no es metafórico. Es la afirmación de que el pensamiento humano no es un fenómeno separado del cosmos: es una de sus configuraciones. No llegamos al universo desde fuera; somos el universo organizándose de una manera particular. Esta idea tiene consecuencias filosóficas enormes: si el pensamiento es energía organizada, entonces sus patologías también son patologías de organización, no errores sobrenaturales ni fallas morales.

Orden y desorden universal: medida y caos

Todo lo que existe entra en la dinámica de la medida-caos. La forma es lo que dispone que el cosmos no sea caótico. Pero las formas evolucionan a nuevas formas y así operan por creatividad. El papel universal de la creatividad consiste en ser una energía en búsqueda de formas. Así, cuando una forma se hace muy rígida, como se sostiene en algunas lecturas de Platón, la misma energía rompe esas estructuras para crear otras líneas de fuga. De este modo podemos explicar cómo nacen, florecen y caen las culturas, de qué modo las ideas dominantes comienzan a agotarse. En otras

palabras, el modo en que las estructuras rígidas devienen insuficientes. Es necesario pensar en figuras capaces de mostrarnos que el equilibrio siempre es inestable. Este papel lo desempeña la medida-caos. Es una estabilización dinámica, una tensión sostenida. Es un movimiento en equilibrio.

Por su parte, la voluntad de poder no busca establecer formas definitivas, sino aquellas capaces de sostener el flujo de la energía. Cuando una forma ya no puede contener la energía, se rompe y esto no es un fracaso, sino el exceso de la vida. De modo que el orden no es lo contrario al caos, sino el caos temporalmente estabilizado. Así, el ser viviente está en tensión: a demasiado orden hay rigidez, a demasiado caos, disolución. Una galaxia parece permanecer ordenada, pero en realidad en ella las estrellas nacen y mueren, hay colisiones, fusiones, expansión, pero esa es una forma de reorganización. Las galaxias son formas medidas, es decir, se mantienen gracias a un orden dinámico.

El cuerpo humano, la cultura, la civilización son sistemas dinámicos que se sostienen gracias a que son capaces de equilibrar sus fuerzas internas. En cada uno de ellos la energía es expansión, el caos, la multiplicidad de posibilidades, la voluntad de poder, el impulso configurador, la forma, la medida dinámica y la estabilidad, una duración relativa. Ha sido Bergson quien ha iniciado un nuevo sentido en el pensamiento. Él nos ha señalado que nada es eterno en un sentido estático, sino que la duración de las formas consiste en que éstas logran reorganizarse. Así, la duración no depende de la rigidez, sino de su capacidad de adaptación.

La voluntad de poder es la energía que tiende a convertirse en formas dinámicas. No es un deseo psíquico, no es un dominio moral, es un principio ontológico: el impulso perpetuo a reconfigurarse. La voluntad de poder es energía que se convierte en forma y, cuando la forma se hace rígida, como en el idealismo trascendental, la energía ya no fluye adecuadamente, y así el sistema se pone en crisis. La crisis de un sistema de pensamiento nace cuando la energía que intenta pensar excede a las formas que se le han impuesto. La voluntad de poder no es la libertad sin forma. Antes bien, como toda fuerza que crea, obedece a una secreta medida. Es verdad que el caos es el impulso de esta creación, pero solo es la proporción la que nos informa de que algo exista. Así, no es la medida aquello que limita la energía de la vida, es la vida la que se limita para no desaparecer.

Lo anterior señala que hay intensidades caóticas. Por ejemplo, en el florero que tengo a mi lado hay un caos ordenado que no es comparable con el caos que se experimenta en una tormenta. El caos es indiscernible de la intensidad. El caos desordena el pensamiento mientras que el lenguaje surge para ordenarlo en un orden práctico, no definitivo. Es gracias a este orden que el pensamiento toma una forma comunicable.

Nietzsche ocupa un lugar central en este sistema filosófico, pero no como autoridad definitiva: como interlocutor que señala algo correcto y al mismo tiempo permanece incompleto. La lectura estándar de la voluntad de poder la entiende como impulso de dominio, como afán de expansión y control sobre otros. Esta interpretación ha servido históricamente tanto para justificar el nazismo —de manera completamente ilegítima— como para rehabilitar el individualismo agresivo. Nietzsche vio con claridad que la verdad no es pura transparencia, sino una interpretación que ha olvidado que lo es. La nueva interpretación propuesta aquí parte de otro lugar. Si el poder no comienza en el Estado sino en el pensamiento, y si el pensamiento es energía organizada que nace del cuerpo, entonces la voluntad de poder no es primariamente un impulso de dominio sobre otros. Es la tendencia del pensamiento a imponerse sobre la vida misma, incluyendo la vida propia.

La voluntad de poder reinterpretada opera en tres niveles: a) el nivel cognitivo: el pensamiento quiere fijar lo que fluye, definir lo que cambia, convertir el devenir en esencia. Esta es la voluntad de poder más fundamental: el impulso de clausura que produce la enfermedad del pensamiento, b) el nivel social: cuando ciertos pensamientos se repiten lo suficiente, se vuelven norma, controlan cuerpos, decisiones, formas de vida. La voluntad de poder como cristalización del pensamiento en estructuras de dominación, c) el nivel histórico: 'Antes fue Zeus. Hoy es el mercado, la nación, la identidad, el éxito. Pero el movimiento es idéntico: crear — creer — someterse.' La voluntad de poder como el mecanismo que produce dioses con nuevas máscaras a lo largo de la historia.

Nietzsche tenía razón en que destruir valores es necesario para crear otros. Su aporte fue ver que toda verdad es interpretación y que el resentimiento puede disfrazarse de moral. Pero dejó abierta la pregunta: ¿qué pasa después de la destrucción? El superhombre como solución sigue siendo una forma de absolutización: otra figura del pensamiento que se cree superior a las condiciones

que lo producen. Ni Hegel, ni Kant, ni Nietzsche estaban equivocados. Solo estaban incompletos. La voluntad de poder, reinterpretada desde el sistema medida-caos, no es el impulso de dominar sino el impulso de absolutizar: la tendencia del pensamiento a convertir cualquier forma —incluso la forma de la rebeldía, incluso la forma del superhombre— en certeza definitiva. La cura no es eliminar esa voluntad —eso sería otro absolutismo— sino reconocerla en acción y no identificarse completamente con ella. La voluntad de poder como proceso visible deja de ser tiranía y se convierte en herramienta consciente.

Las huellas del pensamiento

Señalamos que el pensamiento no está atrapado en la mente, pero tampoco es una sustancia invisible abstraída del mundo. El pensamiento aparece en las palabras, en los edificios, las acciones, la escritura, la cultura y el cuerpo. El todo es la huella del pensamiento. Quienes han existido han legado su huella al pensamiento que somos. Es así que las huellas del pensamiento actúan en el presente. No obstante, El pensamiento vive cuando se encarna. Tal encarnación no debe ser considerada como una revitalización del dualismo metafísico. Pues no se trata de una mente que pueda, como en Descartes, flotar separada del cuerpo a tal grado que pueda suspender la realidad del mundo al dudar. La realidad del pensamiento es que habita en un organismo vivo que siente, imagina, actúa. Tampoco Kant sería aquí un análogo a nuestra propuesta. El esquema trascendental es demasiado rígido y vacío como para ser real. Nosotros desarrollamos una visión material y dinámica de la realidad y ella se nos da como seres encarnados.

Pero el pensamiento no nació siendo un esquema puro o racional, surge del instinto, de la emoción y de la imaginación. Esto quiere decir que la razón es un instrumento tardío y que la simpleza del pensamiento consiste en crear condiciones para ampliar su rango de acción. Es así que podemos poner en conexión el nacimiento instintivo del pensamiento con su desarrollo en la inteligencia artificial. De ello nos ocuparemos más adelante. Por ahora huelga decir que la vida crea valores antes de justificarlos, que la razón llega más tarde, es impuntual. Y, sin embargo, esta creación no es un acto heroico. Es la impronta de la evolución en su expresión universal.

De modo que si las huellas del pensamiento invaden el Todo es porque hay una unidad universal, no abstracta, donde las partes están integradas en las posibilidades de la totalidad. Estas posibilidades son reales. Y señalan que no hay ninguna parte que sea independiente de lo real. Nietzsche, Heidegger y Sartre pudieron haber exagerado la separación del individuo del todo pues, la soledad absoluta del ser humano, una libertad aislada o el ser como misterio de la individualidad nos parecen, como residuos de la imaginación metafísica, construcciones humanas. El movimiento perpetuo de Heráclito y la unidad sustancial de la naturaleza de Spinoza parecen ser más fieles a la realidad que la idea de un sujeto que puede separarse, por abstracción, de su mundo circundante. También la física, a partir del descubrimiento de la interconexión entre sistemas y entre sus procesos, podrían ayudarnos a explicar mejor nuestra tarea. Ellos han señalado, con justeza, que la identidad surge del cambio continuo, que algo es porque está ocurriendo y que en medio de la transformación que suscita se da la estructura de lo real como un acto de perpetuo flujo. De modo que no existen entidades enteramente separadas, que todo existe dentro de una misma red de procesos. Las diferencias aparecen como configuraciones del mismo tejido cósmico. Diferencias que son, dentro del Todo, eventos. Tales eventualidades señalan que lo que es no es algo rígido, que la identidad es dinámica y que la separación absoluta es una falta de sentido. Así, no somos cosas que piensan, sino eventos dentro del pensamiento del universo.

¿Es esto una severa reinterpretación de la metafísica? No lo sabemos aún, pero no es un simple rechazo. A lo largo del pensamiento occidental la metafísica ha funcionado como una larga consecución de actos de imaginación organizados, como un intento de humanos por darle significación al flujo y al caos. Es así que podemos decir que Platón, el cristianismo, la modernidad, la ilustración nos han dejado huellas reales, pero no verdades eternas cuyo sitio reside más allá del devenir. En la antigüedad el pensamiento apareció como una obra acabada. Donde primero existía el ser y después las cosas que dentro de él cambian. Para los modernos la situación era distinta. Para ellos, como nos recuerda Alexandre Koyré, el universo se está formando continuamente de donde sus esquemas aparecen, se transforman y desaparecen. Así, el cosmos es un acto antes que un objeto finalizado.

El anuncio de la creación de nuevos valores y la ruptura con las antiguas certezas de Nietzsche, la libertad radical de Sartre, la unidad universal de Spinoza, donde una sola sustancia infinita se expresa de diversas formas, son huellas del pensamiento y, al mismo tiempo, nos ayudan a pensar sus certezas como puntos de partida a superar. Entre la creación de Nietzsche, la libertad de Sartre y la unidad de Spinoza hemos encontrado otro camino: el individuo no es un acto que pueda desplegarse de manera aislada, él es un acontecimiento del cosmos, una eventualidad. No es una chispa separada o una pieza fija, sino un nudo temporal donde convergen las huellas del pensamiento y, llegados a las crisis de los sistemas que lo quieren explicar, se abren nuevos posibles.

El pensamiento humano es una frontera, un cuerpo donde el universo se interroga a sí mismo sin dejar de avanzar como un río heracliteano. Al comprender esta situación no estamos ante la anulación de la singularidad humana, sino ante su transformación. Cada singularidad es única, pero ya está anclada a un contexto. Cada afirmación de la imaginación es una diferencia, pero todas las diferencias pertenecen a la misma corriente que no cesa. Es por eso que filosofar creativamente no consiste en erigir sistemas abstractos, sino en aprender a escuchar el movimiento que atraviesa nuestros cuerpos. En otras palabras, toda vez que un cuerpo dice 'yo' resuena el tiempo, la materia y la historia entera del cosmos.

De modo que, si el pensamiento nace con el cuerpo, tal unidad es organizada en el mundo, esto es, no es posible aislar el cuerpo de lo que le ofrece su habitar. Y si cada pensamiento es una corriente de ideas surgidas de la imaginación que contribuye a automanifestación del pensamiento universal, entonces la verdadera realidad no es lo que se pretende aislar, sino que hay, antes de todo acto mental, una relación universal. Así, pensar es el modo en que el cosmos ofrece sus huellas en la vida de los humanos. Con todo, el pensamiento humano es una manera en la que el cosmos se organiza para percibirse a sí mismo. Esta autopercepción responde a la lógica de la naturaleza. En el interior del universo se creó el cerebro, en el interior del cerebro se crean ideas y las ideas se exteriorizan como nuevas formas del proceso universal. Es así que el pensamiento no pertenece al individuo aislado, sino que es el modo en que el devenir del cosmos deja huellas conscientes dentro de sí mismo.

De esta manera el universo no es un fondo pasivo, acabado, sino un proceso vivo, siempre por continuar. En él se interconectan eventos antes que meros objetos.

Estos se autoorganizan, emergen, se producen mesuradamente. De modo que el pensamiento humano no puede fundarlos, él mismo pertenece a este flujo colosal. Así, no pensamos frente al universo, el universo piensa a través de nosotros y nosotros somos una parte de su propio devenir. En otras palabras, no somos dueños absolutos del pensar, somos el lugar donde el mundo se vuelve consiente de su propio tránsito. Es así como participamos del universo, es así como aprendemos a escuchar su ritmo.

El pensamiento habita fuera del cerebro

El pensamiento puede iniciar el proceso de nuevas creaciones al organizar información, al imaginar posibilidades, al proyectarse a futuro y al tomar decisiones. Las decisiones movilizan la energía a la realidad física pues en el decidir un pensamiento se convierte en una acción. La acción transforma la materia y así nace una obra, una tecnología, una filosofía o una revolución. De modo que el pensamiento, como una forma organizada de energía, reconfigura el universo (con un concepto, una obra, una ética o una civilización). De modo que el pensamiento no crea energía desde la nada, más bien le da forma a esta energía desestructurada. El pensamiento es desorden que se mide por medio de formas.

El pensamiento fluye en asociaciones libres, en posibilidades infinitas, sin límites naturales. De modo que, intrínsecamente, es caótico, expansivo, dionisíaco. Antes de convertirse en concepto, teoría o concepto es potencia. Sin embargo, al devenir lenguaje, concepto, obra, ética o estructura, el pensamiento se mide. En la medida se da forma al caos. Este es el papel que desempeña la forma, tan importante para Aristóteles, donde se contiene el caos sin eliminarlo. De modo que el pensamiento organizado no destruye el caos, antes bien, lo organiza. Actúa como el cauce de un río donde el agua se expresa como una fuerza desbordada pero que ya posee una dirección.

Esto es lo que quiso pensar Hegel. El pensamiento pasa por la historia universal recuperando los momentos reales donde éstos tomarán sentido. Desafortunadamente Hegel tiene que sacrificar la individualidad de cada caso para poder emancipar el sentido. Con nosotros esto no es el caso. El pensamiento es la fuerza incesante del caos que se mide para mostrar que la creatividad nace del

caos. Esto quiere decir que la estabilidad nace de la forma y una muestra de ello es que la cultura es una creación humana donde se equilibran caos y formas. El pensamiento se expresa en este equilibrio. Es inestable pero sostenible. El pensamiento puro, como en Hegel, Schelling y Fichte, es insostenible pues las formas puras son estériles. Es así que la vida es el pensamiento medido.

De modo que el pensamiento contiene la apariencia de ser caótico, pero se comporta como una energía que solo parece un desorden previo a la forma. Este es el sentido universal de la voluntad de poder: una energía en búsqueda perpetua de configuración. La voluntad de poder es la energía en búsqueda de forma. Así expresamos la modalidad positiva de la voluntad de poder. Ya no puede ser pensada como un simple dominio sobre el otro, sino como expansión, afirmación, intensificación y creación de estructuras. De modo que estamos muy lejos de lo alcanzado por Deleuze o Foucault, la energía no puede permanecer en estado bruto, quiere configurarse. Es energía como potencia indiferenciada, como la voluntad de poder en tanto que impulso a organizarse. Así, el pensamiento es el laboratorio de formas y de este modo, lo no visto por los pensadores griegos, consiste en que la forma es la medida del caos.

De esta manera el pensamiento actúa fuera del cerebro. Se vuelve acción, la acción deviene estructura, la estructura implica a otros. Así, los actos creativos no son del todo individuales. El creador nace en una cultura, usa un lenguaje heredado y así responde a tensiones históricas. Es así que el individuo reconfigura lo existente. Sin embargo, una idea no se impone únicamente por la fuerza. Las ideas se adoptan cuando expresan una necesidad latente, cuando articulan algo que otros sienten pero que, por sí mismos, no pueden formular, cuando ofrecen modos más estables para medir la energía social. Este proceso es dinámico, pero tiene un propósito. El colectivo crea tensiones, el individuo las concentra y les da forma, la forma afecta el comportamiento del colectivo y éste adopta la idea si ésta es capaz de dar mayor estabilidad dinámica. Este proceso es también circular. El individuo es un catalizador, no un origen absoluto.

Así, ¿qué es el pensamiento? Ahora ya estamos listos para lanzar esta importante pregunta. La pregunta acerca del ser pensamiento no es una pregunta cualquiera, no es una entre las demás, es la pregunta en la cual el pensamiento se interroga a sí mismo. Es por ello que es una peculiar. ¿Qué es el pensamiento? Es la

pregunta fundamental, más profunda y primaria que la pregunta filosófica por antonomasia “¿Por qué es el ente y no la nada?” Esa no es la primera de todas las preguntas. Tampoco lo es: “¿Qué significa pensar?”. La verdadera cuestión del preguntar es “¿Qué es el pensamiento?” Esta es la primera de todas las preguntas.

¿Cómo se interroga a sí mismo el pensamiento? No es pensándose. Tal movimiento solo responde a una abstracción. El pensamiento no es una función del cerebro, ni una abstracción racional: el pensamiento se siente a sí mismo como instinto, emoción y tensión. En el miedo, el deseo, la atracción o el rechazo ya hay indicios de un pensamiento que se siente a sí mismo. De modo que el pensamiento no puede ser neutral, a cada instante donde se da su sentirse se descubre a sí mismo en oscilación. Pero esta oscilación es una forma de organización. Todo comienza cuando el sentirse se organiza y en esta organización el cerebro produce un camino. Esto señala que los filósofos no han aprovechado los conocimientos que han nacido de la relación entre el cerebro y el pensamiento. Así han legado una inmensa selva virgen a los neurólogos. Pero estos no han comprendido la esencia del pensamiento. Ellos gobiernan hoy el destino del cerebro. Por ello es necesario volver al fondo de esta situación y recuperar filosóficamente la problemática del cerebro. Esta revitalización solo puede ser efectiva si nombramos el cerebro en relación con el pensamiento. De esta relación resulta nuestra conexión simbólica con el mundo.

A lo largo de millones de años el caos sentiente comenzó a organizarse. Sin desaparición alguna el pensamiento se va dando a sí mismo una estructura. Esta es la memoria. Y la memoria, al permitirse esquemas de repetición y orden mesurado, lleva el pensamiento a la posibilidad de su manifestación. De modo que el pensamiento no nace del vacío, sino que es un sistema organizado y dinámico nacido del sentir. Todo va de la memoria al tiempo, de la conciencia a la presencia, del lenguaje a su interpretación social y de la sociedad a la transformación del mundo. He aquí la ruta, el camino, que el pensamiento padece para manifestarse.

De modo que vivimos un movimiento que se siente a sí mismo, abriéndose camino, autoorganizándose para ser compartido, para ser comprendido, para ser heredado, para ser expresión: el lenguaje organiza intersubjetivamente el pensamiento. Cada idea que creemos nuestra está sostenida por capas profundas de experiencias acumuladas. De allí que el pensamiento solo pueda manifestarse gracias a la memoria. Inicialmente inestable, caótico, pero organizado

mesuradamente, el pensamiento se hace expresión, es fijado y, así, se deja dar cabida al peligro. Las certezas estables, las que fijan produciendo jerarquías, son la enfermedad del pensamiento. Es como en Platón, donde la cura es también el vicio; o como Hölderlin y Heidegger, donde el peligro también es la esperanza. Y aquí se manifiesta ya, desde su propio ser, la esencia del pensamiento. El pensamiento es la esperanza del pensar porque la nueva esperanza es el pensamiento. Y esto es así ya que, en el fondo último de su naturaleza, el pensamiento nos invita a pensar más allá de toda jerarquía.

La enfermedad del pensamiento

Si el pensamiento puede enfermar es porque ha olvidado su origen. Al separarse del cuerpo el pensamiento se torna abstracto, incapaz de elucidar su concreción. Así, el pensamiento enferma cuando intenta abandonar lo que es más inmediato. El pensar que fija lo que cambia, que define lo que fluye, que quiere acceder por representación al devenir, ha llegado a su clausura, no piensa. Y el síntoma más grave de esta situación no se trata ya de un error, sino de ponerse a sí mismo como una certeza absoluta. De modo que el poder no comienza con el papel del juez, con el Estado o con quienes legitiman los contratos sociales, el poder comienza en el pensamiento. Un inicio tal señala que es necesario un retroceso hacia el fondo mismo del pensar, y hacer esto es llevar a cabo la más grande deconstrucción.

Pensar es ordenar y ordenar consiste en imponer una forma y cuando las formas se absolutizan comienza el peligro. Pero el poder del pensamiento no es el pensamiento como poder. El primero habla de la vitalidad del pensamiento, el segundo, de su aniquilación. Todo análisis es una división, una clasificación, un ordenamiento. Y cuando el orden se absolutiza el pensamiento deja de llevar a cabo su pensar. Cuando este orden fija lo que es verdad, lo que es posible, lo que es aceptable, el pensamiento actúa como un ejercicio de control sobre otra voluntad. Así, controlar la manera en la que se piensa es controlar la realidad.

Sin embargo, la enfermedad del pensamiento no solo se impone. También hay un deseo de esta enfermedad. El pensamiento como poder se desea, él da seguridad, reduce nuestra percepción del caos. Y es así que sirve de modelo de identificación pues construye identidades, estereotipos, lugares comunes, repetición. Al desear el

pensamiento para ejercer poder, no solo somos dominados por él, también participamos de tal dominación. Los imperios, las religiones, los colonialismos, los estados, la tecnología, etc., son modos históricos del poder. En ellos se destina al orden, a la verdad única, a la interpretación impuesta, al control invisible, al control de la voluntad. Es así que el poder no solo domina cuerpos, como pensó Foucault, también domina nuestra forma de pensar el pensamiento.

Sin embargo, el pensamiento no es solo individual. La estructura intersubjetiva del pensamiento señala que, si el cuerpo es inicialmente sentiente, necesita del otro para organizarse. La boca que emite sonidos no solo envía flujos acústicos, el sonido en sí mismo es la salida de una energía que se acopla a otro flujo y así acontece la comunicación. Los sonidos transmitidos fueron desarrollando patrones, los patrones símbolos y los símbolos pusieron las bases del lenguaje. Estas bases pueden ser repetibles y es así que podemos poner en operación antiguos códigos del pasado y revitalizarlos en nuevas épocas. Esta es la tarea de la traducción.

Sin embargo, el signo indeleble aquí es que el pensamiento solo se transforma cuando se comparte. Es en el entorno donde hay otros que el pensamiento deviene lenguaje y este entorno es la cultura en la que nacimos. Pero la cultura se construye por repetición. De modo que no se crea, se imita. De allí que una cultura posea la apariencia de ser estable y que a su vez comience a poner las bases para construir su rigidez. Una cultura rígida es nacionalista, xenófoba y narcisista. Una cultura endeble tiende a desaparecer. El lenguaje aquí se distingue del pensamiento pues es el medio, como vio Régis Debray, para transportar creencias, valores y sistemas cognitivos. Sin embargo, el lenguaje, al transportar información también la distorsiona. Es como el *pharmakón* platónico donde la escritura servía al mismo tiempo de reserva de una cultura, pero a su vez funcionaba como un dispositivo que aflojaba la memoria.

Cuando interpretamos comenzamos a distorsionar lo interpretado y el peligro de esta situación nace cuando olvidamos que lo hacemos. Y allí comienza la rigidez y, con ella, el deseo de poder. Por ello no hay que olvidar la naturaleza del pensamiento. Esto lo ha hecho desde su inicio la neurociencia. Ella se orienta a describir el cerebro, como si éste agotara el pensamiento. Pero el cerebro no inicia el pensamiento, antes bien, solo lo organiza. El pensamiento nace en el cuerpo, se

estructura en el cerebro y así se proyecta al mundo. La reducción del pensamiento al cerebro es otra cara de su enfermedad.

Tantos olvidos en la historia del pensamiento que este ha dejado de pensar. Pero la memoria no responde a la lógica del archivo, es cerebral, corporal y social. No recordamos con el cerebro, como dijo Bergson, recordamos con el cuerpo. Y el cuerpo es lo que somos pues la conciencia no es un lugar. Es la relación entre cuerpo, cerebro y mundo. Una energía vital con procesos invisibles. De donde el pensamiento, la memoria y la conciencia, en su invisibilidad, nos muestran que no solo no están ocultas, sino que ellas no son cosas: son procesos de energía organizada. De ellas solo vemos sus efectos, no su estructura física o material.

De modo que el pensamiento oscila entre el determinismo, donde todo está condicionado, y el indeterminismo, donde todo está liberado. Sin embargo, en sus extremidades está el exceso y en el exceso la enfermedad. ¿Cómo poder salir de esta situación? Esa es la tarea de la medida y el caos. En ella se debate el reino del límite y la apertura, de la estructura y el cambio. Y es gracias a este momento intermedio que el pensamiento puede comenzar a sanar. Pero el pensamiento sano no puede eliminar la tensión, requiere que seamos más atentos, que podamos habitar esta situación: ni orden absoluto, ni caos total. El pensamiento sano, lo veremos, es un equilibrio dinámico.

La enfermedad del pensamiento no es un accidente histórico ni una mala decisión individual. Es una tendencia estructural que emerge del propio éxito del pensamiento: cuanto más eficaz es para organizar la vida, más teme perder ese control. Y en ese miedo, el pensamiento da un paso fatal: confunde sus propias construcciones con la realidad misma. *El pensamiento fabrica el mundo humano y luego olvida que fue él quien lo construyó.* El mecanismo puede describirse en tres pasos que se repiten a lo largo de toda la historia humana: a) crear: el pensamiento produce una estructura —un dios, una ley, una identidad, un valor— para organizar la experiencia y reducir la incertidumbre, b) creer: esa estructura se naturaliza. Deja de sentirse como construcción y empieza a sentirse como verdad. El origen se olvida, c) obedecer: el pensamiento se somete a lo que él mismo creó. La herramienta se convierte en amo.

Este ciclo no es una debilidad accidental: responde a necesidades reales del cuerpo. La certeza reduce la angustia. La identidad fija evita la sensación de

disolución. El orden administra el miedo al caos. La enfermedad del pensamiento es una solución que se vuelve problema.

El gran síntoma de la enfermedad no es el error, sino la certeza absoluta. El pensamiento enfermo no duda, no se corrige, no se deja afectar por lo que contradice sus estructuras. Se instala como dogma. Y allí donde hay dogma, la vida se achica. *El pensamiento sano soporta esa excedencia; el pensamiento enfermo la combate.* La certeza absoluta tiene un precio preciso: elimina la complejidad de lo real. Para poder funcionar como sistema cerrado, el pensamiento enfermo necesita reducir, excluir, simplificar. Todo lo que no encaja en la estructura se vuelve error, amenaza, herejía, locura o barbarie. La historia de la intolerancia —religiosa, política, cultural— es la historia de este mecanismo en acción.

Las ideas metafísicas —verdad absoluta, pureza moral, sentido definitivo de la vida, control total, identidad fija— comparten una característica: nacen de la imaginación del cuerpo, pero niegan su origen. Prometen escapar de la inestabilidad del cuerpo mediante ficciones de eternidad y perfección. Y al hacerlo, producen una distancia insalvable entre lo que el cuerpo es y lo que el pensamiento exige que sea.

Las ideas metafísicas imponen un modelo imposible: cómo deberías ser, qué es lo correcto, qué es lo verdadero. Y todo lo que no encaja en ese modelo se reprime, se niega o se culpa.

Los ejemplos son concretos y reconocibles: a) la verdad absoluta produce rigidez e incapacidad de escuchar. El cuerpo vive en tensión defensiva permanente, b) la pureza moral genera culpa por deseos inevitables: enojo, deseo sexual, envidia. El cuerpo siente una cosa, el pensamiento exige otra, c) el sentido definitivo de la vida produce parálisis: ninguna decisión es suficiente porque todas se comparan con un ideal inexistente, d) el control total genera ansiedad e insomnio: el cuerpo queda atrapado en un futuro que no existe, e) la identidad fija produce miedo al cambio: el pensamiento intenta congelar lo que el cuerpo vive como flujo continuo, f) en todos estos casos ocurre lo mismo: el pensamiento crea un ideal, el cuerpo no puede cumplirlo del todo, y esa brecha se vive como malestar permanente. La enfermedad no viene del cuerpo. Viene de la distancia que el pensamiento impone sobre él.

El punto más perturbador de este diagnóstico es el siguiente: el individuo no solo es oprimido por el sistema; es el medio a través del cual la opresión continúa. El poder no necesita imponerse todo el tiempo por la fuerza. Le basta con ser

reproducido desde dentro. Hay una interiorización del control: las normas dejan de sentirse externas. No se necesita vigilancia externa si el individuo ya se corrige, compara y juzga a sí mismo, hay identificación con la estructura: el individuo defiende jerarquías que lo perjudican porque le dan identidad o pertenencia, hay reproducción cotidiana: el sistema continúa sin esfuerzo visible, a través de formas cotidianas de hablar, educar y valorar, hay miedo a la ruptura: salir de la estructura no es solo liberarse, también es perder estabilidad. Se prefiere la seguridad de la limitación.

De modo que no hay un 'afuera puro' del sistema. El sistema también vive en la forma en que pensamos, decidimos y actuamos.

Esta es la paradoja central: el individuo busca libertad, pero sostiene lo que lo limita porque esas estructuras le dan identidad, sentido, pertenencia y estabilidad. La rebeldía puede convertirse en otra forma de identidad fija. Incluso la crítica puede ser absorbida por el sistema. El pensamiento que critica también está hecho de lo mismo que critica.

Memoria y persistencia

Decíamos que erraríamos por completo si pretendiéramos ubicar la memoria en la conciencia y que solo desde ella pudiéramos representar el cosmos. Esto nos ubicaría en una especie de humanismo radical. La memoria no está sometida al recuerdo, antes bien, ella desborda la conciencia de un modo peculiar. Armoniza con configuraciones físicas y estados previos al sistema correspondiente y así explica leyes que conservan información. Por ejemplo, una galaxia tiene "memoria" en el sentido de que su forma depende de su historia gravitacional, pero esta condición no se expresa a través de la imaginación, sino desde su naturaleza. Esto no es incompatible con la memoria individual. Gracias a los sentimientos surge la memoria personal, pero no como si construyéramos paulatinamente un archivo fijo, sino como una constante reorganización. La memoria individual es la huella del caos vivido que se reconfigura constantemente como medida interna. Es así que se relaciona con el pensamiento como huella. Cada vez que recordamos reconfiguramos el pasado en el presente.

El pensamiento se manifiesta cuando la memoria busca estabilidad. Es así que puede conceptualizar, medir y ordenar. Pero esta operación es desbordada por el caos. Por lo que los conceptos, las mediciones y los ordenamientos siempre serán limitados. Pensar es un equilibrio invisible e inestable. De suerte que la memoria también se manifiesta por la vía de la inapariencia y, aunque está relacionada con redes de neuronas que se fortalecen cuando aprendemos algo, no se agota en ellas. Cuando un pensamiento se fija aparece la memoria. Por lo tanto, la memoria, como los instintos, los sentimientos, la conciencia y el pensamiento son formas de energía organizada. Son inaparentes, procesos reales que ocurren en el sistema nervioso, en el cuerpo y huellas de la evolución. Esto significa que en los seres vivos la energía se organiza como instintos, sentimientos, conciencia, pensamiento y memoria. Estas no son cosas separadas, sino niveles de organización de la energía de la vida.

Con frecuencia la memoria ha sido dominada por el discurso científico. Especialmente por las ciencias ocupadas de la mente. Bergson es un ejemplo muy fino de esta limitación y, por ello, recordaremos sus tesis básicas. Él señala que la única función del pensamiento a la que se ha podido un lugar en el cerebro es la memoria, especialmente la de las palabras. El estudio de las enfermedades del lenguaje condujo a localizar en determinadas circunvalaciones del cerebro determinadas formas de la memoria verbal. Esto ha sido así desde las investigaciones de Broca, quien mostró cómo el olvido de los movimientos de articulación del habla podía resultar de una lesión de la tercera circunvalación frontal izquierda, una teoría cada vez más complicada de la afasia y de sus condiciones cerebrales se ha edificado laboriosamente. Pero hoy los científicos convienen en que las enfermedades de la memoria de las palabras son causadas por lesiones del cerebro más o menos notoriamente localizables. Por lo tanto vemos cómo este resultado es interpretado por la doctrina que hace del pensamiento una función del cerebro, y más generalmente por los que creen en un paralelismo o en una equivalencia entre la operación del cerebro y la del pensamiento.

Si nos acercamos a tal paradigma veremos que ahí los recuerdos son acumulados en el cerebro bajo forma de modificaciones impresas en un grupo de elementos anatómicos: si desaparecen de la memoria, es que los elementos

anatómicos donde ellos reposan son alterados o destruidos. Sin embargo, si verdaderamente mi recuerdo visual de un objeto, por ejemplo, es una impresión dejada por ese objeto en mi cerebro, no tendría jamás el recuerdo de un objeto, tendría miles de recuerdos pues, tanto el objeto más simple como el más estable cambian de forma, de dimensión, de matiz, según el punto de donde lo apereciboLo mismo para el recuerdo auditivo. La misma palabra articulada, por unas personas diferentes, en unas frases diferentes, dan unos fonogramas que no coinciden entre ellos.

Pero no hay que olvidar que estas organizaciones son inestables. La memoria es una conservación dinámica del pensamiento. Permite darle una dirección a la energía. Es por lo que orientanel caos de los instintos hacia una organización viva. En otras palabras, es la memoria biológica del cosmos en el cuerpo. Contiene una sabiduría previa al concepto. La memoria mesura los instintos pero también los impulsa. De modo que interviene en la configuración de la conciencia para lograr que esta sirva de nivelación donde los procesos corporales se vuelven visibles para sí mismos. Así, la conciencia no domina, emerge, surge del entrelazamiento entre la memoria, los instintos, los sentimientos, el pensamiento y el ambiente. Y el cerebro, que intensifica la complejidad: integra la memoria cósmica (los patrones heredados), con la memoria individual (las experiencias concretas) y testifica su relación con el ambiente. Así, la memoria es un organo de mesura frente al exceso de estímulos.

La persistencia de la memoria consiste en poner las condiciones para que una experiencia pueda decir yo, pero lo hace de acuerdo a toda la información que la evolución ha guardado en el cuerpo. Es individual en cada caso y cósmica a nivel universal. Gracias a ella todo acto de significación puede recuperar el pasado y reconfigurarlo en el presente. Ayuda a formar conceptos, representaciones, ideas, sentido y afectos poniendo el presente en un contexto. Es así que la memoria es nuestro más fiel viajero en el tiempo. No solo es la capacidad cerebral para codificar, almacenar y recuperar información, ni solo lo que permite el aprendizaje y la adaptación. No solo tiene una fijación neuronal o biológica, pues los científicos la localizan en un solo lugar, aún cuando involucre áreas como el hipocampo y el

córtex dividiéndola en memoria sensorial (instantánea), a corto plazo (trabajo) y a largo plazo (episódica, semántica, procedimental), la memoria es cósmica e individual.

El pasado no está vivo como entidad, pero tampoco está muerto. Persiste como huella activa, como forma que sigue moldeando el presente. El pasado no regresa. Nunca se fue. No existe como recuerdo flotando en el tiempo; existe como forma activa en lo que somos ahora. Está en la manera en que percibimos, en lo que tememos, en lo que deseamos sin entender por qué. Por eso no avanzamos limpios. Avanzamos cargados. No caminamos hacia el futuro; el pasado se reorganiza en cada paso. Superar, en ese sentido, es una mala palabra: implica que algo quedó atrás, cuando en realidad sigue operando desde dentro. Lo que hacemos no es superar, sino reorganizar.

Si el pasado sigue operando, entonces el movimiento hacia adelante se vuelve sospechoso. La historia de la humanidad —con todos sus cambios de escenario— repite un mismo mecanismo: crear estructuras de sentido, crearlas absolutas, someterlas al olvido de su origen, y repetir el ciclo con nuevas máscaras. No hemos superado a los antiguos; solo hemos sofisticado nuestras máscaras. Los dioses no desaparecieron, se volvieron invisibles. La guerra no terminó, cambió de campo. El poder no se fue, aprendió a esconderse en la normalidad.

En la antigüedad los dioses organizaban el sentido del mundo, la guerra era cuerpo a cuerpo, el poder se mostraba directamente, las jerarquías eran visibles, pero hoy los 'dioses' son ideologías, el dinero, la tecnología, la identidad; la guerra es económica, mediática o digital; el poder es más difuso pero no menos real; las jerarquías se disfrazan de meritocracia. No es repetición simple, sino reorganización de la misma energía humana bajo nuevas formas.

La imaginación es física

Aclaremos mejor esta idea al situar la imaginación en su orden físico. Ella no es un escape de la materialidad del mundo, sino una reorganización de lo vivido. La

imaginación es la zona donde el caos creativo encuentra formas nuevas. Así que, toma de la memoria la base para reconfigurar lo estipulado por el pasado, el presente y el futuro. Las ciencias han señalado que la imaginación es la capacidad cognitiva humana para representar, crear, manipular y simular imágenes, escenas, ideas o sensaciones que no están presentes en la realidad inmediata o que nunca han existido. Sin embargo, esta noción la situaría en un simple receptor de información. Pero, si el pensamiento es creativo, y la imaginación interviene en este acto creador, la imaginación no puede cumplir un rol accesorio: ella debe ser uno de sus motores fundamentales.

Las neurociencias ya no consideran la imaginación como un acto irreal, sino como una de las funciones centrales del cerebro ya que usa los mismos circuitos que la percepción. Cuando imaginamos un paisaje, activamos áreas visuales similares a las que usamos cuando vemos el paisaje. Cuando imaginamos un movimiento, se activan las áreas motoras, lo mismo para la conversación. De modo que la imaginación es una simulación interna de la realidad. Esto lo demuestra la llamada 'Default Mode Network' que señala la existencia de una red cerebral que se activa cuando no estamos concentrados en tareas externas. Esta red conecta la memoria, la emoción, la identidad y la proyección futura, significa que la imaginación no es una evasión, sino el mecanismo que permite proyectar posibilidades. Para los biólogos la imaginación permite anticipar peligros, simular decisiones antes de ejecutarlas, crear estrategias, esto es, la imaginación nos permite la planificación. Sin embargo, desde un punto estrictamente científico la imaginación es actividad electroquímica neuronal organizada. Pero, funcionalmente, es el sistema que genera escenarios que aún no existen.

Y es aquí donde se da el puente con la filosofía. Para Platón la imaginación es una copia de una copia, es la *mímesis* del mundo sensible, copia, a su vez, del mundo ideal, y por ello nos aleja de la verdad. Para su alumno, Aristóteles, la imaginación (*phantasia*) es necesaria para pensar pues no es posible el pensamiento sin imágenes. De modo que el pensamiento necesita imaginación. No obstante, en Kant, la imaginación es el puente entre la sensibilidad (lo que percibimos) y el entendimiento (los conceptos). Es una facultad activa que organiza la experiencia, esto es, lo que da coherencia al mundo. Nietzsche también hizo uso de la imaginación pero la piensa como el arte, esto es, como la expresión suprema de la vida ya que la imaginación es

autoafirmación. Así, para Nietzsche la imaginación es la potencia creadora. Muy cerca de éste se encuentran Bergson y Sartre, para el primero la imaginación capta el movimiento de la vida mejor que el intelecto rígido, para el segundo, es un acto de libertad pues permite romper con lo dado. Cuando imaginamos, negamos el presente como el único hecho posible.

La imaginación es, tanto simulacro neuronal complejo, como apertura ontológica a otros posibles. Así, el pensamiento no desempeña funciones, es creatividad, y la imaginación lo conduce a infinitas posibilidades. Y esto es sumamente importante para nosotros. La imaginación crea novedades, dioses, ciencias, orden, bien, mal, sistemas políticos, libros, lenguaje. Así, la imaginación es el laboratorio del universo dentro de nuestro cuerpo.

Pero no es un simple producto de la naturaleza es la materia descubriendo sus propias posibilidades. Veámoslo de cerca a Sartre. Si la libertad es imaginaria no significa que sea irreal. Ella produce efectos reales. Las revoluciones nacen de actos de imaginación, lo mismo para la transformación de sistemas políticos. Así, la imaginación modifica comportamientos, altera la historia. Gracias a la imaginación la libertad es una ficción eficaz.

La memoria cósmica

De modo que todo lo que vemos, todo lo que usamos, todo lo que somos es el testimonio de un largo paso evolutivo que, gracias a la memoria y a la imaginación, pero también a los instintos, los sentimientos y los símbolos damos sentido recuperado todo lo que ha pasado. Todo comienza cuando la energía toma forma y es así que se prepara la conformación de relaciones que serán los primeros agentes de la complejidad. No hay separación entre materia, imaginación y pensamiento pues todo es transformación energética. El testimonio absoluto de esta situación es la memoria cósmica. No es una mente universal consciente, es la persistencia de estructuras, leyes y huellas en el universo. Las estrellas, la evolución biológica y las formas culturales son rastros acumulados de esta memoria cósmica.

Para aclarar más su naturaleza podríamos decir lo que sigue: para la física, la memoria cósmica es conservación de información en el universo, para la biología ADN como memoria acumulada, para la cultura, lenguaje, símbolos, historia

humana. Los conceptos son memoria condensada que recupera la evolución simbólica desde hace más de 300 mil años. Nuestro lenguaje es una memoria cósmica encarnada. El cósmos no recuerda pensando, sino manteniendo patrones. La energía cósmica se organiza en instinto y sistema nervioso; el organismo se entrelaza con el ambiente y genera sentimientos; los sentimientos crean memoria individual sobre la memoria cósmica; de esa interacción emerge la conciencia y el cerebro reflexivo; la imaginación transforma lo vivido, el pensamiento lo mide y el lenguaje lo vuelve huella colectiva. Y todo esto ha sido sostenido por la tensión permanente entre medida y caos.

Cada experiencia deja una huella. Esa huella no desaparece: se acumula, se organiza, persiste. La memoria no es solo la capacidad de recordar; es el almacenamiento activo de lo vivido. El pasado no se va. Sigue operando en el presente como estructura invisible que moldea percepciones, decisiones y reacciones. No recordamos el origen del universo; lo encarnamos. No pensamos desde fuera del mundo; pensamos desde dentro de su propia evolución. Esta concepción de la memoria es fundamental: no es un archivo muerto al que accedemos voluntariamente, sino una fuerza activa que opera incluso cuando no la convocamos. La memoria es corporal, cerebral y social al mismo tiempo. Recordamos con lo que somos, no solo con el cerebro. Esto significa que el pasado —personal, cultural, evolutivo— está presente en cada pensamiento, aunque no lo veamos.

Aquí ocurre el salto decisivo. La memoria comienza a comparar, asociar, ordenar. Eso es pensar. El pensamiento no crea desde cero: trabaja con lo que ya existe. Por eso no es libre en sentido absoluto. Está condicionado por la memoria, por el cuerpo, por la historia evolutiva y cultural del ser que piensa. El pensamiento es el caminar de lo que se siente, organizado para poder ser comprendido y compartido. Esta definición tiene implicaciones radicales. El pensamiento no es una facultad pura que contempla verdades eternas desde un punto de vista neutro. Es un proceso encarnado, situado, histórico. Nace del cuerpo y lleva las marcas del cuerpo. La filosofía que ignora esto —que sitúa el pensamiento en una esfera separada de la materia— comete el primer error que produce la enfermedad.

Y aquí está uno de los argumentos más incómodos y más honestos de nuestro sistema: la enfermedad del pensamiento no solo se impone desde afuera. También

se desea desde adentro. Porque da algo que el cuerpo necesita genuinamente: a) la necesidad de estabilidad: frente a un mundo incierto, la idea de una verdad absoluta ofrece suelo firme. Es más fácil creer que 'todo pasa por algo' que aceptar el azar, b) la necesidad de control: el pensamiento que sobreanaliza genera la ilusión de estar preparado. La falsa seguridad es todavía seguridad, c) la necesidad de identidad: la idea de un 'yo' fijo y coherente evita la sensación de disolución ante el cambio constante, d) la necesidad de valor: el sentido de misión o propósito llena el vacío de significado que ningún cuerpo trae incorporado, e) la necesidad de orden moral: clasificar las emociones como buenas o malas simplifica el conflicto interno inevitable.

De modo que las ideas metafísicas funcionan como analgésicos existenciales: calman la incertidumbre, reducen el miedo, dan estructura. Pero al mismo tiempo rigidizan, separan del cuerpo y generan dependencia. No eliminan el problema original; lo tapan. Y luego, lo amplifican.

Las interacciones con el ambiente

La conciencia no es el origen del proceso: es su efecto. Es el momento en que el pensamiento se observa a sí mismo. Pero ese 'darse cuenta' ya está filtrado por todo lo anterior: instinto, memoria, experiencia, lenguaje. La conciencia no ve la realidad desnuda. Ve una interpretación. La neurociencia ofrece una imagen inquietante y fecunda: no percibimos el mundo de manera directa, sino a través de modelos contruidos por el cerebro. La experiencia no es copia, sino elaboración. La neurociencia contemporánea confirma lo que la filosofía había intuido: el cerebro no recibe pasivamente información del mundo. Predice, interpreta, corrige. Construye modelos. Lo que llamamos 'percepción' es ya una construcción activa. Esto no es relativismo: el mundo existe independientemente de nuestros modelos. Pero nuestra experiencia del mundo siempre pasa por esos modelos. El problema no es construir —eso es inevitable y necesario— sino creer que la construcción es la realidad misma.

No interactuamos conscientemente con nuestro ambiente, pero todo ambiente actúa sobre nosotros sin nuestra voluntad. El pasado convive con la forma en la que interpretamos el presente. De modo que la realidad no es transparente, como pensó el gran filósofo español Xavier Zubiri. La realidad es el resultado de lo

que nos permite ver nuestra memoria. En la memoria subsisten nuestros cuerpos. Plantas, aves, piedras, árboles, insectos, personas, elementos, nubes, todo, es memoria hecha cuerpo. El cuerpo es el resultado de la relación con el ambiente. Recibe cualidades de los elementos y los retorna al mundo después de consumir y desechar. Y el mundo no solo es una superficie sino el ambiente que nos baña con sus elementos.

Desde la antigüedad, y en todas las culturas donde ha habitado el pensamiento humano, los cuatro elementos clásicos que conforman el mundo han sido la tierra, el agua, el aire y el fuego. Cada uno de ellos se nos ofrece como una lucha entre el caos y la medida pues son vividos como estabilidad, fluidez, energía y cambio. Los elementos representan componentes fundamentales de la naturaleza y el ser humano, influyendo en aspectos físicos y espirituales, a menudo complementados por un quinto elemento, el éter. Aristóteles asoció los elementos con cualidades (caliente, frío, seco, húmedo) y el mundo sublunar. Mientras que en la filosofía oriental, especialmente en el budismo tibetano y el Ayurveda señalan el éter como el quinto elemento. Para la física los elementos se asocian con estados de la materia: tierra (sólido), agua (líquido), aire (gas) y fuego (plasma). Mientras que para los filósofos contemporáneos son realidades llenas de información que afectan nuestro modo de estar en el mundo. Pero, ¿qué hay en común entre estas distintas y distantes concepciones? Que estos elementos, en su medida, permiten la armonía del mundo, mientras que, en su momento caótico, manifestado en fenómenos naturales como terremotos o sequías, producen la desestabilización que reordena el cambio.

Segunda interacción: el estadio humano

La historia del pensamiento

La aparición del pensamiento dentro de la historia no fue un acto repentino como si éste fuese dado de golpe como un Todo cerrado en sí mismo y estático. El pensamiento ha cumplido una ruta que comienza desde la energía y se ha desplegado hasta el lenguaje, la ética y la inteligencia artificial. No obstante, esta situación nos empuja a pensar ¿qué significa pensar? Pensar es un acto de libertad. En el pensar la imaginación y la fantasía llevan a cabo su esencia. Ambas responden a la naturaleza del pensamiento en tanto que acto de variación libre de lo imaginado o fantaseado. En la imaginación, el acto de imaginar crea variaciones de la realidad que corresponden a esquemas posibles. Imaginar es entonces recuperar datos del pasado para variar sus condiciones naturales, pero esta modificación es llevada a cabo en torno a reglas propias a las cosas. Así, imaginar no es arbitrario. Por su parte, en los actos de fantasía, la variación no necesariamente está basada en un acto experimentado en el pasado. La fantasía está dirigida al futuro. La fantasía lleva de suyo posibilidades que están inmersas en las cosas, pero que no están ya actualizadas o llevadas a cumplimiento. Fantasear consiste en mantener lo posible como posible. De modo que al imaginar o fantasear estamos ante actos que revelan que la realidad posee una estructura que es posible captar.

Solo el pensamiento puede captar esta estructura, pero para penetrar en ella es necesario que el pensar sea un acto de libertad. La libertad es uno de los temas más originarios que el pensamiento occidental ha intentado pensar y es necesario que para captarla seamos capaces de liberar el pensamiento de la prisión que lo oculta. De modo que la historia del pensamiento es la historia de la pérdida de su libertad. Una libertad que nace desde la imaginación y la fantasía y que, para nosotros, es posible alcanzar.

La imaginación toma lo vivido y lo reorganiza en lo posible. Crea dioses, futuros, ficciones, hipótesis. Aquí aparece el punto clave: toda imaginación es real como proceso físico, aunque lo que imagine no exista fuera del pensamiento. Las ideas metafísicas —cielo, destino, verdad absoluta— no flotan en el vacío: son producciones del pensamiento encarnado. Existen como procesos cerebrales y

culturales. Su realidad no es la de los objetos, sino la de los procesos. Este es el momento en que el pensamiento adquiere su mayor potencia y su mayor peligro: puede crear mundos que organicen la vida colectiva durante siglos... o que la destruyan.

Los filósofos han pensado la libertad en términos meramente abstractos, diseñados para lograr un fin, esto es, hacer de ella parte de un sistema. Por un lado, la libertad ha sido entendida como autodeterminación donde la libertad es sinónimo de ausencia de condiciones y de límites; por otro, como una necesidad que se funda en la totalidad a la que el ser humano pertenece. De ella hemos adquirido nuestra concepción del mundo, de la sustancia y del Estado, la tercera, es aquella que corresponde a la posibilidad de elegir, donde la libertad está condicionada, limitada y es, esencialmente, finita. Las tres concepciones que hemos figurado aquí incluyen a Aristóteles, Cicerón, Epicuro, Epicteto, San Agustín, Sto. Tomás, Occam, Descartes, Kant, Hegel, etcétera, pero son, esencialmente, opuestas entre sí. Necesitamos pensar mesuradamente la libertad para corregir estos excesos y esto solo lo podremos hacer si pensamos dónde comienza la destrucción de la libertad.

De ello será de lo que nos ocupemos a lo largo de este capítulo.

Energía e instintos y el inicio de la vida

La energía crea formas que actúan con la memoria cósmica midiendo los posibles a futuro. Es así que nace la imaginación como una novedad en el pensamiento. Para la física la energía no piensa, sino que es asumida como pura transformación. Gracias a esta emergen estructuras como átomos, moléculas, vida o el cerebro. La biología y la neurociencia, por su parte, señalan que la imaginación surge cuando la energía se organiza como sistema nervioso y es así que el nuevo escenario puede simular posibles futuros. La energía que imagina es la que ha sido organizada en sistemas complejos capaces de autopercepción. De modo que la imaginación es una propiedad emergente del pensamiento.

Sin embargo, debemos ir más allá de estas tesis científicas. Para hacerlo, vamos a seguir los pasos de algunos pensadores que aquí podrían ayudarnos. El primero es Spinoza y la idea de Dios como naturaleza pensante, después viene Schelling y su idea que la naturaleza es un espíritu inconsciente, y no puede faltar

Bergson con su imponente idea de un élan vital donde la vida se arraiga creativamente a sí misma. Algunas cosmologías orientales también podrían servirnos de ayuda. No obstante, todos tienen en común lo siguiente: la energía no solo se transforma, se auto-organiza creando formas que contienen memoria del pasado y proyección del futuro. Es la descripción de un proceso creativo continuo que, por un lado, señala (como el panpsiquismo) que la energía es ya una forma primitiva de pensamiento donde la imaginación no simplemente nace sino que evoluciona hacia un proceso más complejo; por el otro, la energía crea formas (como en el emergentismo) que alcanzan un nivel tan profundo de complejidad que ya serían capaces de recordar, anticipar e imaginar. Aquí la imaginación no sería una propiedad de la energía, sino de ciertas configuraciones energéticas.

Debemos evitar, llegados aquí, cualquier metafísica especulativa. Es así que a la literalidad que pudiera abrigar este camino oponemos un sentido simbólico. El universo produce formas capaces de imaginar y en ellas el cosmos toma conciencia de sus posibilidades. Pero, si la energía es pensamiento imaginativo, ¿debemos decir que también lo es el caos? ¿O es que el caos es la condición para que nazca la imaginación? Una posible vía por tomar aquí sería que la energía crea formas y una de ellas es el pensamiento. El pensamiento entonces es creativo y no está aislado ya que actúa en conformidad con la realidad. De modo que debemos llevar a cabo un proceso de unificación de visiones separadas analíticamente. La física nos ha enseñado que la energía se organiza en estructuras. Que las estructuras organizadas comienzan un proceso de reorganización y adaptación al entorno volviéndose cada vez más complejas. En cierto nivel de complejidad aparece la vida y, más tarde, la vida deja manifestarse al pensamiento. El pensamiento no está fuera del universo. Es una forma altamente organizada de energía.

Sin embargo, el pensamiento no es una forma pasiva pues no se agota en un proceso causal. Es por lo que no puede ser representado exhaustivamente por las ciencias. Al pensar, el pensamiento transforma la materia modificando su sentido y poniendo la posibilidad de llevar a cabo una nueva producción de realidad. Construimos ciudades, artefactos, vehículos, objetos en general. También transformamos la cultura, a otros cerebros cuando producimos en ellos sensaciones y así, transformamos el presente modificando al mismo tiempo el pasado y el futuro. De modo que el pensamiento es una forma de energía que retroactúa sobre la

realidad. Esto quiere decir que en el pensamiento pasado, presente y futuro siempre se están transformando. Pero el pensamiento jamás puede aislarse de su entorno. Depende del cuerpo, del lenguaje, de la historia, del ambiente, de su *bios* y de su *physis*. De suerte que el pensamiento no es meramente un latido interior, sino una intersección dinámica del universo. Esto es lo que quiso decir Spinoza con la idea que todo es una misma sustancia o Nietzsche con la voluntad de poder como fuerza creativa incesante. Lo mismo para la teoría de sistemas de Ludwig von Bertalanffy o la doctrina del Uno-Todo de Deleuze. En todos ellos hay un único acontecimiento para todos los seres y ese es el pensamiento.

El pensamiento es pues la articulación en el sentido del cosmos. Una forma energética emergente que, al transformarse en reflexividad, participa activamente en la transformación del campo total de lo real. Sin embargo, si la energía crea pensamiento, esto no significa que la energía piense en sí misma en todos sus niveles. La energía es la base ontológica del pensamiento y éste la forma compleja de aquella. Así, ya podemos señalar que no todo es pensamiento, pero que el pensamiento sí es un cosmos organizado. De modo que, si el pensamiento es una forma de energía creativa que actúa sobre la realidad... entonces el universo no solo produce formas, también realidades que pueden modificar el rumbo de las formas. Esta es la novedad apareciendo en la historia del cosmos, es decir, el nacimiento de la libertad.

Las consciencias de lo anterior son inmensas. La energía genera formas, las formas organización, la organización memoria, la memoria imaginación, la imaginación transformación y la transformación alteración en el campo energético total. Así que la estructura de la realidad es el caos medido. Son ciclos, no dualismos, ni idealismos, los que explican la realidad. La dinámica es una lógica. El pensamiento es una parte del cosmos, no puede ser aislado de él, no es el fantasma de una máquina cuyos engranajes ya determinan los procesos, tampoco es una sustancia distinta a aquel: el pensamiento es una configuración del mismo proceso universal una vez que el proceso se produce en el sentido. ¿Qué significa esto? Que el pensamiento no rompe las leyes físicas, sino que surge dentro del proceso evolutivo, lo mismo que las estrellas, los mares, la tierra que pisamos y sembramos, pero lo hace introduciendo nuevos niveles de organización. De modo que el pensamiento no es externo a la realidad, es su forma interna.

Las cualidades fundamentales del pensamiento podrían ser descritas como sigue: es reflexividad porque puede pensarse a sí mismo, imaginación pues puede proyectar lo que aún no existe y transformación consciente ya que puede alterar su entorno intencionalmente. El pensamiento es una complejidad emergente. Sin embargo, debemos saber que, si es parte del cosmos, ¿está limitado? El pensamiento no puede ser separado de la realidad, tampoco crear desde la nada, ni romper con la causalidad universal. Pero puede reorganizar, sin crear *ex nihilo*. Su poder consiste en redefinir la realidad, pero no es un absoluto.

El pensamiento es atravesado por el caos, pero se reorganiza constantemente modificando el sentido. Así, como ha visto Edmund Husserl, la imaginación no es un movimiento infinito en el vacío, posee reglas, leyes, *eidós* señala el padre de los fenomenólogos. La imaginación es infinita dentro de un campo de condiciones. En estas condiciones se da la lucha incesante entre el orden y el caos. Es así que lo dionisiaco y lo apolineo configuran la evolución total donde se expresa el cosmos reorganizándose desde dentro. Y esta es la posibilidad de pensar el Todo desde dentro. Y para hacerlo, necesitamos pensar la libertad como imaginación. La imaginación no es una propiedad real del universo, sino una construcción simbólica. Una narrativa que el pensamiento crea para explicarse a sí mismo y es por lo que es una parte del aparato conceptual del ser humano. Cuando Spinoza pensó que creemos que somos libres porque ignoramos las causas, cuando Nietzsche vio en la voluntad libre una invención moral o cuando la neurociencia señala que decidimos en ámbitos preestablecidos, ya se estaban acercando a lo que venimos diciendo. El pensamiento crea libremente actos de imaginación en fondos previamente posibles. Así, la libertad es una interpretación, no un ente sensible.

No obstante, si la libertad es imaginación, ¿entonces la imaginación está determinada? Pero si fuera así, la libertad también lo estaría. La única solución posible a esta aporía es sostener que la libertad es una imaginación medida y que esta medida es coherente con la continuidad causal. La libertad, como capacidad emergente de reorganización interna, es la lógica de su medida. Una libertad absoluta es ilusoria, mientras que una libertad medida es una indeterminación práctica.

Nos hemos separado tanto de las tesis clásicas de la metafísica que ya podemos establecer algunos resultados ineludibles. No existe un alma libre, no

existe ninguna voluntad autónoma, no existe un sujeto abstracto. En otras palabras, no hay nada fuera del proceso de reorganización del pensamiento. Así, la libertad no es una sustancia metafísica ni obedece a su lógica, es una construcción imaginativa que surge cuando un sistema complejo puede reprogramarse diversas posibilidades. De modo que la libertad es, ante todo, complejidad.

Con todo, el sentir, al repetirse durante millones de años, no permanece amorfo. Se estructura. Aparece el instinto: una forma de respuesta organizada que ya no es simple reacción, sino dirección. El instinto guía la conducta sin necesidad de deliberación consciente. Sigue siendo energía organizada, pero ahora tiene una forma más estable. Aquí se produce el primer nivel de 'orden': el caos del sentir genera, por presión evolutiva y repetición, patrones relativamente estables de comportamiento. El instinto es la primera administración del caos. No su eliminación, sino su canalización.

El sistema nervioso y los sentimientos

El sistema nervioso es la red de control y comunicación que permite mantener en relación el cuerpo humano. Es el responsable de procesar información, gestionar el medio interno y coordinar movimientos voluntarios e involuntarios. Compuesto fundamentalmente por el sistema nervioso central, gracias al cerebro y la médula espinal, y el sistema periférico, nervios, el sistema transmite señales eléctricas y químicas a través de neuronas que ayudan a interactuar con el entorno. Al procesar información sensorial, la luz, el sonido, el gusto, el tacto y el olfato toman forma para llegar a los sentidos, gracias al control de la motricidad y el equilibrio el sistema puede determinar movimientos y al regular la respiración, el latido cardiaco, la digestión y el sudor el sistema también influye en procesos involuntarios. Lo mismo para la cognición al gestionar pensamientos, memoria, emociones y aprendizaje.

La vida no empieza pensando. Empieza sintiendo. El sentir es la forma más primitiva de relación con el entorno: miedo, atracción, rechazo, dolor, placer. No hay lenguaje. No hay conceptos. Solo hay respuestas inmediatas que no pasan por ningún filtro cognitivo. El sentir es inmediato. No pasa por filtros. Esta es una afirmación que contradice siglos de racionalismo occidental, que entendió el cuerpo como obstáculo o como recipiente pasivo del alma. Aquí, en cambio, el cuerpo no es

un problema a superar: es el punto de origen de todo pensamiento posterior. El cuerpo siente antes de que exista ninguna idea sobre ese sentir. El sentir es caótico, plural, contradictorio —y eso no es una debilidad, sino su condición constitutiva.

Por su parte, los sentimientos son estados afectivos y conscientes que resultan de una interpretación cognitiva de una emoción, pero representando una experiencia mental más lenta y persistente que las emociones intensas y pasajeras. Los sentimientos surgen de la interacción entre emociones y pensamientos, influyendo en la conducta y permitiendo regular estados internos y sociales como el amor, el odio, la culpa o la esperanza. Las emociones son las primeras reacciones que experimentamos frente a un estímulo y los sentimientos son el resultado de una emoción que puede ser la respuesta a una situación física o mental. La euforia, la admiración, el afecto, el optimismo, la gratitud, la satisfacción, el amor, el agrado, el enfado, el odio, la tristeza, la indignación, la impaciencia, la envidia, la venganza, los celos, son los tipos de sentimientos que más nos inundan en la vida cotidiana y con los otros, de allí que sea necesario pensar en su función social.

El pensamiento y el cerebro (sabiduría, paz y tensión)

El cerebro hace uso de estructuras para funcionar. Tiene redes neuronales relativamente estables, mantiene ritmos eléctricos organizados y regula, por homeostasis, el cuerpo para darle equilibrio. El cerebro crea patrones que operan como formas de medida biológica para funcionar como una arquitectura dinámica que contiene el flujo. El cerebro es así lo que tiende hacia una medida estructural. La energía se organiza como pensamiento, y el pensamiento reorganiza la energía en nuevas formas. En neurología la energía no “se convierte” en pensamiento como si cambiara de sustancia, antes bien, el pensamiento es un proceso energético organizado en el cerebro (como actividad electroquímica). En otras palabras, para la física la energía resulta de una organización biológica que resulta de la actividad neuronal y ahí se forma el pensamiento. Sin embargo, para nosotros, el pensamiento deviene en nuevas creaciones: organiza información, imagina posibilidades, proyecta futuros y toma decisiones. Tales decisiones movilizan energía en el mundo físico pues una idea del pensamiento se puede transformar en una acción futura, esta acción transforma la materia, de ella nace una obra, una técnica, una filosofía o

una revolución. Filosóficamente, si el pensamiento es una forma organizada de energía, entonces cuando crea algo nuevo —un concepto, una obra, una ética, una civilización— está reconfigurando el universo. No crea energía desde la nada. Pero sí crea formas. Y esta es la manera en la que podemos sostener que el cosmos no es un caos puro.

De modo que el pensamiento en sí mismo es desorden, pero se mide a través de la forma. Desde su interior es flujo, asociación libre, posibilidad infinita, no tiene límites naturales. Antes de volverse concepto, palabra o teoría es pura potencia. Pero cuando ese flujo deviene lenguaje, concepto, obra, ética o estructura es porque ya ha aparecido la medida. Esta forma medida contiene el caos sin eliminarlo. No destruye el desorden: lo organiza. Es como un cauce de río donde el agua es fuerza desbordada, pero donde el cauce le da dirección. Así, si el pensamiento es desorden y la forma es medida, entonces: la creatividad nace del caos, la estabilidad nace de la forma y la cultura (lenguaje, conceptos, habla, teorías, obras) es el intento humano por equilibrar ambos. Es como una voluntad de poder que no es moral sino dinámica. Una voluntad que debe ser entendida como expansión, afirmación, intensificación, creación de estructuras. La voluntad de poder que entrevemos es la energía que no espera disiparse en un estado bruto, sino que quiere configurarse.

Tal configuración responde a la lógica siguiente: la voluntad de poder es el impulso a organizarse donde el pensamiento (la medida del caos que adquiere reflexividad) es un laboratorio de formas y así la forma funciona como la medida del caos. A diferencia de Nietzsche, donde la voluntad de poder corre el riesgo de afirmarse en la negación de otros, nosotros sostenemos que la voluntad de poder es el impulso creador de la realidad: la energía en busca de forma. Es así que, cuando una forma se hace rígida, la misma energía tiende a romper su estatismo para crear otra. De esta manera las culturas nacen, florecen y cesan de ser, es así como las ideas dominantes llegan a su fin y así las estructuras rígidas se vuelven insuficientes. Y este dominio ya no es el ámbito del sujeto, pertenece a la naturaleza de la energía. Lo que no significa que no exista el mal, sino que la energía busca constantemente nuevas configuraciones.

Frente a cualquier moralina, nos queda solo lo siguiente: la estabilización es dinámica. Es una tensión sostenida que se mantiene en movimiento. En ella la

voluntad de poder no busca una forma definitiva, sino aquellas capaces de sostener el flujo. Cuando una forma no puede contener más la energía, esta forma se rompe. Y esto no significa que la forma haya fracasado, sino que la vida, el exceso de vida, se ha afirmado. De modo que erraríamos pensando que el orden es lo contrario al caos. El orden es el caos medido temporalmente. Y el pensamiento es el lugar donde tal estabilización se pone a prueba antes de materializarse. Y he aquí la tensión estructural del ser humano: a mayor orden, rigidez; a demasiado caos, disolución. Así, tenemos profundas razones para sostener una idea novedosa de sabiduría: el sabio no es aquel que elimina el caos, sino quien es capaz de darle forma sin sofocarlo. Y esta es la función originaria de la medida. Ella no es inmovilidad, sino orden dinámico. El cuerpo humano, las galaxias, las culturas, las civilizaciones, etc., son sistemas dinámicos que se miden mientras logran equilibrar fuerzas internas. En ellos la energía es expansión, el caos multiplicidad de posibles, la voluntad de poder impulso configurador, la forma medida dinámica y la estabilidad duración relativa. No hay un estatismo, sino formas que duran porque han sido capaces de reorganizarse. De modo que una forma se extiende en el tiempo cronológico gracias a su capacidad de adaptación.

Así, la sabiduría humana consiste en saber convivir en la tensión entre medida y caos. Sin tratar de controlarlo, ni disolver el orden, la sabiduría consiste en saber cuándo intensificar y cuándo contener nuestra voluntad de poder. Implica un *ethos*, que no está dispuesto a imponer un orden absoluto, sino a sostener un equilibrio dinámico entre las fuerzas. El ser humano sabio no lucha contra el universo, sino que reproduce en su vida la misma lógica del cosmos: actúa como una forma que cambia y cambia porque conserva su forma. Así, la medida es el *ethos* de la sabiduría. Y por ello es una tarea individual y colectiva. La primera porque en todo ser humano convive la tensión entre los impulsos y los límites, la imaginación y la responsabilidad, el deseo y la forma. En ella la sabiduría interior sabe cuándo ampliarse y cuándo contenerse. La segunda, porque lo colectivo es un amplificador. Una sociedad demasiado rígida está destinada al autoritarismo, mientras que una sociedad demasiado caótica se conduce al colapso. Es por lo que las culturas necesitan de esta estabilización dinámica. Sin ella el individuo que busca el equilibrio es arrastrado por la indiferencia del colectivo. Y un colectivo más sabio

solo podrá existir cuando algunos individuos sean capaces de sostener conscientemente esta tensión.

Así, la sabiduría es un hacer práctico que tiene consecuencias universales a escala social. El pensamiento se vuelve acción, la acción estructura y la estructura intersubjetividad. Y aquí vuelve Nietzsche a la pluma: si el individuo es creador de valores, la cultura solo cambia si esos valores se convierten en bienes compartidos. Y esto es así porque el creador nace en una cultura, usa un lenguaje heredado, responde a tensiones históricas, es decir, no crea *ex nihilo*, sino que reconfigura lo existente. Así, el valor es colectivo cuando resuena en ideas, no cuando es impuesto a la fuerza. Y un valor es adoptado cuando responde a una necesidad latente, cuando articula lo que otros no pueden formular, cuando expresa una forma más estable para mantener la cohesión social. Entonces el proceso de creación de valores es dinámico: el colectivo genera tensiones, el individuo las concentra y les da forma, la forma afecta al colectivo y el colectivo lo acepta si el valor le da mayor estabilidad dinámica. Su forma no es lineal sino elíptica y el individuo es solo su catalizador, jamás su origen absoluto.

De modo que los valores que sobreviven al cambio son los que contienen el caos social, pero permiten suficiente libertad. Y el individuo descubre formas más adecuadas para el momento energético del colectivo. Esto es que el individuo no es un dios creador, sino un intérprete sensible al momento histórico de su época. Es quien percibe la tensión del caos colectivo y encuentra una forma que lo estabiliza mejor. Es como un músico que encuentra la armonía dentro del ruido, como un filósofo que da forma conceptual a una energía histórica que ya estaba vibrando en la época. Él no impone, sintoniza. Y si algunos valores prosperan, no es porque sean más verdaderos que otros, sino porque son más adecuados al momento energético. Con todo, hay creación, pero es una creación situada, concreta, jamás absoluta.

El caos colectivo genera presión individual, el individuo percibe esa presión, desde allí puede formular formas más adecuadas, estas formas deben ser estables, y si aumenta la estabilidad dinámica, el valor tiene futuro. De modo que la realidad es la tensión creativa entre la medida y el caos; y la sabiduría consiste en aprender a sostener esta tensión sin abolirla. La historia es entonces el resultado de estas formas de interacción y oscilación constante. No es una línea unilateral de procesos morales, ni una decadencia inevitable, ni un destino ontoteológico, sino un

movimiento constante entre el caos – exceso de energía, desborde, crisis posibilidad – y la medida – forma que contiene, organiza y da duración. Si la medida llega a ser rígida, el caos la hace trizas. Y si el caos amenaza con la última disolución, una nueva medida se agudiza. Es así como avanza la historia. Y así podemos explicar, más allá de Hegel, el surgimiento y la caída de los imperios, las revoluciones científicas, las transformaciones morales, la evolución biológica, etc. En una palabra: todo es ajuste dinámico.

De modo que, sin asumir que el proceso dialéctico reina en la realidad – como harían Hegel, Fichte y Schelling – el conflicto se expresa como la condición misma de la creación. Y así, como su condición, no puede ser eliminado, antes bien, el conflicto no es una falla del sistema, sino su motor. Dicho de otro modo, sin tensión no hay forma, sin resistencia no hay estructura y sin diferencia no hay pensamiento. Y este modelo se expresa en toda la creación. Las galaxias son gracias a fuerzas en conflicto, entre la gravedad y la expansión. La vida es gracias a sus tensiones internas (químicas, físicas, biológicas, espirituales). El pensamiento es gracias al contraste, a la oposición, a la problematización. Incluso la identidad humana surge del conflicto, como en Fichte, donde el yo y el no-yo se anuncian entre sí: entre impulso y norma, entre deseo y límite, entre caos interior y forma social. Pero el conflicto no es negativo, y aquí abandonamos a Fichte, Schelling y Hegel, solo destruye cuando en él reina el caos, el conflicto es, antes bien, energía en proceso de organización.

De modo que la paz no es aquella que surge de la guerra, tal como afirman Rousseau o Hobbes, sino que a su naturaleza pertenece no ser un estado fijo. La paz es el equilibrio entre las fuerzas. Lo anterior no significa que la paz sería la ausencia de conflicto, sino la contención del conflicto en formas que no se desbordan. Una galaxia no está en paz porque sus fuerzas se hayan disipado, sino porque ya están compensadas. Un cuerpo humano no está en reposo absoluto, siempre hay homeostasis dinámica. Así, la paz es la tensión organizada que no se rompe. La realidad es conflicto, la forma medida, la historia ajuste, la sabiduría convivencia, la paz equilibrio dinámico: nada hay definitivo, todo es sostenido dinámicamente. Todo depende de condiciones cambiantes, de intensidades, de contextos, de relaciones. Y esto es así porque el movimiento es constitutivo. Y, si todo es dinámico, entonces lo único relativamente estable sería la capacidad de adaptación. La naturaleza es este dinamismo pues, como en Spinoza, nada está fuera de la

naturaleza. Sin embargo, en ella existen infinitos modos, infinitas relaciones, infinitas transformaciones. La naturaleza es una, pero abre el dinamismo hacia su posibilidad, en ella todo fluye y así todo se reorganiza constantemente. El Todo es cerrado, pero lo que es, es dinámico. La totalidad es una, lo dinámico infinito. La voluntad de poder es la energía que tiende a mantenerse en formas dinámicas. No es un deseo personal, voluntario, psíquico, ni un dominio moral sobre otros, sino el ser del individuo: su impulso a reconfigurarse. Lo anterior no niega la posibilidad de llevar a cabo actos individuales suficientemente libres, pero sí señala que el conocimiento de este actuar es limitado. El sistema de la realidad consiste en producir nuevas configuraciones mientras exista tal tensión y esto nos deja abiertos hacia nuevas preguntas evitando que lo descubierto hasta aquí se convierta en dogma.

El pensamiento y el lenguaje como transportador

A Ferdinand de Saussure le debemos la concepción estructural del lenguaje que, con la publicación póstuma de su *Curso de lingüística general*, en 1916, acepta inicialmente la separación entre la lengua, entendida como sistema social, y el habla, como una ejecución individual. Para Saussure la lengua, en la relación sistemática entre sus elementos, exige una distinción entre la lingüística sincrónica, entendida como el estudio de los elementos simultáneos del sistema, y la lingüística diacrónica, como el estudio de los cambios de un estado del sistema a otro. No obstante, una distinción tal aún conserva la idea que los signos son identidades sobre las que reposa el sistema y es allí donde el signo verbal adquiere una doble fenomenalidad: a) como el significante perceptible y b) como lo significado inteligiblemente. Gracias a esta distinción Saussure elimina la relación con la cosa pues ella estaría fuera del dominio de la lingüística y conserva únicamente una diferencia interna al signo en sí mismo. Sin embargo, al mismo tiempo ofrece una interpretación psíquica del significante y de lo significado. El primero sería una imagen acústica; el segundo, un concepto. Esto fue lo que le permitió plantear el lenguaje como si fuera algo valioso y como si estuviera guardado en el inconsciente de cada individuo. Heredero de Saussure, Emil Benveniste, en *Problemas de lingüística general*, publicado en 1966, distingue entre lo semiológico, los aspectos del hecho lingüístico ordenados por el lugar que

ocupan como elementos del sistema de la lengua, y lo semántico, los aspectos del hecho surgidos de su empleo en la frase, considerada como la primera unidad del discurso. Para Benveniste, si el sistema es intemporal, la instancia del discurso sería un acontecimiento evanescente. Esto significa que la instancia del discurso se refiere al sujeto hablante a través de indicadores como 'yo, tú, él' pero también se refiere a la realidad poniendo en un juego complejo la relación entre el sujeto y el predicado.

A pesar de los grandes avances que sus aportaciones lograron para la teoría del lenguaje, ninguno de estos pensadores, ni de sus sucesores, han pensado la función del lenguaje como medida del pensamiento. Tampoco han abordado los aspectos del lenguaje como un transportador del pensamiento y, mucho menos, han dicho algo acerca del nacimiento del lenguaje como herramienta evolutiva en el ser humano. Para nosotros, el lenguaje es una memoria acumulada donde se muestran las experiencias históricas solidificadas a partir de conceptos nuevos o que funcionaron en otras épocas. Sin embargo, los conceptos significan en contextos específicos: la libertad significa en las luchas políticas concretas, la fe en la religión, el alma, dios, la voluntad, el sujeto, etc., llevan consigo una historia detrás, historias concretas, esto es, las respuestas históricas que los individuos del pasado han dado a sus mundos presentes. Debemos tomar conciencia de la tradición de la que hemos sacado los conceptos con los que llamamos a las cosas, sus situaciones, sus elementos y sus significaciones profundas. Aunque también podemos crear conceptos para poner en el pensamiento otra dirección. Así, para pensar la globalización, la inteligencia artificial, la crisis ecológica, la interconexión total, el exceso de información, la fragmentación identitaria, el vocabulario tradicional se vuelve insuficiente.

Tal como anunció el segundo Wittgenstein, cuando el mundo sufre una transformación, los juegos del lenguaje comienzan a sufrir tensiones. Esto les obliga a entrar en crisis y verse orillados a cambiar, pero, si no lo hacen, aparecen tensiones de corte existencial, pues el mundo nuevo se encuentra en arenas movedizas. Esto no significa que la realidad pierda su sentido, sino que las categorías con las que nos acercamos a ella muestran su insuficiencia. De modo que categorías como 'fe' o 'libertad' no han dejado de significar, sino que semánticamente ya están agotadas. Esto señala que ellas ya no significan lo que necesita nuestra época y por ello entran en conflicto.

¿Qué es hoy la libertad? Interdependencia, condicionamiento estructural, complejidad sistémica. ¿Qué es la fe? Confianza informada, compromiso con el proceso, responsabilidad compartida. Si logramos llevar estos conceptos a tales ámbitos nuevos no es porque estemos negando el pasado, sino que experimentamos la evolución del lenguaje hacia formas más complejas. El pensamiento crea conceptos para organizar la realidad y, cuando la realidad se transforma, los conceptos deben cambiar. Si esto no sucede, esta conexión con el cambio, los conceptos devienen narrativas, esto es, ideología.

Sin embargo, si el lenguaje sufre una considerable mutación, corremos el riesgo de perder cohesión social. Pero, sino lo transformamos, corremos el riesgo de quedar obsoletos. No obstante, la tensión es inevitable. En esta situación descubrimos que el lenguaje no es el problema central, que él es solo un transportador. Y, ¿qué transporta el lenguaje? El carácter caótico del pensamiento. Es por lo que hay que medir el lenguaje, pero quizá, con otro tipo de lenguaje. El lenguaje comunica lo que ya ha sido pensado, pero también estructura el pensamiento. De modo que no es un simple vehículo neutro ya que moldea categorías, separa, clasifica. El lenguaje está en la base de la lógica, la ciencia, la filosofía, el derecho, la metafísica. Pero, en tanto que se alimenta del pensamiento solo queda por decir que el pensamiento es previo al lenguaje.

El pensamiento necesita fijarse para poder transmitirse. El lenguaje le da forma, lo estabiliza, lo vuelve compartible. Aquí el pensamiento deja de ser solo interno: entra en otros cuerpos, se repite, se transforma, ya no pertenece a quien lo creó. El pensamiento puede entenderse como una forma de comunicación interna del cuerpo. No nace en el vacío; surge de impulsos, sensaciones, memoria, química, tensión, deseo. Pero esta salida al mundo tiene un costo: al fijarse en palabras, el pensamiento pierde algo de su movilidad original. Las palabras no son las cosas. Nombrar es delimitar, y delimitar es ya una forma de intervenir, de excluir, de imponer una forma al flujo continuo de la experiencia. Toda interpretación es una distorsión. El problema no es distorsionar —eso es inevitable— sino olvidar que lo hacemos.

El pensamiento es caótico, fluido y más energético que el lenguaje. Es por lo que este último solidifica a aquel.

De la memoria individual a la memoria social y cósmica: sociedad, cultura y telaraña social

Cuando el pensamiento circula entre cuerpos, cuando se transmite y se repite lo suficiente, comienza a solidificarse. Aparecen los patrones culturales: sonidos que se convierten en símbolos, símbolos que se convierten en lenguaje, lenguaje que se convierte en institución. La cultura no se crea tanto como se imita. Esto da estabilidad, pero también rigidez. El pensamiento socializado es más potente que el individual, pero también más difícil de cuestionar: ya no se vive como construcción, sino como realidad.

La medida es un orden dinámico y, en el orden social, los valores que sobreviven son los que sirven para contener el caos social permitiendo que haya garantía de transformaciones posteriores. El individuo, así, no crea valores *ex nihilo*, sino que descubre formas más adecuadas de asumir un valor. Así, el individuo no es un dios creador, como en la metafísica, es un intérprete sensible de su circunstancia, como en Ortega y Gasset, y él percibe la tensión del caos colectivo y crea formas dinámicas para estabilizar el caos en la sociedad.

Metafóricamente, el individuo es como un astrónomo que detecta nuevas configuraciones, un músico que encuentra armonía en medio del ruido, un filósofo que forma conceptos para pensar la energía histórica que ya ha vibrado. El individuo no impone, sintoniza. De esta manera la telaraña social se constituye a través de valores que prosperan y también a partir de aquellos que se eliminan. Y esto es así no porque haya valores más verdaderos que otros, sino porque se eligen los más adecuados a la circunstancia de la sociedad. Así, el caos colectivo genera presión y el individuo percibe esta presión, para intentar medirla formula formas más estables y, si esa forma aumenta la estabilidad dinámica, entonces el valor se adopta.

De modo que la historia de la sociedad y de la cultura es la de un proceso de ajuste continuo entre medida y caos. No es una línea de crecimiento moral, ni una decadencia inevitable, ni una idea que tuviera de antemano un destino predeterminado. La historia es el movimiento contante del caos – el exceso de energía, el desborde, la crisis, la posibilidad – y la medida – la forma que contiene, organiza y da duración. Si la medida se hace rígida, el caos llegará a atravesarla. Si el caos amenaza con disolverlo todo, surge una nueva medida. Es así como funciona

el pulmón de la historia: la novedad es una reorganización de la orientación de la historia.

La economía es un juego perverso que posee el poder de la acumulación. En él se crean formas de control que surgen de la situación en la que el ser humano solo puede jugar con sus reglas. La política es otro sistema de poder y control porque en ella los seres humanos han perdido su autogobierno dándole al gobernante la legitimidad de decidir por ellos. La educación enseña lo que el sistema desea y ayuda a mantener que otros poderes permanezcan. Estos sistemas son lineales. Sin embargo, el pensamiento, en su esencia, está siempre en conflicto. Nadie piensa de manera rigurosamente de manera ordenada. Y esto lo sabía Dostoyevski, sus personajes se contradicen, se desgarran, viven caóticamente. Y es así como nos muestra un camino para pensar la libertad. Como ser libre, el humano puede elegir incluso lo que le destruye. Es así que la conciencia es una fuerza viva, jamás abstracta, que nos puede atormentar. Es por ello que imaginamos, fantaseamos, porque por sí misma la razón no puede sostener la vida. Esto señala que el sufrimiento no es únicamente el dolor, sino una vía para nuestra transformación o para nuestra caída.

En *Crimen y castigo* asistimos a la historia de un asesinato “justificado” por un pensamiento que pone un orden más complejo en la justicia, pero que más tarde comienza a ser destruido por el remordimiento. En *El idiota*, habita un hombre bueno en un entorno corrupto y entramos en la duda si es posible sobrevivir en medio del pensamiento que llevan a cabo los demás. *Los hermanos Karamázov* trata sobre Dios, la libertad, el mal y la responsabilidad humana, pero lo hace señalando cómo las circunstancias transforman nuestras ideas lineales y hacen que nuestros actos solo puedan adaptarse a la situación y, en *Memorias del subsuelo*, un hombre que odia la lógica se rebela contra el orden racional, erigiendo la idea que solo consideramos racional a todo aquello que entra en el orden de lo que se puede representar.

Las obras de Dostoyevski no señalan que la humanidad no quiera ser libre, sino que la libertad auténtica resulta insoportable. El ser humano desea la libertad, pero también teme sus consecuencias: la responsabilidad, la incertidumbre, el decidir sin garantías. De esta manera sacrifica su libertad y busca refugio en ideologías, sistemas de pensamiento, la economía, la educación, la política. De modo que los seres humanos no rechazamos la libertad como algo abstracto, rechazamos

sus consecuencias. Es por eso que el personaje del Inquisidor le dice a Cristo: “los humanos prefieren pan, milagro, y autoridad antes que libertad”. De modo que Dostoyevski ha mostrado lo que nosotros hemos señalado a lo largo de este trabajo: el instinto no duda, actúa; el pensamiento abre posibilidades infinitas; la imaginación multiplica estas posibilidades y aquí llegamos al vértigo, a demasiadas opciones, demasiado caos. Es para protegerse de esta situación que el ser humano construye prisiones como lenguajes rígidos, sistemas morales, ideologías. De modo que no estamos ante una simple cobardía, sino ante una forma de defensa para ocultar el abismo. Sin embargo, la libertad verdadera consiste en aceptar el sufrimiento de no poseer un suelo firme.

Vivimos en una época donde nuestras cadenas ya no son tan fácilmente visibles. Hoy no estamos preparados para entender contra qué nos rebelamos, hoy las estructuras que limitan la libertad se presentan como elecciones personales, como competencia legítima, como bienestar. Y, por ser presentadas como modelos inocentes de pensamiento, no detectamos su peligro. En el pensar de nuestro tiempo no se nos dice qué pensar, pero se moldea lo que podemos imaginar; no se nos obliga, pero se diseñan entornos donde solo puedes elegir entre posibilidades ya delimitadas; no se nos prohíbe la libertad, pero la libertad se ve saturada hasta hacernos pensar que es irrelevante. Los algoritmos, la cultura de consumo, los discursos liberadores son preconfiguraciones de nuestra libertad. Y es así que la imaginación y la fantasía comienzan a ser colonizadas. Hoy no imaginamos desde el fondo de nuestro sentir, sino a partir de lo que nos está permitido.

El ser humano no solo evita la libertad, quizá hoy ya no sabemos lo que es ser libre. ¿Cómo puede llamarse libre un ser cuyos deseos, ideas y rebeldías están moldeadas? La respuesta es un misterio. Pero, esta situación tiene una historia. Antes la prisión del pensamiento era impuesta, hoy es internalizada y elegida. De modo que el ser humano no perdió su libertad, la volvió tolerable. Y esto ha nacido del miedo. La libertad no es un regalo sino una carga, no es paz sino vértigo, no es una decisión clara sino un exceso de posibilidades. Y el ser humano – nacido en instinto y vuelto pensamiento – no soporta el abismo abierto.

De modo que la historia de las revoluciones no ha nacido de la lucha por la libertad, sino de la invención de nuevas situaciones para evitar las consecuencias de ser libre. Pero en la invisibilización de esta situación está el peligro. Las cadenas son

invisibles porque se fusionó con lo que creemos que es el pensamiento. Si hoy no se prohíbe pensar es porque las posibilidades de lo pensable ya están delimitadas. Si hoy no se castiga la imaginación es porque ella ya está alimentada con imágenes prefabricadas. Si ya no se impone una verdad es porque se han fabricado tantas que la idea de una verdad se disuelve. De modo que la sofisticación del control del pensamiento ya no reside en la imposición de la fuerza, sino en la complicidad. Es así que el ser humano actual no solo acepta su prisión, sino que la defiende, la personaliza y así construye su identidad. Es así que la imaginación, el primer poder del pensamiento, sufre su mayor constricción. Antes funcionaba como una apertura, hoy como repetición.

Hubo un tiempo donde la imaginación nacía del contacto con el sentir, con la memoria, con la experiencia de la vida, pero ahora se alimenta de lo dado, de lo producido, de lo ya pensado. Fue así que la libertad dejó de ser una experiencia real para entonces convertirse en una sensación superficial, capaz de ser programada. Hoy se dice libre quien puede elegir entre opciones, sin considerar las intenciones de los que producen sus opciones. Se siente libre quien expresa una opinión, pero no quien es capaz de pensar fuera de esa estructura. Se siente libre quien rompe una norma, pero no quien comprende el origen de todas las normas.

Y así, la humanidad entra en una nueva fase de su enfermedad: ya no está oprimida por el pensamiento, sino que vive dentro de un pensamiento que no reconoce como ajeno. Esta es la forma más perfecta de control, porque no necesita imponerse. Funciona por sí sola y sin necesidad de vigilar y castigar, como en Foucault, a sus adeptos. Se reproduce en el lenguaje, en la cultura, en la educación, en la política, en la economía y en la forma en que el individuo se percibe a sí mismo. Pero lo que inquieta de esto es que hoy no hay un enemigo claro contra el cual luchar. No hay un tirano al que derrocar. No hay una estructura que destruir. Porque la prisión se volvió sistema y el sistema dominó nuestra forma de pensar. Y esta es la gran intuición de Dostoyevsk: el ser humano teme a la libertad, pero no alcanzó a ver su forma final, una humanidad que cree ser libre mientras vive dentro de límites que se le han impuesto a su pensamiento. De modo que la pregunta de nuestro tiempo solo puede ser la que sigue: ya no es si el hombre quiere ser libre, sino ¿puede todavía el ser humano reconocer la libertad cuando la ha sustituido por su simulación?

No podemos, llegados aquí, dinamitar una prisión a la que no tenemos acceso. No se puede romper una prisión que no se ve. Pero, para la vida del pensamiento, toda liberación comienza en el mismo pensamiento. El problema del ser humano moderno no es la falta de libertad, sino la imposibilidad de percibir su ausencia. Porque cuando la prisión era externa, bastaba con la rebelión. Pensadores como Sartre, Camus, Habermas, Tolstoi, Enrique Dussel, etc., pertenecen a la concepción clásica de la libertad: aquella que se gana por rebelión. Para nosotros no. Hoy la estructura está dentro del pensamiento, en el lenguaje que usamos, en las ideas que defendemos, en lo que creemos ser. Por eso, el primer acto no es político, ni social, ni económico, ni siquiera moral. Es el problema de 'ver' lo que ha perdido el pensamiento. Aquí 'ver' no es observar el mundo. Es observar aquello con lo que se observa. El pensamiento no solo interpreta la realidad: la construye, la filtra, la delimita. De modo que romper con la prisión exige un movimiento extraño, el pensamiento volviéndose sobre sí mismo.

Y entonces llega la primera fractura. El individuo comienza a notar que muchas de sus ideas no nacieron en él, que sus deseos tienen forma antes de aparecer, que su identidad está compuesta por capas aprendidas y heredadas. Y esa observación genera incomodidad. Porque si lo que yo pienso no es completamente mío, ¿quién piensa? Si lo que deseo ya estaba diseñado, ¿quién desea? Esta es la grieta. Y la mayoría se detiene aquí. Porque avanzar implica perder algo más que certezas: implica perderse a sí mismo. Romper la prisión invisible no es liberarse y seguir siendo el mismo. Es dejar de ser lo que uno creía ser. Y es así que el pensamiento comienza a desesperar. Porque esta situación no promete felicidad, ni estabilidad, ni sentido inmediato. Promete algo más difícil: contacto directo con lo real, sin mediaciones. Y así el pensador se descubre inmerso en el propio pensamiento. Sin las estructuras que ordenaban el mundo, aparece el caos: el sentir sin filtro, la incertidumbre sin respuesta, la existencia sin narrativa prefijada. Aquí muchos retroceden y reconstruyen la prisión. Le dan nuevos nombres, nuevas teorías, nuevas seguridades. Pero algunos atraviesan este camino y lo que encuentran no es una nueva verdad, sino una forma distinta de estar en el mundo. Un pensamiento menos rígido, una imaginación que ya no repite, una percepción que no necesita ser justificada, todo ello es el nacimiento de un nuevo pensamiento.

Pero no estamos en un estado superior, sino en un estado más expuesto, más cercano al origen: al instinto, al sentir, a la vida antes de ser organizada completamente por el pensamiento. Aquí ocurre algo fundamental: la libertad deja de ser una idea y se convierte en una práctica constante. No se posee. No se alcanza. No se garantiza. Se ejerce, momento a momento, en la forma en que se percibe, se piensa y se vive. Y eso la vuelve inestable, pero también real. Este es el punto donde la humanidad podría transformarse, pero también donde más se resiste. Porque implica abandonar la comodidad de la simulación para entrar en la intemperie de lo real. Dostoyevski entendió el miedo a la libertad. Nosotros estamos viviendo su consecuencia. La libertad no fue destruida, fue reemplazada, y romper ese reemplazo no requiere fuerza, sino lucidez. Una lucidez que no tranquiliza, pero despierta.

Una inteligencia con propósito

De modo que la sabiduría humana consiste en lograr convivir con la medida y el caos. Si la medida solo fuese rigidez o dogmas, entonces habría una muerte creativa. Y si solo habitáramos el caos, habría destrucción, esto es, imposibilidad de duración. La verdadera sabiduría no consiste en eliminar el caos, sino saber darle la forma que lo mantenga vivo. Es convivencia. Esto quiere decir que la sabiduría, una inteligencia con propósito, consiste en saber cuándo intensificar y cuándo contener la medida del caos. El sabio no lucha contra la lógica del universo, antes bien, reproduce en su vida la lógica del Todo: es una forma que cambia, un cambio que conserva su forma.

Como convivencia la sabiduría es individual y colectiva. Por un lado, se ponen en tensión los impulsos y los límites, la imaginación y la responsabilidad y el deseo y la forma; por el otro, entre la idea que una sociedad rígida solo puede nacer del autoritarismo y que una sociedad caótica solo puede acabar en colapso. El individuo puede buscar equilibrio, pero si el colectivo no lo hace, arrastra al individuo al caos. Pero un colectivo sabio solo podría existir cuando los individuos sean capaces de sostener conscientemente esta tensión. Así, la sabiduría es una puesta en práctica que tiene consecuencias cósmicas a escala social y cultural.

La realidad es una tensión creativa entre medida y caos. Y la sabiduría consiste en aprender a sostener esta tensión sin intentar abolirla. De modo que el conflicto que surge de aquí no es un 'error' sino la condición misma de la creación. Sin tensión no hay forma, sin resistencia estructura y sin diferencia pensamiento. He aquí el principio de todos los principios para todas las filosofías de todos los tiempos. El conflicto no es negativo, como en Hegel y Marx, antes bien, es destructivo solo al perder su medida. El conflicto es la energía en proceso de organización.

De acuerdo con lo anterior, la sabiduría no consiste en evitar el conflicto, sino en aprender a medirlo hacia formas más estables incapaces de sofocar sus potencias. Así la paz entre las naciones solo puede nacer del equilibrio. Es un equilibrio entre fuerzas muy cercanas a salir de sus goznes. La paz es una tensión organizada que no destruye las partes que la conforman. Y esto es así para la política, la ética y la vida singular. No se trata de eliminar las diferencias, como en la metafísica, o de idealizarlas, como en la posmodernidad, sino de sostenerlas sin que se destruya la estructura que las pone en común. No se trata de suprimir el caos, sino de encontrar la forma más adecuada para que no destruya las condiciones de la socialidad.

Así, la realidad es conflicto, la forma es medida, la historia es el ajuste perpetuo de la medida, la sabiduría convivencia y la paz equilibrio dinámico. Qué lástima que Rousseau, Hobbes y Maquiavelo desconocieron la tensión original entre la medida y el caos. Pues así no hubiesen puesto todas sus esperanzas en los contratos sociales. La paz, salida de estos contratos, es inestable. Está lanzada a producir más caos. Y una paz meramente caótica no es sino la justificación intelectual de la guerra constante. La sabiduría, o la inteligencia con propósito, no consiste en aplicar reglas en la sociedad, sino en desarrollar la sensibilidad para mantener la paz como equilibrio.

La imaginación, la curiosidad y el miedo

¿Ha logrado la filosofía llevar a cabo una revolución en el pensamiento capaz de erigir pensamientos capaces de evitar el mal? Si lo hubiese logrado ya habríamos tenido noticia de sus efectos. La infinita conversación entre filósofos no ha llegado a

ningún fin y es allí donde la filosofía parece crear a partir de la imaginación, la curiosidad y el miedo. Las diversas religiones que han intentado formar al ser humano en la bondad, también son una respuesta a los problemas fundamentales del mundo, de la existencia, del ser, esto es, del pensamiento. Los filósofos han abordado de diversas formas los tres temas que nos convocan aquí, pero jamás lo hicieron de manera conjunta. La imaginación, la curiosidad y el miedo han sido, hasta hoy, temas aislados del pensamiento y allí está su error. La imaginación, la curiosidad y el miedo son el telón de fondo sobre el cual la religión y la filosofía han creado ídolos para mantener a las masas en la ignorancia.

La imaginación es un acto de creatividad donde la realidad se ve modificada, ella recupera datos experimentados en el pasado para producir una nueva realidad que es coherente con las posibilidades intrínsecas a las cosas, de modo que no es una variación arbitraria, sino una modificación de esencias. Respecto a la curiosidad, fue Aristóteles el primero que la entendió como el origen de toda filosofía. Por curiosidad el ser humano intenta entender el mundo, la naturaleza y, diremos nosotros, el cosmos. Mientras que el miedo, según Martin Heidegger, es una manera en que rechazamos lo que desconocemos, pero que sí está provisto de objeto.

Sin embargo, la imaginación, la curiosidad y el miedo son las tres formas de mantener el pensamiento en su estado rígido pues los sistemas democráticos, totalitarios, los sistemas religiosos, económicos y políticos, han surgido de la imaginación de un largo grupo de escritores que intentan ofrecer soluciones a los problemas sociales. Los mandatarios aplican por curiosidad estos sistemas y, para hacerlo, hay que llenar de miedo a la sociedad creando crisis, pobreza, incertidumbre. Es así como se logra el control social. Los nuevos modelos de gobernanza nacen de la producción de miedo en los individuos. Un miedo que se establece cuando las reglas básicas de interacción ya no son seguras. De esta manera es posible introducir leyes que los habitantes no aceptarían en condiciones normales.

El miedo es pues el fenómeno fundamental para actuar sobre otra voluntad. Gracias a él los poderes fácticos pueden configurar las posibilidades de una sociedad y hacerse de sus frutos. La creación de nuevas instituciones, comandadas por un gobierno central, surge de la introducción en el imaginario colectivo de la posibilidad de crisis. Gracias a esta inestabilidad los seres gobernados, que ya han perdido la posibilidad de gobernarse a sí mismos, pierden la posibilidad de dialogar

con los gobernantes acerca de las soluciones más factibles para todos. No solo para los dirigentes o decisores públicos. Por su parte, no huelga decir que la mayoría de los temas a los que se han abocado los pensadores nacen de sus propios temores. Pero que no los han enfrentado al imponerle a la realidad un método de análisis donde la base natural de sus temores es codificada en un método imaginado. Así la imaginación sirve de base para que los pensadores creen la ilusión de dominar el mundo. Esto señala que la relativa solución imaginada por un pensador consiste en poner la curiosidad como una posibilidad de responder a sus miedos.

Lo anterior ha sido pensado por el más importante mentólogo de nuestra época, a decir, Georges Duby, quien ve en nuestros miedos una configuración estructural en las épocas. Y, aunque no nos ajustamos a sus resultados, es posible detectar que el miedo de las sociedades se traduce en figuras de control mental, material y de sus prácticas. Esto comienza una nueva meditación acerca de nuestra realidad social y no es extraño que ningún pensador se haya ocupado de ello hasta hoy. Porque la gran implicación de esto es: si nuestros miedos nos empujan a pensar y, al pensar, comenzamos procesos de imaginación del pensamiento, y aplicamos estos resultados en la realidad por curiosidad, ¿no estamos ante las contradicciones internas del pensamiento? Lo estaríamos si el pensamiento fuese estático, abstracto, metafísico. Y ese no es nuestro caso.

La urgencia de pensar el pensamiento consiste en ser capaces de detectar sus movimientos. Y que este movimiento sea medido implica ya el acceso a la naturaleza del pensar como un acto libre, como un acto donde la realidad se nos ofrece a través de nuestra capacidad de detectar lo que es de diversas formas. Aquí el pensamiento que crea realidad está abierto para todos, pero es verdad que son nuestros prejuicios aquellos que servirán de medio para alcanzar o no el objetivo. Y nuestros prejuicios son esencialmente nuestros miedos y solo ellos nos empujan a imaginar y, como esta imaginación solo se logra en su efectividad, la curiosidad de haber alcanzado o no el objetivo sigue latente.

Entonces, no podemos aislar la imaginación de la curiosidad y el miedo y es necesario pensar que, si no somos capaces de enfrentar nuestros miedos, somos nosotros mismos los que nos hemos engañado al adoptar ideologías para superar lo que no nos atrevemos si quiera a mirar. La verdadera lucha contra la autoridad no consiste en resistir, ganar o perder en el conflicto, sino en suspender su significación

de autoridad. Así, el concepto de Dios solo dejará de tener vigencia cuando dejemos de temerle como a un ídolo, la ciencia no puede pensar la imaginación pues debe comprobar la existencia efectiva de su objeto, y la curiosidad, ese empuje al descubrimiento de nuevas realidades, es nuestro impulso final. ¿Y cómo usamos este conocimiento del mundo? Esa es la responsabilidad de atreverse a pensar.

Tercera interacción: el estadio de la medida

La medida y la tendencia a la forma

La naturaleza de Spinoza es sustancia única, un sistema cerrado en el sentido que no asume ningún afuera. Nada está más allá de ella, es *physis*. Sin embargo, la naturaleza acepta infinitos modos, infinitas relaciones, infinitas transformaciones, todas ellas nos indican que hay formas. Dentro de la naturaleza todo fluye y es por eso que hay reorganización. Llamaremos 'fuerza fuerte' al comportamiento de la naturaleza que se reorganiza sin destruir las formas. En física ésta consiste en mantener unidos los quarks dentro de los protones y neutrones y, así, ayuda a que no se desintegren los núcleos atómicos. La fuerza fuerte es una intensidad sumamente poderosa, pero actúa en un rango muy limitado, no tiene intención, ni criterio, simplemente opera conforme a leyes. De modo que la fuerza fuerte asume, desde su origen físico, una analogía estructural con la medida pues ella es el principio que contiene, limita y da forma a la naturaleza. Esta equivalencia no es directa, no se trata de transmigrar conceptos de una ciencia a otra, es *estructural*.

La fuerza fuerte cohesionada la forma de la materia, la medida constituye lo humano en el pensamiento y la acción. La primera no puede cometer 'errores' pues sin ella no podría ser perceptible absolutamente nada, la segunda, sí, pero de esta falla nace el conflicto humano y, por ello, se presume necesaria. La fuerza fuerte es un límite interno de la materia, lo que evita su dispersión y le otorga coherencia. La medida es el límite interno del pensamiento dispuesto a evitar sus excesos y ser dominado por el caos. De modo que no todo es energía en flujo, sino que experimentamos tensiones que contienen esta energía. En la historia del pensamiento humano la concepción del universo, a partir del siglo XV, no solo ha sido concebida como expansión, también lo ha sido por contención. Sin embargo, hemos olvidado explicar qué mantiene la tensión. Y esta es la tarea de la medida. Esto significa que no todo fluye libremente. Algo lo detiene, lo comprime, lo obliga a llegar a la forma. Aquí estamos ante lo que Aristóteles no pudo ver con claridad pues no señaló qué mantiene la mezcla en su hilemorfismo. Esta coherencia es justamente la lógica de la medida donde el encuentro entre lo que es se da gracias a una lógica interna a su propio ser. Análogamente, la fuerza fuerte expresa una

tensión invisible que impide la dispersión de lo que es y mantiene unido lo que sin tal unidad se destruiría. Los filósofos llamaron a esta unidad su identidad sustancial, pero erraron al pensarla en términos idealistas. La unidad es la medida que contiene el caos, es el pensamiento que se despliega como energía en movimiento. Así, la medida, como la fuerza fuerte, no permite que lo que existe se disuelva en exceso, en ruido, en violencia o en el vacío.

En los términos propios a la constitución humana, la medida no es una represión moral ni una obediencia social. La libertad existe, pero es limitada. La medida es una fuerza interna de cohesión que permite que el pensamiento no se desborde hasta destruirse a sí mismo. Sin medida el deseo deviene insaciable, el lenguaje pierde sentido, el poder evoluciona hacia el abuso, la identidad se comienza a fragmentar. De modo que la medida no elimina la tensión, antes bien, la administra. No destruye la energía, la contiene en la estructura de la forma. Sin embargo, a diferencia de la fuerza fuerte, la medida no está garantizada, puede quebrarse, debilitarse o ser apresada. Y esto es así porque la vida humana no es estable, es un campo donde la cohesión siempre está en riesgo. Para los existencialistas este era el sentido de nuestro ser mortal, pero jamás supieron pensar por qué vivir es siempre estar en riesgo. El conflicto con la vida no es una simple anomalía, es la señal de que la medida está siendo desbordada o impuesta desde fuera. Así, la tarea no es eliminar el caos, sino encontrar el punto donde la energía y el límite coexisten sin anularse.

Nietzsche no aceptaría la lógica de la medida si ésta sonara a domesticación moral pues para él muchas formas de medida son mecanismos de debilitamiento (la culpa, la moral, el control de los instintos), pero no toda medida es represión. La medida es lo que no niega la fuerza, sino que la orienta completamente hacia el cumplimiento de lo que es. Así, la medida es la fuerza creativa por antonomasia. De modo que, frente a la interpretación nietzscheana, la medida no es la limitación de los impulsos, sino su afinamiento. Una voluntad sin medida se dispersa, mientras que una voluntad medida se concentra y se vuelve peligrosa para el sistema.

Por su parte, Deleuze y Foucault, plantearía *quién* impone la medida. Pues para ellos ésta sería una norma social, disciplinaria, controlaría el cuerpo y el pensamiento. No obstante, la medida es únicamente interna como cohesión real y si es impuesto lo es por normalización. La diferencia es crucial. La medida impuesta

produce cuerpos dóciles (Deleuze y Foucault), la medida propia produce coherencia y potencia.

Cuando las ideas dejan de circular libremente y se fijan en estructuras compartidas, se convierten en poder. El poder no comienza en el Estado ni en la ley: comienza en la forma en que se piensa. Pensar ya es ordenar, seleccionar, jerarquizar. Toda mirada recorta. Toda palabra decide. Toda teoría excluye algo para construir una figura inteligible del mundo. Por eso el pensamiento nunca es inocente. Nietzsche vio con claridad que la verdad no es pura transparencia, sino una interpretación que ha olvidado que lo es. El poder opera justamente allí: en el olvido de su origen. El poder opera exactamente en ese olvido: una idea se impone, se institucionaliza, se repite y acaba pareciendo natural. El voto, el contrato social, la democracia representativa: todas estas formas son presentadas como participación, como libertad, como ejercicio de la voluntad colectiva. Pero en realidad, el marco dentro del cual se ejerce esa participación ya ha sido diseñado de antemano. No elegimos el sistema. Elegimos dentro de él. Eso no es libertad; es legitimación.

La democracia no eliminó el poder. Lo refinó. Lo volvió invisible. Antes, el poder era evidente. Hoy, el poder se disfraza de participación. La democracia es el mayor logro del orden... y su engaño más perfecto. No porque sea inútil, sino porque hace sentir al individuo parte del poder, cuando en realidad sigue sometido a su estructura. La democracia puede ser un espacio de pluralidad, pero también puede degenerar en un ritual donde el ciudadano se reduce a un simple espectador periódico del poder.

El caos o la energía del devenir

No existe vida humana sin tensión entre la energía (impulso, deseo, pensamiento), contención (medida, límite, frontera). De donde estos límites pueden ser orgánicos para sostener la existencia o políticos, para controlarla. Este es el verdadero campo de batalla del que alguna vez habló Nietzsche al referirse a la gran política. La medida es ese campo, pero como la fuerza en lucha constante contra el desbordamiento del pensamiento. El pensamiento no es equilibrio, sino exceso.

Nace como impulso, energía en devenir, descarga, como una violencia difusa que busca formas. El pensamiento no piensa en este sentido, irrumpe.

El universo cumple una forma análoga al pensamiento. Si aquel solo fuera expansión sin formas medidas no podría existir nada. La materia misma depende de una fuerza que la obliga a no dispersarse. No es una simple armonía, sino una brutal tensión sostenida sin cesar. Y, frente a los existencialistas, la vida humana adopta esta condición. Y es así que nadie tiene garantías. Nuestros proyectos, al contrario de Heidegger y sus lectores, no tienen destino ni resolución. La medida no es una virtud para unos cuantos, no es moral ni tranquilidad (*Gelassenheit*), es una fuerza en guerra contra el desbordamiento del pensamiento.

Cada una de nuestras ideas tiende hacia fuerza de un horizonte que lo pueda sostener. Cada deseo quiere exceder el cuerpo que lo contiene. Cada palabra empuja hacia fuera del sentido hasta romper la forma que lo suscribe. Y esto es solo la muestra del principio fundamental: *sin medida, todo colapsa*. El lenguaje deviene ruido, el deseo adicción, el poder destrucción, el yo disolución. Sin embargo, la medida no es la inocencia nietzscheana. Si viene de fuera somete, no contiene. Esto es que, si no organiza, normaliza; si no da forma, limita. Entonces convierte la fuerza en obediencia, el pensamiento en repetición, la vida en lo que se puede vigilar, las cosas en lo que se puede controlar. De modo que no hay una salida augusta ante esta situación. O el pensamiento se desborda y se destruye o la medida lo captura y lo debilita. Pero hay aquí una medida más peligrosa: la producción de una medida propia, lo suficientemente fuerte para contener el exceso, pero lo suficientemente frágil para no convertirse en una prisión. Así, hemos descubierto en la medida un nuevo tipo de concepto: aquel que está en medio de la estabilidad y la dispersión. Es un "entre". La medida no es equilibrio, sino una inestabilidad sostenida. No es la *Gelassenheit* de Heidegger, sino una estabilización en medio de la presión.

Los físicos habrían entrevisto esta situación cuando sostienen que, en la materia, lo que existe, no está en reposo, sino al borde de romperse, pero no se rompe. Así, análogamente, la vida humana no busca estabilidad, su instinto primordial es la no dispersión. Y en este límite, la medida no es una virtud (frente a Nietzsche), es lo que impide que el pensamiento se arruine.

Mesura y caos

Si solo existiese caos ninguna forma podría configurarse y si todo estuviese medido ninguna novedad podría nacer. La existencia humana es puesta en juego entre ambos extremos: como una cuerda tensada donde el equilibrio no sería inmovilidad sino readaptación constante. El universo no se decanta por el desorden o por la armonía: vive de su diálogo permanente. Pero el caos introduce la diferencia, la ruptura, la otra posibilidad. Es como la grieta en la que entra lo inesperado: la variación que posibilita nuevas estrellas, otros caminos, otro modo de pensar. Gracias a esta inestabilidad la realidad no es repetición, acepta la creación. Por su parte, la medida no es represión del caos, es su ritmo. Es lo que emerge cuando el movimiento encuentra proporción. Heráclito señaló de una armonía invisible en la que se sostiene la lucha entre los contrarios. Aristóteles llamó *sophrosyne* a la justa medida que no elimina la intensidad del encuentro, sino que vuelve el encuentro mismo habitable.

En la vida humana esta tensión deviene experiencia interior. Una existencia completamente ordenada cultiva una vida rígida, una caótica, apunta a su pronta disolución. De modo que un pensador de nuestro tiempo, un habitante de nuestro mundo, pues no solo piensan los filósofos y los científicos, es quien ha aprendido a moverse en esta tensión. Hay que dejar que el desbordamiento abra nuevos caminos y que la medida de nuevas formas a lo que nace. Esta situación no consiste en poner uno frente a otro sino de aceptar, como una transformación vital, que ambos son condiciones del mismo devenir.

Esta dinámica es la tensión que habita en la realidad humana. Allí donde también viven, deambulan, trabajan y duermen los filósofos. Nietzsche esbozó esta situación al mostrar la fuerza del desgarramiento creativo, Spinoza buscó la claridad de la necesidad, Heidegger escuchó el silencio de la muerte en la que el ser se abre al *Dasein*. Pero quizá aún no llegaron hasta el final. Quizá el gesto más profundo consista en reconocer que toda idea surge de la tensión entre la turbulencia de un pensamiento que apenas está esbozado y una forma que tímidamente puede controlarlo. Esta sería la manera más efectiva de entender lo que Heidegger pensó ya haber establecido entre la ruptura y el cuidado.

De modo que el ser humano no habita fuera del caos ni se mantiene protegido por la medida. Vive en la oscilación. Cada decisión, cada palabra y cada silencio son

las muestras indelebiles que está a la búsqueda de un ritmo, una armonía singular dentro del movimiento del cosmos. El existencialismo jamás pensó que no se trata ni de eliminar las tormentas que nos hieren ni de estancarse en una calma definitiva, sino de aprender a caminar en la frontera donde el caos deviene creación y la medida libertad.

Dicho de otro modo, es necesario aceptar la creatividad del caos sin perder la claridad y proporción de la medida. La medida es el ritmo interno del caos y el caos la fuente viva de toda medida.

La salida no consiste en destruir el orden ni en rendirse al desorden total. Pero tampoco está en encontrar un punto medio estático —eso sería otra ilusión de perfección. La propuesta es más incómoda: la medida y el caos no son polos opuestos que se anulan, sino fuerzas que se necesitan mutuamente y cuya tensión es la condición de la salud del pensamiento. La medida sin caos se vuelve tiranía. El caos sin medida se vuelve destrucción. Pero juntos... abren una posibilidad distinta, una filosofía que no pretende controlar la vida, sino entender su inestabilidad. La medida es la capacidad de sostener límites sin eliminar la apertura. Es la lucidez de no convertir ninguna forma en absoluto. No clausura el caos: lo escucha. No destruye el orden: lo limita. No idolatra la razón: la contiene. No convierte la verdad en ídolo: la deja respirar. El caos, por su parte, no es el enemigo. Es el origen. Es la condición misma de la vida, de la novedad, del pensamiento genuino. Sin caos no hay cambio. Sin caos no hay pensamiento nuevo. Sin caos, solo hay repetición. La medida hace habitable el caos; el caos hace necesaria la medida.

El ser humano como el lugar donde toman conciencia la medida y el caos

La ética no consiste en imponer un orden absoluto, sino en sostener un equilibrio dinámico entre fuerzas opuestas. Esto significa que ya podemos afirmar que la libertad no consiste en buscar a toda costa salir del sistema, sino en moverse creativamente dentro de él. Desafortunadamente, el pensamiento ha sido comprendido, a lo largo del pensar occidental, a partir de dos reduccionismos esenciales: a) como la expresión de fuerzas, b) como efecto de estructuras. La crítica a los principios metafísicos (con Nietzsche, Kierkegaard y Marx) consistió en desplazar el pensamiento de su lugar metafísicamente privilegiado. Gracias a ellos

la conciencia dejó de ser origen y pasó a ser parte de la dimensión superficial del *ego*. Así, el cuerpo, entendido como una pluralidad de fuerzas en tensión (Deleuze como lector de Nietzsche), comienza a jugar un papel nuevo. Pensar no es conocer, sino aprender a interpretar de acuerdo con una determinada configuración de fuerzas.

No obstante, la inversión de Nietzsche, Kierkegaard y Marx no agota el problema. Solo lo maquilla. Al disolver la fuerza del pensamiento en un juego de fuerzas ellos esclarecen su dependencia, pero oscurecen su especificidad. El pensamiento aparece subordinado, pero deja de ser pensado en lo que le es más original. ¿Cómo fija? ¿Cómo estabiliza? ¿Cómo convierte el movimiento en una estructura estable? Estas son las preguntas que debemos abordar. No basta con señalar que el conflicto es ontológico, es necesario trascender el nivel de la lucha. Esto significa que debemos ser capaces de organizar la lucha misma sin intentar resolverla. Tampoco basta con señalar que el pensamiento surge de las prácticas, los discursos y los dispositivos, ni que el sujeto es producido por relaciones de poder que delimitan lo que puede pensar y decidir. Sin embargo, si privilegiamos el análisis de las condiciones de producción del pensamiento, diluimos su dimensión dinámica. En esta situación el pensamiento ya habría sido configurado, olvidando su tensión interna. Estos autores, lo mismo para Foucault o Deleuze, han mostrado una procedencia del pensamiento, pero no su función reorganización de experiencias excedentes.

Nadie ha visto la dinámica relacional del pensamiento pues ningún pensar ha abandonado cierta cercanía con el pensamiento como fundamento o como efecto. Para lograr tal hazaña es necesario plantear su estatus relacional y procesual. Y este surge de la intersección entre el cuerpo y las tramas sociales y se constituye como un proceso de mediación. Pero esta mediación es inestable pues el pensamiento intenta fijar lo que, en definitiva, es móvil: *la experiencia vivida*. Y he allí su creatividad: intenta producir coherencia ahí donde operan múltiples determinaciones heterogéneas, aspirando constantemente a mesurarse en medio del caos. Es así que el pensamiento convive con el conflicto, no como un accidente o como una anomalía, sino como la consecuencia necesaria de la tensión entre la variabilidad del cuerpo, la historicidad de las relaciones y la tendencia a la estabilización. De modo que el conflicto no puede ser determinado. Se constituye como la tensión irreductible entre

el proceso que intenta organizar y realidades que se resisten a una clausura definitiva.

Un pensamiento sano no es un pensamiento sin conflicto. Es un pensamiento capaz de convivir con la contradicción sin caer en la parálisis ni en el dogma. La vida humana no se salva con pureza, sino con tensión. Aceptar que vivimos en tensión, que toda estructura es provisional, que el caos no es un error sino parte esencial de la existencia, no es un pensar pacífico. El pensamiento sano no elimina la tensión. La habita. Ni orden absoluto, ni caos total: equilibrio dinámico. Kant buscó condiciones de posibilidad; Nietzsche abrió el abismo de la interpretación; Heidegger llevó la pregunta al ser; la neurociencia mostró la construcción neuronal del mundo. Todos, a su modo, deshicieron la ilusión de un acceso absoluto a la verdad. La conclusión no es el relativismo vacío, sino una ética del límite. Esa ética es la medida.

Deconstrucción de las ideologías

Las ideologías se alejan de la lógica de la naturaleza al dividir, jerarquizar y concentrarse en intereses concretos. No vivimos en el caos, sino en una mentira general cuidadosamente ordenada. No tememos al desorden, tememos perder el control. Por eso hemos inventado sistemas, dioses, leyes, democracias y verdades. No para entender el mundo, sino para dominarlo y, sobre todo, para dominar al otro. El poder no es una estructura creada por la política, es la enfermedad del pensamiento. Se disfraza de orden, de moral, de verdad. Promete estabilidad, pero produce sumisión. Promete sentido, pero crea dependencia. Y lo más peligroso: logra que quienes están sometidos creen que participan activamente de él. La historia de la humanidad no es la búsqueda de la verdad, es la sofisticación del control, el interés final de las ideologías.

Frente a las ideologías religiosas, culturales, educativas y sociales, el nihilismo aparece como una grieta. Es una posibilidad de confrontación. Es un acto de rebelión: si nada tiene sentido, entonces nada justifica el dominio absoluto de una idea sobre otra. Pero incluso el nihilismo, tal como ha visto Derrida, puede convertirse en otra ilusión si no se entiende su límite: deconstruir lingüísticamente no es suficiente. De modo que debemos mantenernos en medio de la situación extraordinaria donde no nos dejamos dominar ni por el caos puro, ni por el orden

absoluto. Se trata de una situación extremadamente más incómoda: debemos aceptar que el ser humano participa de la medida y del caos y que al ignorar cómo equilibrarlos él mismo ha sido condenado.

Esto no es nihilismo político ni un llamado a abandonar las instituciones democráticas. Es un diagnóstico de su límite estructural: si el pensamiento que las sostiene ya está moldeado por los discursos de legitimación, la crítica se debilita antes de nacer. La democracia no se defiende solo con instituciones. Se defiende con pensamiento vivo, con capacidad de duda, con resistencia a las narrativas cerradas.

Esta otra verdad señala que el orden no nació como una verdad, sino como necesidad. Desde su inicio, el universo no nos ofreció sentido. Nos ofreció incertidumbre. Y frente a eso, el ser humano hizo lo único que podía hacer: inventar estructuras para no perderse en el caos. La idea de Dios fue la primera gran estructura. El Estado, su heredero. La democracia, su versión más sofisticada. Pero todas comparten el mismo núcleo: organizar la conducta humana bajo una lógica de poder. Un ejemplo de ello es el ejercicio del voto. De acuerdo con la narración general votar es participar, ejercer libertad, elegir. Pero votar, como dijo Étienne de la Boétie, es aceptar las reglas de un sistema que ya decidió por nosotros quiénes entran al juego. De modo que no elegimos el sistema, sino que elegimos de acuerdo a lo que nos permite elegir. Es así que la libertad está cuestionada, ella solo es una libertad legítima, permitida, coaccionada. Entonces el orden no elimina el caos, lo administra, lo encierra, lo regula, lo convierte en amenaza para justificar su propia existencia.

Dicho lo anterior, el caos no es el enemigo a vencer, es el origen. Sin caos no hay cambio, no hay novedad en el pensamiento, solo repetición. Nietzsche entendió muy bien la necesidad de caos como puerta de entrada en la destrucción de valores. Pero incluso él dejó las puertas abiertas hacia una herida: ¿qué pasa después de la destrucción? ¿Hacia dónde dirigimos después de la crisis? Las diversas respuestas que occidente ha intentado aún no penetran en lo fundamental de esta cuestión. El caos absoluto es inhabitable. El ser humano no puede vivir en la incertidumbre total. Necesita referencias, límites, cierta estabilidad. Pero cada vez que se produce una estabilidad tal, se corre el riesgo de convertirla en poder. Y ahí está el peligro.

Un ejemplo de esto son las revoluciones, a las cuales ha prestado mucha atención Guy Bajoit. Toda revolución nace del caos, de la ruptura, de la

inconformidad. Pero con el tiempo, se institucionalizan. Crean nuevas jerarquías. Nuevas reglas. Nuevo control. El caos que antes liberaba, se convierte en un nuevo orden que oprime. Hay confrontación entre opuestos y el pensar occidental tiende a tomar una sola dirección. Pero ante esto, ni Hegel, ni Kant, ni Nietzsche pretenden decir la última palabra. Cada uno de sus sistemas adolecía de la última completud. Hegel pretendió alcanzar el sentido absoluto de la historia, Kant impuso límites a la razón pura para evitar el desbordamiento sensible y Nietzsche quebró los muros en los que se emplazaban las leyes morales que pretendían ser verdades eternas. He aquí tres caminos (dialéctica, trascendental, vital) con tres verdades parciales (el espíritu absoluto es la historia de los pueblos dominantes, la razón trascendental es capaz de poner orden en la sensación, después de la muerte de Dios vendrá una época de perspectivismo). Pero no se trata de que elijamos uno entre ellos, sino de evitar absolutizar su concepción.

Y es por lo anterior que proponemos aceptar que el ser humano está atrapado entre la necesidad de orden y la inevitabilidad del caos. La medida y el caos no emprenden un equilibrio perfecto, conviven en una tensión constante. En los modelos políticos la medida sin caos se vuelve tiránica y el caos sin medida se vuelve destrucción. Pero si logramos un equilibrio lúcido se nos abren nuevas posibilidades. Esta es la de una filosofía que no intente comprender para controlar la vida, sino experimentar con conciencia su inestabilidad. Esta es la situación ante el poder. La democracia no lo eliminó, simplemente lo refinó. Y lo hizo volviéndolo invisible. En la antigüedad el poder era evidente: era el ejercicio de gobernar de reyes, dioses, imperios. Hoy, el poder se disfraza de participación, de opinión, de espectáculo. Se nos dice que somos libres porque elegimos, pero no vemos que elegimos dentro de límites diseñados. La democracia es el mayor logro del orden... y su engaño más perfecto. No porque sea inútil, sino porque hace sentir al individuo como parte del poder, cuando en realidad sigue sometido a sus posibles.

De modo que el problema no es el sistema democrático, sino el pensamiento que crea el sistema mismo. El pensamiento es el verdadero generador de realidad. Nosotros no solo reaccionamos al mundo, constantemente lo construimos. Y mientras ese pensamiento siga dominado por la necesidad de control, el resultado será el mismo: más orden impuesto, más caos reprimido, más insatisfacción. Y necesitamos una salida fuerte, poderosa, incómoda quizá. Que sea capaz de señalar

que no hay una solución definitiva. Y esta es la verdad más difícil de aceptar. Una verdad que no pretenda acabar con el poder, ni un orden perfecto, ni una libertad absoluta. Debemos llegar a la verdad con honestidad y, una vez que hayamos entrado en ese extraño lugar, dejar de creer en ideologías absolutistas. Debemos aceptar que vivimos en tensión, que toda estructura es provisional, que el caos no es un error... sino parte esencial de la vida. La vía que se abre no consiste en pensar cómo escapar del sistema, sino en comprenderlo sin someternos completamente a él. Esto no traerá paz, pero sí lucidez.

La enfermedad del pensamiento no es un accidente histórico ni una mala decisión individual. Es una tendencia estructural que emerge del propio éxito del pensamiento: cuanto más eficaz es para organizar la vida, más teme perder ese control. Y en ese miedo, el pensamiento da un paso fatal: confunde sus propias construcciones con la realidad misma. El pensamiento fabrica el mundo humano y luego olvida que fue él quien lo construyó. El mecanismo puede describirse en tres pasos que se repiten a lo largo de toda la historia humana: a) crear: el pensamiento produce una estructura —un dios, una ley, una identidad, un valor— para organizar la experiencia y reducir la incertidumbre, b) creer: esa estructura se naturaliza. Deja de sentirse como construcción y empieza a sentirse como verdad. El origen se olvida, c) obedecer: el pensamiento se somete a lo que él mismo creó. La herramienta se convierte en amo.

Este ciclo no es una debilidad accidental: responde a necesidades reales del cuerpo. La certeza reduce la angustia. La identidad fija evita la sensación de disolución. El orden administra el miedo al caos. La enfermedad del pensamiento es una solución que se transforma en el problema.

En el mundo actual no vivimos entre menos ideas metafísicas, sino bajo formas más complejas de estar en el mundo donde ya no detectamos las verdades únicas, sino que actuamos en convivencia con verdades que compiten por capturar el pensamiento. Estas verdades se vuelven inmediatas: las redes sociales convierten opiniones en 'verdades' virales. El cuerpo no alcanza a procesarlas, solo responde ante ellas. Y es así que el pensamiento pierde profundidad y se torna reacción. Estas verdades se fragmentan, pero no desaparecen: ya no hay una gran verdad dominante, sino muchas compitiendo. Cada burbuja cree tener su razón y esto es absoluto. La metafísica no se elimina; se multiplica. Cada verdad se internaliza a

través de zonas de identificación: cuestionar una idea política o moral se siente como ataque al cuerpo mismo. El conflicto se intensifica entre bandos de opinión. Es así que el control se vuelve invisible: los algoritmos median lo que vemos, consumimos y pensamos. La ilusión de libertad de elección opera dentro de marcos preconfigurados. La autoexigencia se intensifica: los ideales de éxito, productividad y felicidad permanente producen agotamiento constante. El cuerpo no alcanza los ideales que el pensamiento consume diariamente. La nueva enfermedad ya no es rigidez absoluta, sino sobrecarga y fragmentación: demasiadas ideas, demasiadas exigencias, demasiadas identidades posibles. El resultado es el mismo: una terrible distancia del cuerpo, pero hoy es por exceso, no por falta.

Ni dogmas, ni puro ruido

Y la lucidez, ¿acaso no consiste en comprender que la socialidad siempre está en peligro? El pensamiento social es la forma en que la dinámica relacional del pensamiento se institucionaliza y deviene colectiva. Y aquí no se trata, como han pensado los sociólogos con su idea de imaginarios colectivos, de lo que la gente piensa en conjunto, sino del conjunto de esquemas, normas y categorías que circulan históricamente entre los cuerpos y las relaciones. De las dimensiones que organizan la experiencia de los individuos. El pensamiento social no es dogmático ni es puro ruido, es la dimensión compartida de la posibilidad de pensar que preexiste al individuo (como lenguaje, valores, criterios de normalidad), lo atraviesa (internalizándose como 'voz propia') y que más tarde se reproduce en la intersubjetividad.

De modo que el pensamiento no solo organiza la experiencia, también la normaliza. El individuo no solo intenta dar sentido a lo que vive, también hace uso de marcos ya dados de antemano. Es así que puede tomar posición ante lo que es un éxito, un fracaso, lo bueno, lo malo. Esta es pues la estructura interna de la vida. Un conflicto que es socio-interno. El individuo no lucha, así, únicamente con lo que siente, sino con lo que debería sentir o ser de acuerdo con las reglas interiorizadas por los demás. Esto significa que el conflicto no nace solo de las posiciones individuales, sino de la fricción entre dinámicas internas y las estructuras sociales.

Cuando ciertas ideas se vuelven dominantes (éxito, productividad, control emocional) se generan patrones repetitivos de pensamiento que aumentan la posibilidad de rigidez y, por lo tanto, de sufrimiento. No porque todos estén enfermos, sino porque el sistema favorece configuraciones rígidas del pensamiento. Sin embargo, el pensamiento social también permite el lenguaje compartido, crea sentido colectivo y hace posible transformar estructuras, no solo es limitación, también es condición de posibilidad para dirigirse hacia otros posibles.

El pensamiento social no es dogmático ni puro ruido, tampoco es un nivel externo al individuo, sino la dimensión donde el pensamiento deviene compartir, normar y transmitir. Con el pensamiento el individuo organiza sus experiencias y lo hace según marcos que él no ha producido. El conflicto humano no surge de la relación entre el cuerpo y el pensamiento, sino de la fricción entre la experiencia vivida y las formas sociales que pretenden estructurarla. Así, el pensamiento social no condiciona al sujeto, es la parte fundamental de su propia dinámica interna.

De modo que la transformación del pensamiento individual y del pensamiento social no ocurre como un movimiento paralelo, no son secuenciales ni están separados, ocurre de modo simultáneo y recíproco. *Primero*, porque el individuo piensa gracias a categorías sociales, *segundo*, porque la sociedad existe gracias a pensamientos individuales que la reproducen o modifican. Lo anterior significa que el pensamiento social es la condición de posibilidad del pensamiento individual. Y el pensamiento individual es la condición de actualización del pensamiento social. Uno no existe en otro en acto. Y la transformación se genera cuando hay descoincidencia, cuando el individuo ya no es capaz de sostenerse en lo que el pensamiento social le impone. No obstante, tampoco puede salir completamente de él. Y es aquí donde se abre una grieta, como en Lucrecio, que inventó un lenguaje nuevo dentro de su propio lenguaje. Es así que el cambio no comienza ni en el individuo aislado, ni en la estructura social como totalidad. Sino en la tensión entre ambos. Es allí donde el pensamiento, atravesado por lo social, ya no logra organizar completamente la experiencia vivida, produciendo una fisura. Y es en esta fisura, donde lo individual y lo colectivo se transforman mutuamente. Así, no todo depende de la estructura, no todo depende del individuo, no todo es ruido ni dogmático, es el conflicto lo que da origen al cambio.

No hay salida completa del sistema. Pero tampoco hay encierro absoluto. El margen no es un lugar fuera del poder; es un espacio dentro de él donde no todo está completamente fijado. Y en ese espacio, algo es posible. Conciencia de origen: el primer margen es ver que lo que parece natural es construido. Esto no saca del sistema, pero cambia la relación con él. Micro-decisiones: el margen no aparece en grandes gestos heroicos, sino en pequeñas variaciones: cómo se responde, qué se repite, qué se cuestiona. Uso del pensamiento contra sí mismo: llevar una idea hasta su límite, mostrar su contradicción, negarse a absolutizarla. Reconexión con el cuerpo: cuando una idea exige más de lo que el cuerpo puede sostener física o emocionalmente, aparece una señal de alarma. El cuerpo desmiente al pensamiento cuando este se vuelve excesivo. No fijar identidad en la ruptura: incluso 'ser crítico' puede volverse otra jaula. La ruptura no puede convertirse en nueva certeza absoluta.

La imaginación creativa

El pensamiento humano es un flujo de fuerzas constantes. No es una herramienta que usamos o de la que disponemos para llevar a cabo una acción: es una fuerza que nos atraviesa. Pretender detener su movimiento es equivalente a pedirle al fuego que no queme, o al río que no fluya. Pensar es inevitablemente poderoso. No obstante, al pensar comienza el conflicto. Por su parte, en la naturaleza todo convive con todo. No hay ruptura, no hay culpa, no hay exceso de interpretación. La vida se afirma en sus propias contradicciones sin necesidad de justificarse. El dolor y el placer, la construcción y la destrucción, todo forma parte del mismo ritmo. Y, sin embargo, el ser humano ha convertido el pensamiento en una fractura. Ha querido separarse del flujo natural, analizarlo, dominarlo, corregirlo. Y en ese intento, el pensamiento se vuelve un peligro para el flujo del universo: algo que duele, que incomoda, que deforma el flujo. Pero no podemos simplemente deconstruir la historia del pensamiento. No podemos dejar de pensar para volver a la naturaleza, porque precisamente el pensamiento ya es parte de lo que somos. No hay marcha atrás. Entonces, el problema no es el pensamiento. El problema es no saber habitarlo.

Pensar también puede abrir otra forma de estar en el mundo. No como una huida de la naturaleza, sino como una conciencia de ella. No como una negación del

dolor, sino como su comprensión más profunda. Aquí aparece el verdadero arte de vivir: en el poder de las decisiones. Decidir no es escapar de la contradicción, sino asumirla. Elegir sabiendo que no hay pureza, que toda acción lleva consigo su contrario, que toda afirmación incluye una pérdida. Vivir es sostener esa tensión sin romperse. Y aquí incluso el dolor deja de ser un enemigo. El dolor no niega la vida: la afirma. Es señal de que algo está ocurriendo, de que estamos implicados, de que no somos ajenos al movimiento del mundo. Aceptar el dolor no como castigo, sino como parte de la experiencia, es reconciliarse con la existencia misma. Así, el pensamiento deja de ser una enfermedad cuando deja de querer curar la vida. Y se convierte en otra cosa: en una forma de conciencia que no separa, sino que acompaña. De modo que no se trata de dejar de pensar. Se trata de aprender a pensar sin traicionar la vida.

El pensamiento es pues una herida, no es un logro, sino una herida abierta. Nosotross no elegimos pensar. Pensar nos ocurre, nos invade, nos toma. Es una fuerza imprudente que jamás se detiene. El ser humano no es dueño del pensamiento: es su campo de batalla. Y en ese campo algo se rompió. Porque la naturaleza no piensa... y, sin embargo, no está perdida. Todo en ella convive sin necesidad de explicación. La vida no se justifica, no se corrige, no se juzga. Simplemente acontece. Incluso en su violencia, incluso en su destrucción, hay una coherencia que no necesita conciencia. El ser humano, en cambio, interfiere. El pensamiento es ese exceso. Ese error. Ese crecimiento de más. El ser humano es el peligro del pensamiento. Y ese peligro duele porque estorba. Y estorba porque separa, analiza y clasifica. Separa al hombre de la vida mientras le hace creer que la entiende. Quiere ordenar lo que ya está en orden. Quiere corregir lo que no está equivocado. Quiere salvarnos de una vida que nunca estuvo en peligro. Y en ese intento, enferma todo. Pero no hay salida fácil. No hay regreso a la inocencia. No podemos dejar de pensar, porque el pensamiento ya nos hizo. Ya somos esa anomalía. Ya somos esa fractura en la continuidad de la naturaleza. Negarlo sería otra forma de pensamiento. Entonces la trampa es perfecta. El pensamiento no puede destruirse sin usarse a sí mismo para pensar. No puede callarse sin hablar. Ahí es donde la mayoría se pierde: o se rinden a él o intentan huir. Ambas cosas son lo mismo. El verdadero problema no es pensar. Es no soportar lo que pensar revela. Porque pensar nos arranca de la comodidad. Nos muestra la contradicción, nos

obliga a ver que no hay pureza, que toda decisión es una ruptura, que toda elección es también una traición. Y ahí aparece algo que pocos toleran: la responsabilidad brutal de existir. Vivir no es encontrar equilibrio. Vivir es decidir en medio del caos. Decidir sin garantías. Decidir sin verdad absoluta. Decidir sabiendo que cada paso abre una herida nueva. Y este es el verdadero arte de vivir: no escapar de la contradicción, sino sostenerla sin mentirse. Y el dolor... el dolor no es un error. El dolor es la única señal honesta de que la vida está ocurriendo sin anestesia. Negarlo es negarlo todo. Evitarlo es volverse superficial. El dolor afirma la vida porque la atraviesa. Por eso el pensamiento deja de ser enfermedad no cuando desaparece, sino cuando deja de mentir. Cuando deja de prometer salidas. Cuando deja de inventar consuelos. Cuando deja de intentar domesticar la existencia. Y entonces, por primera vez, el ser humano no entiende la vida... la enfrenta.

La historia del pensamiento y la llegada de la nueva filosofía

La realidad no es una estructura terminada, es una tensión que no cesa de resonar. Durante siglos se buscó el orden perfecto o se optó al desbordamiento. La lógica de los opuestos dominaba. Esta oposición ha permeado la historia del pensamiento occidental y se puede observar en la diferencia entre los analíticos y continentales. Sin embargo, existir significa no habitar en ningún extremo. Allí donde la existencia se mantiene en lo constante, la vida se comienza a apagar, y allí donde solo hay dispersión, nada permanece. El ser de la existencia aparece como un equilibrio inestable, una danza donde cada forma surge del riesgo de disiparse.

El pensamiento humano baila en esta danza. No es una isla separada del cosmos ni una chispa ajena al devenir. Es el instante donde el flujo encuentra proporción y deja una huella consciente. Pensar es medir el caos sin determinarlo, escuchar el ritmo que atraviesa la materia y transformarlo en palabra. Quizá por esto la filosofía que aún está por venir no pueda consistir en elegir entre la razón o la fuerza, el orden o la ruptura. Su tarea, ya nos hace señas desde aquí, consiste en aprender a habitar la oscilación. Comprender que toda verdad es una forma momentánea y que toda forma guarda dentro de sí el movimiento que la empuja al cambio. Somos vidas pasajeras donde el caos del cosmos intenta manifestarse sin dejar de ser un movimiento infinito.

La nueva filosofía consiste en pensar el ser no como orden ni como caos, sino como una regulación continua de ambos. Esto es, la medida no denota una ley externa que dominaría el caos, mientras que el caos no es la destrucción del sentido. Antes bien, ambos son momentos del mismo proceso. De modo que el aislamiento del sujeto del fondo que hace posible su habitar es un imaginario. Pero tampoco podemos renunciar a su libertad. La subjetividad responde a un sistema abierto que busca coherencia dentro del flujo. Así, toda verdad humanamente posible de alcanzar, no es ni rígida ni relativa, es una estabilidad temporal que se despliega dentro del devenir. La ética que resulta de esta reconstrucción de los fenómenos fundamentales del pensamiento humano no consistiría en obedecer reglas fijas, pero tampoco apuntaría a una vida que renuncia a toda forma. Consiste en aprender a encontrar la medida adecuada en situaciones indeterminables. Cualquier huella que esto pueda recordar de la idea de medida griega no es porque continuemos bajo las estelas de Platón o Aristóteles, sino porque estamos encarnando la huella del pensamiento. Así, el futuro de la filosofía no se pone en juego en la elección entre el caos y la medida, sino en comprender que toda existencia es un proceso de medición del caos. La realidad, así, es lo que está continuamente dándose forma. El pensamiento nace de este flujo y busca formas para pensarlo.

Las huellas de Heráclito, Bergson o Whitehead se hacen presentes. La realidad está constituida de acontecimientos pues el ser es devenir. El orden nace del movimiento, pero en un orden cosmológico y experiencial. De modo que el caos no es solo transición, es condición permanente de la existencia. El ser humano es esa existencia capaz de dinamismo por lo que un individuo es el punto donde el caos busca forma momentánea. Así, si el devenir es una tensión entre el caos creativo y la medida emergente, este devenir refleja la unidad del cosmos. Pero el punto de partida es el ritmo – no es el ser, ni el sujeto, ni la sustancia, ni el devenir – sino una oscilación entre el caos y la medida. De modo que no estamos ante la descripción de un origen, de un fundamento, sino de un movimiento.

¿Y en qué consiste este movimiento? En que el caos no destruye el sentido, sino que lo genera. Y, aunque Nietzsche pensó el caos como fuerza creadora, a veces lo condujo al abismo. Y ahí se encuentra con Heidegger, con Hegel y con la mayoría de los existencialistas, pero esto no es suficiente. El caos, y esto es lo que han olvidado mis antecesores, es la condición para el aparecer de la medida. Lo anterior

señala que no hay primero orden y luego caos, sino que la medida nace del desbordamiento. El cosmos es así vida y no puede ser pensado a través de estructuras rígidas. Es así que la medida nos presenta la posibilidad de pensar el ritmo que el caos habita para existir y así podremos acceder al verdadero lugar del ser humano en el cosmos. Sin ser el centro de aprehensión del ser, el pensamiento humano no es soberano, pero tampoco un simple efecto biológico. *El ser humano es el punto donde el caos cósmico se mide por instantes.* La existencia es el acto continuo donde el caos se mide sin dejar de ser caos.

La ruptura del automatismo del pensamiento no viene de un método, ni de un sistema, ni de una doctrina. Viene de algo más extraño: observar el pensamiento mientras ocurre, sin corregirlo, sin seguirlo, sin convertir esa observación en una nueva doctrina. Solo observarlo: cómo nombra, cómo divide, cómo reacciona, cómo crea miedo, deseo, identidad. En ese ver, sin intervención, el pensamiento deja de ser amo y se vuelve herramienta. No porque se lo haya dominado, sino porque ya no se lo toma como la totalidad de lo que se es. La guerra interna pierde fuerza. Las jerarquías mentales se aflojan. Los ídolos caen por sí solos, no por lucha, sino por falta de creencia. Esto no tiene nada de épico ni trágico: no hay conquista, no hay héroes, no hay victoria. Pero algo cambia: el movimiento automático del pensamiento se detiene sin ser forzado.

Cuarta interacción: el estadio de la nueva filosofía

Diálogos en el umbral

El universo no posee un solo sentido, no tiene un propósito establecido, ni una dirección moral inscrita como naturaleza. La naturaleza es, pero no necesariamente significa. La gota que en este instante está cayendo en el mar solo es, pero carece de, pues no ha sido testificada por un pensamiento. La naturaleza produce vida y destrucción, genera conciencia, pero también indiferencia. Su ser es la inocencia. El sentido es una afirmación y la afirmación de la vida es aceptar lo que somos. El ser humano busca este sentido, y en ello le va ser absurdo, pues es en esa búsqueda que la existencia vive, crea y resiste. De modo que el sentido último consiste en pertenecer a la vida y en ella hay sufrimiento, muerte, indiferencia y caos. Elementos que son propios a la vida misma, a la naturaleza.

La medida y la incertidumbre son modos de ser de la naturaleza. Gracias a su interacción incandescente hay límites, hay excesos que rompen límites y se nos muestra el fracaso del control. Con esta idea se señala que no hay garantías, mi proyecto puede fracasar o no realizarse, no hay un destino claro, no sé cómo seré leído por mi lector, no hay explicación final, pues no tenemos la última palabra. Y los seres humanos han negado aspectos de la naturaleza cuando los usos que dio a las teorías fueron más importantes que la naturaleza misma. Y lo hizo para ocultar el miedo que supone vivir en un mundo incierto, para no aventurarse al cambio y para ocultar que, viviendo en el mundo, el universo le es indiferente.

La vida misma, como naturaleza, en su límite e incertidumbre, nos obliga a habitar una forma de ser. Es así que se resiste a aceptar completamente la naturaleza. Un sí a la vida es la esperanza. Esta sería una nueva forma de rebeldía que se opone al tratamiento técnico de la naturaleza. Una forma de caos dentro de la naturaleza, pero como caos creativo, no solo destructivo. He aquí el diálogo en el umbral. La naturaleza no es puro equilibrio: hay explosión, mutación, error, exceso, pero también duda, negación, invención. La naturaleza se ordena y desordena contantemente volviéndose consciente de sí misma. Es así que la posibilidad de

autoconocerse se va actualizando. Del mismo modo el ser humano crea su propia autoconciencia, a mayor experiencia del caos, mayor experiencia de la naturaleza. "En la desviación también hay un camino". Esto implica aceptar el conflicto, la contradicción, la pérdida de rumbo, el engaño, la vida.

El sentido es pues el acto mismo de sostenerse en la tensión. Se vive en la aceptación del orden y el caos, se encarna en el sí a la vida y aparece sin resolverse por completo. El sentido es aceptar que el camino de la vida contiene orden y caos. El sentido es un *ethos*, un modo de comportarse, un modo de ser. Sin embargo, este *ethos* es medido cuando no desborda en ilusiones, cuando no quiere controlar sino experimentar, cuando acepta la medida de lo humano. Pero es caótico, cuando se da el cambio, la ruptura, la creación, la incertidumbre. De modo que la vida no es afirmada cuando solo atendemos una parte del polo, el dolor, la pérdida, el absurdo, el vacío, también deben ser afirmados.

Es necesario amar la vida incluso en medio del abismo. No porque no tenga sentido, sino a pesar de esa falta de sentido. Entonces esta manera de afirmar la vida es más profunda que cualquier metafísica ya que implica estar siempre en la afirmación. Es la afirmación de todo el espectro de la existencia donde el arriba y el abajo, lo superior y lo inferior han sido afirmados. No se trata de solo afirmarla cuando cierta felicidad nos es concedida, sino incluso cuando el malestar nos ha sido dado. Y esto es lo más difícil. El amor a la vida es la aceptación de la belleza y la calma, la incertidumbre, la pérdida brutal, el dolor, las situaciones límite como modos de hacerse vivible la vida. Estos modos en sí mismos carecen de rasgos teóricos, por eso estos modos desbordan la ciencia y la filosofía.

Estamos entonces en la posición existencial real de nuestra existencia y ella consiste en ponerse en armonía con la naturaleza. No buscamos un naturalismo positivista que intente traspasar, como si fuera un modelo, de la naturaleza a la vida, sino que hemos escuchado a la naturaleza haciendo de sus procesos el *ethos* de nuestra existencia. Y así pudimos comprender que la inocencia de la naturaleza, donde no hay distinciones rígidas, es la manifestación de la verdad. Aquí es fundamental mostrar que la vida es el modo en que se relaciona con lo que le sucede. La medida acepta el límite, el caos la incertidumbre y la afirmación de la vida ejerce nuestra libertad. Pero esta libertad no es aquella, hipostática, donde la voluntad es "libre como el viento", sino la libertad de no huir de lo que se es.

La libertad está situada en la naturaleza, con ella convive y a ella afecta. De suerte que se encuentra intermitentemente actuando en diversas elecciones diarias, sin embargo, la elección no es ilimitada. En cada elección el ser humano encuentra equilibrio o caos, es por lo que en cada elección lo elegido, en sí mismo, define la libertad. Es así que la libertad no consiste solo en hacer, sino, y esencialmente, en hacerse con sus actos. El sí a la vida es una práctica constante de elección en torno al límite. Es la capacidad de elegir dentro de lo posible y afirmar la vida en situación.

Así, sin sentido, sin final, sin dirección, la vida se pone a sí misma en juego en cada elección. Puede fracasar, ser absurda e inconclusa pero jamás exigirá no elegir. De modo que eligiendo se va expresando la forma de existir de los seres humanos. Lo que implica que la vida no consiste en la libertad tomada y retomada como ya llegada a su final, la vida toma forma en el modo en que es vivida. El cómo de la vida es el proceso de elecciones que hemos tomado y que constituyen el conjunto de un vivir. Así, sin propósito externo, la vida sí tiene una dinámica interna, en cada elección libre nos va el sentido mismo de la vida. Dicho esto, es necesario señalar que la vida no es un equilibrio estático, sino un desequilibrio que se sostiene a sí mismo desde dentro. Esta manera de sostenerse toma diversas formas de acuerdo con la situación. Los procesos de adaptación, de ceder, de aprendizaje o el descanso implican luchas que no necesariamente son violentas. Y si la vida no es un fin con un sentido determinado de antemano, su manifestación impele a pensar que consiste en la lucha constante para vivirla. La vida es una tensión constante entre lo que nos limita y lo que elegimos, entre el caos y la medida.

Vivimos en el sentido donde la vida lucha para continuar viviendo. Incluso a aquel que muere permanece dentro de la tensión de la vida. Y aunque hayamos dejado de luchar, nos encontramos en una forma de estar dentro de la tensión de la vida. La vida es pues la tensión originaria donde la resistencia y la aceptación conviven. De modo que la aceptación y la resistencia entran en escena en la vida cotidiana. Y gracias a ellos la vida misma puede ser matizada pues a veces la lucha es ardua y a veces nula. Sin embargo, solo cuando nos hacemos de un ritmo podemos penetrar en la cualidad de la vida. Y esto es así porque elegir es hacerse hábitos y son ellos los que muestran lo que somos. Lo anterior quiere decir que nuestro *ethos* es la manera de habitar la vida y tomar conciencia de las tensiones que esto atrae consiste en afirmarla. Así, nuestra relación con la vida no solo es temática,

también lo es práctica, situada e intersubjetiva. De suerte que son nuestras vivencias, nuestras experiencias las que van afinando esta relación. Por esto es por lo que la libertad es de un yo que actúa en cada circunstancia.

De modo que la libertad ha descendido a las circunstancias cotidianas y allí el pensamiento ha encontrado concreción. La abstracción del pensamiento es imposible. Sin embargo, si el pensamiento puede gobernar, también puede liberar; y si hay experiencias absolutas, la experiencia nos puede engeguercer. Pero la relación entre la experiencia y el pensamiento, relación de los dos lados de la vida, es la medida del caos. Esto significa que el pensamiento es entonces lo que hace de la experiencia un yo. Y la experiencia lo que le da contenido al pensamiento. El pensamiento nos forma, pero también puede volverse consciente de sí mismo. Es allí donde deviene liberador: abre posibilidades, permite el cambio, acompaña. Lo liberador consiste en lograr un pensar que se sabe limitado. Esto implica que no estamos ante una normativa del pensamiento sino ante las condiciones de la naturaleza donde es tal como es todo lo que es. Nacer, envejecer, amar, llorar, recordar o morir, por ejemplo, son condiciones de la naturaleza de lo que es. Y es dentro de este límite de posibles que el ser humano crea su forma de vivir.

Es así que la libertad expresa la necesidad de convivir. El cuerpo, los otros, el entorno, el tiempo, la muerte y el cambio son modalidades de la convivencia. En ellas la medida permite mantener el equilibrio pues no convivimos en el caos. Nadie elige con qué convivir, pero sí cómo. Y en la manera en que se lleva a cabo ese cómo, se revela el sentido de un yo. Sin embargo, convivir implica una tensión constante donde hay fricción, diferencia, dolor, pero también adaptación. De suerte que, si tenemos que convivir con lo que nos duele la libertad limitada nos ayuda a elegir. Y, sin pretender eliminar el conflicto, está en nuestras manos delimitar cómo habitarlo. En otras palabras, la vida consiste en convivir con lo que existe y, en esta convivencia, limitada y tensa, se nos da una libertad posible. Ejercer esta libertad es el arte de vivir y en ese arte se configura el sentido de la vida. Y este sentido será el horizonte gracias al cual puede haber quiebres, cambios, transformaciones, desdichas o decepciones. Pues este sentido será el guardián de nuestra capacidad de transformación.

Todos estamos inmersos en el mismo proceso de vivir. Esto significa que el arte de vivir no es un privilegio, sino una necesidad compartida. Sin embargo, no

todos lo vivimos en las mismas condiciones. Todos compartimos la misma condición humana, pero no todos tenemos el mismo espacio para ejercer su libertad. Esto significa que, en toda situación, por pequeña que sea, existe alguna forma de ejercer el arte de vivir. Y es así como se revela la génesis de la enfermedad del pensamiento: cuando pierde conciencia que pertenece a un sistema donde todo está en relación, el pensamiento enferma. Y este solo comienza a curarse cuando toma conciencia de sus límites, cuando desciende al cuerpo y experimenta, cuando se reinserta en la convivencia.

Si la naturaleza permite que haya actos que la ponen en peligro es porque ella es radicalmente inocente. Pero el pensamiento hecho sentido pierde el ritmo de la vida de la que surge cuando intenta aislarse y abstraerse de ésta. De allí la necesaria reconexión con la dinámica de la vida, una dinámica viva, cambiante y con contradicciones. Una reconexión tal consiste en aceptar la vida en la tensión. Una tensión donde todos los contrarios coexisten.

El otro umbral

En física, si el núcleo de un átomo fuera del tamaño de una canica en el centro de un estadio de fútbol, los electrones serían granos de polvo volando en las gradas. El 99.9% del átomo está vacío. Esta es la puñalada final a la idealización de la materia sólida. Esto significa que todo lo que sentimos materialmente es casi nada. Así, la física pone en conflicto la idea del *Teeteto* de Platón que el conocimiento comienza por la percepción. Si el átomo está vacío entonces estamos más cerca de nada. Pero, no obstante, no podemos traspasar simplemente la materia porque en la fuerza electromagnética los electrones de nuestro cuerpo y de las cosas materiales tienen una carga negativa. Y así se repelen, nunca se tocan. Y es que en este umbral tocar es el conflicto entre los campos, el cómo se repelen. En el famoso principio de exclusión de Pauli dos electrones no pueden ocupar el mismo estado cuántico, esto es, la materia se prohíbe colapsar sobre sí misma. Así, lo sólido es un acuerdo entre campos de fuerzas, un fantasma que se resiste a otro fantasma.

La solidificación de la materia es otro ídolo del pensamiento metafísico. El ser humano se dice sólido, los nombres propios parecen materializarse al pensar que ser yo es solidificar su identidad. Pero este hechizo funciona porque el yo está,

finalmente, convencido que es una cosa. Las cosas, he allí lo que nos ha mostrado la ontoteología, se pueden poseer, orientar, domesticar. Pero si es posible pensar más allá de la metafísica, irrumpiendo inicialmente en la gramática del yo, el yo mismo puede ser experimentado como un vacío organizado. Y esta es una radical irrupción en los fundamentos del poder de la metafísica. El vacío no es nada, es potencia. En la física cuántica el vacío es una fábrica recalentada. En ella aparecen y desaparecen sin cesar partículas virtuales. De modo que el vacío es potencia y posibilidad.

El 'yo' es vacío. Y el vacío que se vive cuando se abandona a un ídolo no es un estado afectivo cualquiera. Es la recuperación de lo que se había perdido. No obstante, la telaraña social pone en el individuo la necesidad de llenar el vacío con representaciones sociales. Y esto es así porque la gente le teme al vacío, sin saber que es en él donde es posible elegir una nueva reconfiguración. Sin embargo, ¿qué mantiene la consistencia del átomo si está esencialmente vacío? La información, el patrón, la relación entre fuerzas. El yo es así el patrón de pensamientos que mantiene unidos los átomos de una vida con una historia. Así, cuando el yo abandona el 'pensar correcto' deja de alimentar los patrones dominantes, cuando abandona su historia previa, los átomos continúan su coherencia interna, pero la cárcel de lo que se conserva se disuelve. De esta disolución surge la novedad. El vacío produce lo nuevo. El yo ha abandonado la estabilidad para habitar el espacio sin ideologías y así ha encontrado una nueva apertura para evitar la domesticación. Las ideas antiguas se disipan y un nuevo pensar se asoma. Y, ante esta inmensa novedad, es necesario repensar el pensamiento.

Los sistemas de medida como el lenguaje, la moral, las leyes, nacen para ordenar el caos de nuestra conducta, pero en ese mismo nacimiento se da su opuesto: la rigidez, la fijación, la repetición. El lenguaje fija lo que en esencia es movimiento, la moral estabiliza lo que nace del conflicto, la ley delimita lo que en origen es fuerza en expansión. Estos sistemas no enferman el pensamiento por existir, sino porque pretenden ser absolutos. Es así que lo que surgió como una herramienta de organización comienza a hacerse rígido cuando nos deja de ser extraordinario. Y en este punto el pensamiento, que es energía en flujo, deja de desplazarse para comenzar a repetirse, a encerrarse en formas trazadas. Pero el lenguaje, la ley y la moral no son 'errores' *per se*. Son fuerzas en cohesión. Sucede como en la física, donde la fuerza fuerte mantiene unida la materia frente a la tendencia entrópica a la

dispersión; pero aquí la medida mantiene unida la experiencia humana frente al caos de las relaciones sociales. Sin esta fuerza, en constante movimiento, todo se disolvería, había estructura, memoria, historia.

Sin embargo, toda cohesión implica un riesgo: el exceso. Cuando la medida se impone como absoluto, actúa como una fuerza que comprime la energía del pensamiento. Lo que comienza siendo un principio de organización se despliega hasta transformarse en su propio límite. Lo que debía acontecer como donación de sentido, ahora solo produce repetición. Lo que debía darse para contener el caos, ahora opera como el dispositivo que niega el movimiento. El yo ha sido hasta hoy un absoluto solidificado en la identificación y es por ello que necesitamos superarlo. Y esta superación solo será posible cuando seamos capaces de pensar el yo vacío, cuando el pensamiento se ofrezca como el sentido de la socialidad, cuando hayamos superado nuestro egoísmo.

La medida del pensamiento

Si en algún momento de nuestra vida osáramos preguntar: cuando hay un diálogo, ¿se mantiene el pensamiento en el cerebro o ya lo ha trascendido? Para el neurólogo la respuesta es fácil: el pensamiento ocurre en el cerebro y, por ello, no puede salir de él. Al dialogar se activan neuronas, redes sinápticas, actividades eléctricas y químicas, pero, ¿implica que hay solo la interacción entre dos cerebros y que usan el lenguaje como medio de transmisión de signos? En el diálogo, el pensamiento se exterioriza en el lenguaje (como sonido, escritura, gesto), deviene información compartida y modifica los procesos del cerebro del otro. Así, aunque la actividad neuronal sigue estando en el cerebro, el pensamiento no permite ser considerado como estrictamente privado, se convierte en un evento intercerebral, en un fenómeno relacional.

Los filósofos de la mente han afrontado el problema desde diversas aristas. Los internalistas colocan el pensamiento en el interior del cerebro; mientras que los externalistas, como Clark y Chalmers, aceptan que el pensamiento puede extenderse al entorno por medio del lenguaje, la escritura, las computadoras, la cultura, etc; los enactivistas afirman que la mente surge de la interacción dinámica entre el cerebro, el cuerpo y el mundo. No obstante, cada uno de ellos conserva una dualidad

insuperable: la conservación de la distinción clásica entre adentro y afuera. Así, si asumimos que el pensamiento es energía organizada adaptativa y que crea ecosistemas, entonces sí podríamos decir que el diálogo es la forma en que la energía organizada 'circula' entre cerebros y que así alimenta a un sistema mayor. De modo que podemos asumir que: en lo biológico, el pensamiento está en el cerebro, en lo relacional, el pensamiento "camina" en la red del diálogo, en lo cultural, el pensamiento vive en símbolos, libros, instituciones, historia.

Esto significa que cuando dialogamos nuestros pensamientos ya no son totalmente nuestros porque ya ha entrado en un campo intersubjetivo convirtiéndose en un pequeño ecosistema sígnico-mental. ¿Pero llegan los discursos de la misma manera a todos los oyentes? Cuando Hitler hablaba a las multitudes, ¿su pensamiento se comprendía de la misma manera para todas las personas? La respuesta corta es: no. El pensamiento de Hitler no era igual para todas las personas, aunque él intentara imponer una sola narrativa. Lo que ocurría era algo más complejo: 1. El pensamiento original estaba en su cerebro, sus ideas, intenciones y emociones eran propias de su mente; 2. El discurso convertía ese pensamiento en símbolos, palabras, tono de voz, gestos, escenografía, música, banderas. Eso ya no era solo pensamiento: era lenguaje cargado de emoción colectiva; 3. Cada cerebro lo interpretaba distinto, aunque miles escucharan lo mismo: Algunos sentían entusiasmo, otros miedo, otros duda, otros rechazo. El mensaje tenía la apariencia de ser el mismo fonéticamente, pero no significaba lo mismo para cada uno de los escuchas.

En una multitud ocurre un fenómeno de sincronización emocional. Los cerebros pueden alinearse parcialmente a través de escuchar un mismo ritmo, de compases o frases en repetición, de identidad compartida o por presión social. Sin embargo, esto no significa que el pensamiento se vuelva homogéneo. Significa que se produce una coherencia colectiva temporal. Lo mismo pasa en una orquesta: la partitura es la misma, pero cada instrumento la ejecuta desde su propia estructura y algunos pueden desafinar internamente aunque por fuera sigan el ritmo.

La neurociencia social nos ha mostrado que las emociones son contagiosas, que la identidad grupal reduce el pensamiento crítico, que el miedo y la pertenencia pueden moldear la interpretación. Sin embargo, no existe una copia perfecta de un pensamiento a otro, solo hay una reconstrucción.

Si aceptáramos que los sentimientos de Hitler *salían de su cerebro*, esto técnicamente señalaría que en su cerebro se activaron tanto redes emocionales como la amígdala, provocando miedo, ira o amenaza; la ínsula, para la sensación visceral; el sistema dopaminérgico, lo que le daría motivación e intensidad; la corteza prefrontal, para la construcción del discurso y el control estratégico. Tales activaciones producen cambios fisiológicos como la tensión muscular, el tono de voz más fuerte, el ritmo acelerado, los gestos corporales amplificados, etcétera.

Y es aquí donde sucede el fenómeno clave: 1. Las emociones se vuelven señales externas: el cuerpo expresa lo que el cerebro genera, la voz y los gestos transmiten estados internos; 2. El cerebro del público responde automáticamente. Los cerebros humanos tienen mecanismos de resonancia: a) neuronas espejo: activan patrones similares cuando vemos a alguien expresar emoción; b) sincronización neuronal: cuando muchas personas atienden al mismo estímulo rítmico (voz repetitiva, consignas), sus ondas cerebrales pueden alinearse parcialmente; c) contagio emocional: la amígdala detecta emoción intensa y activa respuesta propia. Esto es biología social, una de las maneras en las que es posible manipular a las masas.

Sin embargo, en una multitud ocurre algo adicional: se reduce la autoconciencia individual, aumenta la identidad grupal, se activa el sistema de pertenencia (estriado, dopamina) y disminuye el control crítico de la corteza prefrontal cuando la emoción domina. Entonces el fenómeno no es que “el sentimiento pase de un cerebro a otro como una sustancia”. Lo que pasa es un cerebro genera una señal emocional intensa, esa señal es percibida por muchos cerebros, cada cerebro reproduce una versión interna de esa emoción y la emoción colectiva retroalimenta al orador. Es un circuito dinámico. Podríamos decir que se forma un campo emocional dinámico donde múltiples cerebros entran en resonancia parcial. No es que la emoción sea una energía flotando fuera del cerebro. Es que muchos cerebros sincronizan patrones similares al mismo tiempo.

Pero, ¿si el miedo está en el cerebro, entonces el cuerpo no siente? Decir que “el miedo está en el cerebro” no significa que el cuerpo no sienta. Significa algo más preciso: el cerebro interpreta, coordina y da significado a lo que el cuerpo experimenta.

La estructura de lo anterior podría mostrarse así: 1. El cuerpo sí participa activamente. Cuando aparece el miedo: el corazón se acelera, la respiración cambia, el estómago se contrae, los músculos se tensan, se libera adrenalina y cortisol. Entonces, 2. ¿Dónde está el miedo? No solo en el cerebro ni en el cuerpo, el miedo ocupa un circuito completo. Algo se percibe como amenaza. La amígdala en el cerebro evalúa rápidamente, activa el sistema nervioso autónomo, el cuerpo cambia su estado, el cerebro vuelve a leer esos cambios corporales, surge la experiencia consciente: “tengo miedo”. Es un bucle.

Con todo, el miedo no es ubicable en una sola región. Responde a un proceso dinámico que pone en relación el sistema nervioso, el cuerpo, la percepción, el contexto. Sin cuerpo no podríamos tener miedo, pero sin cerebro tampoco. Según James-Lange: “No lloramos porque estamos tristes; estamos tristes porque lloramos”. Esto quiere decir que el sentimiento surge a partir de cambios en el estado del cuerpo. De modo que el cuerpo es una parte constitutiva de nuestras emociones.

Así, el cuerpo siente, pero no “interpreta”. El cerebro interpreta, pero necesita del cuerpo para que exista la experiencia emocional completa. La emoción, entonces, no es una energía pura en el cerebro; es una organización dinámica de energía en todo el organismo. Cuando la neurociencia dice que el miedo “está en el cerebro”, lo que quiere decir con precisión es que los mecanismos que coordinan y hacen posible la experiencia del miedo están organizados principalmente en el cerebro. Pero eso no significa que el miedo esté encerrado allí. El miedo es: activación cerebral (amígdala, hipotálamo, corteza); cambios corporales (corazón, hormonas, músculos); percepción del entorno; interpretación consciente. Es un proceso distribuido. Si cortaras el cuerpo, no habría miedo. Si desconectaras el cerebro, tampoco. Entonces, el miedo no sale del cerebro como si fuera un objeto en movimiento a otra parte, pero tampoco es algo puramente interno. Es un sistema dinámico.

¿Es posible plantear que hay una organización en la interpretación del cerebro? Si. La interpretación es precisamente una forma de pensamiento organizado. Cuando el cerebro recibe señales del cuerpo (corazón acelerado, sudoración), no solo reacciona automáticamente. También puede construir significado: “estoy en peligro”, “esto es una amenaza”, “no pasa nada, es solo nervios”. Esta construcción de significado ya es pensamiento. De hecho, muchas

veces lo que llamamos miedo depende de cómo interpretamos las señales corporales. El mismo latido acelerado puede ser: miedo (si creo que estoy en peligro), emoción (si estoy enamorado), entusiasmo (si voy a dar una conferencia). El cuerpo puede enviar señales similares, pero el pensamiento organiza la experiencia. De modo que la emoción no es caos puro, es energía corporal organizada por patrones cerebrales. Y el pensamiento puede reorganizar esa energía. Por eso la meditación, la terapia o la reflexión cambian la emoción porque cambian la interpretación. El miedo no es una cosa localizada, es un proceso organizado entre cerebro y cuerpo. Durante muchos años se pensó así: “La amígdala es el centro del miedo”, pero Pero la neurociencia actual sabe que eso es demasiado simple. Hoy entendemos que: la amígdala detecta amenazas rápidamente, el hipotálamo activa respuestas hormonales, el tronco cerebral regula reacciones automáticas, la corteza prefrontal evalúa e interpreta y la ínsula registra sensaciones corporales.

El miedo no posee una ubicación precisa. Es una red. Es como una ciudad: no puedes decir que “la ciudad está en una casa”. La ciudad es la interacción de muchas partes. Ahora vamos a lo colectivo. El miedo colectivo no es un “miedo gigante” flotando en el aire. Es cuando muchos cerebros activan patrones similares al mismo tiempo, influyéndose entre sí. No cambia la biología básica. Lo que cambia es la sincronización social. De modo que existen tres niveles aquí: nivel neural (redes distribuidas); nivel corporal (cambios fisiológicos); nivel social (sincronización entre individuos). No son tres miedos distintos. Es el mismo proceso visto desde distintas escalas. Así, si el miedo acontece en diversos niveles – biológico, psíquico, corporal – no podemos aceptar que sea codificable, su dinamismo nos lo prohíbe. El miedo no es una cosa, es un patrón de organización. La neurociencia reduce fenómenos complejos (miedo, pensamiento, emoción) al cerebro, como si el cerebro fuera el único protagonista. Pero la realidad nos dice que no es así. Sin embargo, la neurología no nos está mintiendo. Lo que hace es trabajar con el nivel que puede medir. Y lo que puede medir con precisión son correlaciones neuronales. Pero hay un problema real llamado neuro-reduccionismo. Es la tendencia a decir: “Si algo se correlaciona con la actividad cerebral, entonces es solo cerebral.” Y eso sí es una simplificación filosófica, no un hecho científico absoluto. Porque el cerebro no existe

aislado, él evolucionó dentro de un cuerpo, el cuerpo existe en un entorno y el entorno es social y cultural.

De modo que la relación es holística, reticular, sin mundo, sin cuerpo, sin cerebro, no hay miedo humano. Esto señala que estamos ante un fenómeno que no se puede abstraer. Así, debemos abandonar el reduccionismo fuerte, el emergentismo y el enactivismo. Sin embargo, por su carácter extensivo, en las últimas dos hay mucho que recuperar. Muchos filósofos contemporáneos critican el exceso de atribución al cerebro. Pero, hay que ser muy cuidadosos aquí, que el miedo no solo se encuentre en el cerebro no significa desatenderlo. Él es una condición necesaria, pero insuficiente para pensarlo mesuradamente. El cerebro no “produce” miedo como una fábrica produce objetos. El cerebro participa en un proceso organizativo más amplio: la emoción como organización de energía en un sistema dinámico. Así, *el cerebro no produce el miedo solo lo organiza*. En ciencias, decir que el cerebro “produce” miedo suele ser una forma abreviada, pero si somos estrictos, es más correcto decir: el cerebro organiza, integra y coordina procesos que permiten que surja el miedo. Y esto es así porque el miedo implica: señales del entorno (algo percibido como amenaza), cambios corporales (hormonas, corazón, respiración), actividad de la memoria (experiencias previas), interpretación cognitiva, contexto social. El cerebro no fabrica el miedo como una glándula fabrica insulina. Lo que hace es: detectar, integrar, activar, regular. Esto quiere decir que si el cerebro estuviese aislado del cuerpo o del mundo, no habría miedo humano real. Habría actividad neuronal, pero no una experiencia.

Entonces, desde un punto de vista científico más profundo, señalamos: el miedo es un fenómeno emergente de un sistema de relaciones donde el cerebro, el cuerpo y el entorno son indiscernibles. Su análisis no acepta ningún tipo de reduccionismo. Si se exagera el papel del cerebro y se ignora el cuerpo, el entorno y la cultura, el conocimiento se vuelve impreciso. La filosofía de la ciencia ha llamado a este tipo de estudio cerebrocentrismo o neurocentrismo. Durante décadas, la neurociencia avanzó gracias a técnicas como: fMRI, EEG, estimulación eléctrica, estudios de lesiones. Pero, como estos métodos permitían *medir* el cerebro con precisión, la visión neurocientífica se tornó representacionista. Y, si lo representado es absorbido por lo que se puede medir, entonces tendemos a dominar lo que se intenta explicar. Sin embargo, como toda visión, hay fracturas. No todos los

neurocientíficos creen que el cerebro actúa en el vacío. Hoy existen corrientes que amplían la visión: la cognición corporizada (*embodied cognition*), en ella la mente depende del cuerpo; el enactivismo, donde la mente surge de la interacción con el entorno; la teoría de sistemas dinámicos, donde los fenómenos mentales son patrones distribuidos y la neurociencia social, donde el cerebro está moldeado por relaciones.

De modo que no es la investigación cerebral lo problemático. El problema consiste en intentar una ontología total. Es decir, cuando se pasa de “el cerebro participa fundamentalmente en X” a “X es solo cerebro”, allí ocurre el salto a lo abstracto. Sin embargo, debemos reconocer que sin el cerebro, el miedo humano no existiría. No hay solo cerebro en las experiencias humanas. Así, preguntamos: ¿puede una ciencia que estudia una parte (el cerebro) explicar adecuadamente el todo (la experiencia humana)? No. Son necesarias diversas fuentes científicas, experiencias reales, dimensiones naturales, para poder explicarla.

Tal complejidad nos señala lo siguiente: *no es el cerebro el que ha evolucionado, es el pensamiento*, Y eso obliga a distinguir niveles. En principio, desde la biología evolutiva el cerebro humano sí ha cambiado a lo largo de cientos de miles de años: tamaño relativo, reorganización cortical, conectividad. Eso es un hecho anatómico y genético. Pero, paralelamente a esta visión, en los últimos 40–50 mil años, el cerebro humano no ha cambiado drásticamente en su estructura básica. Lo que ha cambiado de forma explosiva es su forma de construir el lenguaje, la cultura, la técnica, las instituciones, la ciencia, la filosofía. En otras palabras, hay una evolución del pensamiento organizado colectivamente. Así, la evolución biológica del cerebro es lenta, la evolución cultural del pensamiento es rapidísima, compleja.

Los científicos distinguen entre evolución biológica (clasificada en genes, cuyo orden de tematización es la anatomía) y en evolución cultural (con la creación de memes, de nuevos símbolos y de complejos y novedosos sistemas de conocimiento). La segunda visión transforma radicalmente la comprensión del cerebro y señala el papel universal del pensamiento. El cerebro es condición de posibilidad, pero el pensamiento, como red simbólica colectiva, conforma su propia dinámica evolutiva. El cerebro funciona como la infraestructura del proceso, el pensamiento, como la arquitectura que se construye sobre esa infraestructura. Pero, ¿cuál evoluciona más? Biológicamente, el cerebro; históricamente, el pensamiento.

De modo que podemos pensar que el pensamiento no es solo producto del cerebro, sino un fenómeno emergente que, una vez surgido, empieza a tener su propia historia evolutiva. Esto no contradice los avances de la neurociencia, antes bien, los amplía. *El pensamiento no es autónomo (no existe sin cerebro, cuerpo, mundo), pero sí existe, aunque no sea materialmente visible.*

Existen realidades que no podemos experimentar directamente como lo hacemos con cosas fijas: la gravedad, el campo electromagnético, la información, la validez de las matemáticas, la energía. Nosotros no vemos la energía en sí; vemos sus efectos. No vemos el pensamiento en sí; vemos lenguaje, acciones, la cultura, las decisiones. El pensamiento no es un objeto físico como una piedra. Es un patrón organizado de actividad. Y aquí llegamos al punto central de nuestra meditación: el cerebro es materia, el pensamiento es organización de esa materia en dinámica simbólica. No es una sustancia aparte, pero tampoco es reducible a neuronas individuales. Es como el remolino, que no es el agua, pero no podría ser sin el agua. Como la melodía, que no es el piano, pero no podría ser sin el piano o como el software, que no es el hardware, pero no existiría sin el hardware.

El pensamiento no es autónomo, es una realidad que funciona como un patrón emergente. Existe como realidad invisible, es un proceso solo visible en sus manifestaciones. Y esto nos conduce a una dimensión fundamental: el pensamiento reúne las tres dimensiones del tiempo posibles de ser pensadas por nosotros. El pasado *como memoria, el futuro como imaginación y el presente como organización activa. De modo que el pensamiento no solo ocurre "ahora", sino que se extiende en el tiempo.* Desde la neurociencia actual, se ha descubierto que las mismas redes cerebrales que usamos para recordar el pasado son las que usamos para imaginar el futuro. Se llama la red por defecto (*default mode network*). Es decir, la memoria no es un archivo estático. La imaginación no es fantasía pura. Ambas son reconstrucciones dinámicas hechas por el pensamiento. Cuando recuerdas, reorganizas el pasado. Cuando imaginas, proyectas combinaciones del pasado hacia el futuro. Entonces el pensamiento no es solo reacción inmediata. Es un proceso temporal extendido. El cerebro es un órgano biológico, pero el pensamiento organiza el tiempo. El cerebro funciona en milisegundos eléctricos. El pensamiento puede trabajar con siglos (historia) o con futuros hipotéticos. Eso muestra que el pensamiento, aunque se manifieste en mediación del cerebro, opera en una dimensión simbólica más amplia.

Ahora bien, el pasado no existe físicamente, el futuro tampoco. Pero el pensamiento los hace operar en el presente. El pensamiento es una forma de energía organizada que atraviesa el tiempo. Los científicos dirían: es una dinámica neural que simula temporalidad y los filósofos que es la estructura temporal de la conciencia. Nosotros decimos: *el tiempo no es lo mismo que el pensamiento*, pero el pensamiento no crea el tiempo físico. El tiempo existe como dimensión del universo: como cambio, movimiento, transformación, entropía. Y esto sería así aún si no hubiese existencia humana.

Sin embargo, el pensamiento hace algo distinto: organiza la experiencia del tiempo. No crea el tiempo cosmológico. Crea la narrativa del tiempo mismo. Por ejemplo: el universo contiene su pasado físico, pero “mi pasado” como historia personal es una construcción del pensamiento, el futuro físico es indeterminado, pero “mi futuro” como proyecto es imaginado. Entonces no es que el pensamiento cree el tiempo, antes bien, crea el significado temporal. Y esto tiene consecuencias profundas. Si el tiempo físico existe sin nosotros, pero el tiempo vivido depende del pensamiento, entonces el pensamiento no crea la lógica del mundo, organiza su experiencia. Así, el pensamiento no es autónomo en torno al universo, pero tiene una función organizadora real. *Todo está unido o entrelazado, pero el pensamiento tiene una actividad significativa distinta —o más amplia— que la del cerebro entendido como órgano.* Si todo está entrelazado, entonces el cerebro no puede estar aislado. Es un nodo dentro de un sistema mayor: cuerpo, lenguaje, historia, cultura, cosmos. Y, cuando aceptamos que el pensamiento tiene una actividad significativa comparada con el cerebro, aceptamos que el cerebro es una estructura biológica y que el pensamiento es pura dinámica de sentido. El cerebro procesa señales, el pensamiento organiza significados. El cerebro opera en impulsos eléctricos y químicos, el pensamiento opera en símbolos, proyectos, memoria, futuro. Con todo, el nivel de complejidad del pensamiento, su realidad, no se agota en la descripción neuronal.

La fenomenología, desarrollada por Husserl, Heidegger, Merleau-Ponty o Steinbock, no solo es intencional, señala la experiencia que configura significativamente la realidad. En teoría de sistemas, por ejemplo, con Bertalanffy, Ashby y Weinberg, un nivel emergente no se explica completamente por el nivel inferior, sino que cada uno tiene significatividad propia. En filosofía de la mente

contemporánea hay diferencia entre el correlato neural y la experiencia vivida, cada una significa por sí misma. Estos ejemplos señalan que sería erróneo decir: el pensamiento no tiene relación con el cerebro, pero también, que el pensamiento es solo cerebro. El cerebro regula el cuerpo, procesa estímulos, permite la supervivencia; mientras que el pensamiento creó las matemáticas, la ética, la ciencia, las ideologías. Un cerebro aislado no produce una constitución política, pero el pensamiento colectivo sí. El cerebro es una condición, mientras que el pensamiento funciona como la potencia organizadora del mundo. Así, el pensamiento no solo reacciona al mundo, lo reconfigura.

La historia se transforma gracias a la emergencia de nuevas estructuras simbólicas, no por la masa cerebral. Esto señala que ya hemos abandonado cualquier dualismo, cualquier reduccionismo, cualquier positivismo. Nos encontramos en diversos niveles de organización con posibilidades propias. El pensamiento es esa potencia, el cerebro organiza su potencialidad. El pensamiento transforma la historia, crea mundos simbólicos, modifica la realidad humana. El cerebro, en cambio, parece solo el "soporte biológico". Pero aquí hay un punto delicado: si el pensamiento no es autónomo y depende del cerebro, entonces su poder no puede estar separado del cerebro. No son dos cosas distintas compitiendo. El cerebro tiene poder biológico-organizativo. El pensamiento es el nivel simbólico-organizativo que emerge de esa base. El poder del pensamiento es real, pero es un poder emergente. El pensamiento es la forma en que el cerebro-cuerpo-mundo se organiza simbólicamente. Es como decir: el fuego quema, pero el fuego no es algo separado de la combustión. El pensamiento tiene poder porque es una forma organizada de actividad biológica y simbólica. Si lo separamos demasiado, corremos el riesgo de volver al dualismo clásico (mente vs cerebro). Pero el nivel del sentido no puede reducirse a una mera descripción biológica, y el sentido tampoco flota sin base material. El cerebro posibilita, mientras que el pensamiento organiza sentido, y el sentido actúa sobre la historia y la biología. *El cerebro necesita del cuerpo, del entorno y del pensamiento.*

Sin el cuerpo no hay regulación hormonal, señales viscerales, percepción, metabolismo. Sin el entorno, no aprenderíamos del ambiente, no podríamos moldear experiencias, no podríamos coexistir culturalmente. Sin el pensamiento no habría ninguna dinámica simbólica organizada que unifique el sistema cerebro-

cuerpo-mundo. Así, solo el pensamiento sería aquello que retroalimenta al cerebro. El cerebro posibilita el pensamiento, el pensamiento reorganiza el cerebro. En teoría de sistemas podríamos decir que es una *causalidad circular*. No es una jerarquía simple, es un proceso entrelazado. Es decir, el pensamiento no está en una parte, es el patrón dinámico del sistema completo. El pensamiento no es algo que el cerebro “necesite” como si fuera externo. Es la forma en que el cerebro funciona cuando está integrado con cuerpo y entorno. *El pensamiento es una propiedad emergente del sistema.*

¿Existen las enfermedades mentales?

Debemos comprender cuál es la potencia de lo que hasta hoy los neurocientíficos, los psicólogos o psiquiatras llaman enfermedades mentales. Y debemos hacerlo a partir de la lógica del pensamiento y no a través del cerebro. Las enfermedades mentales no son ‘cosas’ aisladas que habitan en el cerebro, esta visión es maquínica: operan como si fueran piezas de una máquina dañada. La depresión, la ansiedad, la psicosis, etc., son fenómenos complejos donde el cuerpo (neuroquímica, sistema nervioso, hormonas), la historia personal (experiencias, traumas, aprendizajes), el contexto (la cultura, la economía, la presión social), se entrecruzan en diversas dimensiones. Muchas de estas ‘enfermedades’ son inseparables del modo en que vivimos y nos relacionamos con el entorno y con los otros. Una depresión no es solo un proceso químico, también es una respuesta a acontecimientos límite. Aunque la existencia de estos quiebres es auténtica, no debemos intentar controlarlas con dispositivos químicos. En la medicación no reposa la única respuesta.

El sufrimiento diario, constante del ser humano no solo es una enfermedad cerebral, también es la manifestación de problemas sociales. Las enfermedades mentales son modalidades del sufrimiento humano que atraviesan todo su ser. Así, si el pensamiento emerge del cuerpo, los impulsos, de las emociones y del contacto con los otros, entonces hay que buscar cómo las enfermedades mentales reorganizan las relaciones sociales. El cuerpo siente, las relaciones impactan, el pensamiento interpreta, ordena, distorsiona o da sentido a todas estas expresiones. De modo que el pensamiento no está aislado en el cerebro, sino que opera como un fenómeno en constante movimiento que se reorganiza en diversos tipos de interacción y, una vez acaecido, retorna a influir en esta interacción.

Un rechazo genera una emoción corporal donde el pensamiento interpreta negativamente esta acción. Esta situación modifica los modos de relación futuros y produce nuevas experiencias que refuerzan o transforman nuestra manera de interactuar con los otros. Así, incluso en los llamados enfermos mentales, el pensamiento es el organizador dinámico del sistema de relaciones humanas, que tiene la capacidad de amplificar, transformar o destruir la experiencia. Y ante esta situación nadie está excluido. Con todo, las llamadas enfermedades mentales no son fallas biológicas, sino configuraciones posibles del pensamiento dentro de una red de relaciones.

El pensamiento entonces no se abstrae de las relaciones. Es un fenómeno vivo que emerge del cuerpo, del contacto y del conflicto. Pensamiento y sentir coinciden. Y es aquí donde el lenguaje se carga de experiencias. Y, si el pensamiento es una necesidad, es porque organiza, mide, contiene la intensidad de lo vivido. Y, justamente porque hay cierto tipo de organización, el pensamiento no solo interpreta la realidad, antes bien, la transforma. De modo que, antes que el cerebro, es en el pensamiento donde convergen todas las relaciones. Y en él no hay espacio para la normalidad o la anormalidad. En el pensamiento hay relaciones del cuerpo consigo mismo, del individuo con los otros, las del ser humano con su entorno. Y, como organizador de experiencias posibles, el pensamiento puede alimentarlas o destruirlas. Y allí está el peligro.

El pensamiento comienza a enfermar cuando intenta organizar lo que le desborda o cuando pretende responder a lo que lo condiciona. De modo que el pensamiento, antes de ser estable, opera como una dinámica relacional. Es un proceso activo dentro de una red de relaciones e intenta dar forma a la experiencia sin poder clausurarla por completo. Y es así como aparece el conflicto. No como una lucha entre fuerzas, ni como un efecto del poder, sino como una tensión constante entre el cuerpo sentiente, las relaciones y el pensamiento que se encuentra 'entre' ellos. De modo que el error de la metafísica consiste en no pensar el punto donde el sentir y el moldear se conservan.

En su crítica a la metafísica, Nietzsche rompió con la ilusión que el pensamiento abstracto gobierna la vida. Fue así que afirmó que el cuerpo, los impulsos y las fuerzas son más profundas que las ideas. De modo que la verdad no es sino la fijación momentánea de lo que está en constante devenir. Sin embargo,

Nietzsche no va más allá de las fuerzas. Su proceder es aún dialéctico pues describe el conflicto como lucha, como tensión entre impulsos que deben estar dirigidos a desaparecer a su oponente. Pero jamás sabremos cómo se organiza esta lucha, cómo se convierte en el principio de la vida. El cuerpo en Nietzsche disipa el pensamiento y es así como se desentiende de explicar su funcionamiento. Algo similar pasa en Foucault, muestra que el pensamiento no es libre pues está atravesado por relaciones de poder, por sistemas que norman entre lo normal y lo patológico, entre lo que está permitido y lo prohibido. De modo que para Foucault no hay un sujeto sino procesos de subjetivación que señalan que el sujeto es el resultado de las transformaciones históricas. Sin embargo, el límite de los análisis de Foucault son las propias estructuras. Analiza cómo se producen los discursos históricos, cómo operan las instituciones, cómo se configuran las normas, todas ellas en relación a una dimensión estructural. Es así que no penetra en la dinámica interna del pensamiento, es ciego a las experiencias vividas que, una vez aprehendidas por el poder, se rigidizan en el sujeto.

Lo anterior señala que, tanto en Nietzsche como en Foucault, el pensamiento es un efecto y, por ello, son incapaces de mostrar que el pensamiento es un proceso en constante tensión. Ni la lucha de fuerzas, ni las estructuras de poder son capaces de explicar la cambiante experiencia humana. La experiencia humana persiste como tensión, como proceso inacabado y esta situación atraviesa por completo el pensamiento de Nietzsche y Foucault pues el problema no se limita al cuerpo ni al poder, sino que persiste en la relación dinámica entre ambos. Así, no se trata de intentar dar respuesta al conflicto, sino de pensar el lugar donde la vida y el pensamiento jamás terminan por coincidir. Y es aquí donde se juega la posibilidad de la transformación.

La enfermedad no define la totalidad del pensamiento. Aparece como una modalidad específica: aquella donde la capacidad del pensamiento para reconfigurar sus propias estructuras se descubre limitada. Sin embargo, también en la enfermedad el conflicto excede todo límite pues éste se descubre como la condición misma de la experiencia humana. Lo anterior significa que no hay síntesis final, que no hay resolución total. El pensamiento no puede coincidir plenamente ni con el cuerpo (Nietzsche) ni con las estructuras que lo condicionan (Foucault). Él

permanece siempre en desfase. De suerte que en el desfase se abre un campo doble: a) como repetición, fijación y encierro, b) como transformación, variación y apertura.

La tarea no consiste en eliminar el conflicto, ello implicaría suprimir la propia dinámica de lo humano, sino en comprender las condiciones bajo las cuales el conflicto se hace rígido o se mantiene operativo. Así, para superar a Nietzsche y a Foucault, es necesario pensar que no se trata de elegir entre fuerzas y estructuras, sino en pensar el momento donde ambas dimensiones se tensan sin articularse por completo. Y este 'entre' es pues un proceso, no es algo estable.

La enfermedad del pensamiento no es una falla biológica aislada, sino el resultado de una tensión llevada al extremo. Un pensamiento que no fluye, que ha sido capturado por estructuras rígidas que no puede transformar, es un pensamiento enfermo. Pero un pensamiento que se entrega completamente al caos pierde forma, dirección, posibilidad de comunicación. La disolución del pensamiento en la pura variación sin memoria también es la otra cara de la enfermedad. Así, debemos ser capaces de pensar la condición humana como una oscilación constante entre la entropía y la forma, el impulso desbordante y la estructura que contiene. Cuando lo hagamos seremos capaces de pensar que en esta oscilación el pensamiento deja huellas, no desaparece, se transforma, se repite en la diferencia, retorna bajo nuevas formas.

Manifiesto por la nueva filosofía

La humanidad ha desarrollado la experiencia del pensamiento como si fuera su mayor poder. Con él ha creado lenguajes, culturas, religiones, ciencias y civilizaciones. Pero también divisiones, privilegios, guerras y desequilibrios. El ser humano piensa, pero aún no comprende qué es el pensamiento ni el poder que posee. Durante mucho tiempo hemos creído que el pensamiento es solo una función del cerebro o una herramienta para sobrevivir. Sin embargo, el pensamiento ha construido casi todo el mundo humano: nuestras ideas, nuestras instituciones y nuestras diferencias. Al no reconocer su poder creador, hemos quedado atrapados en las estructuras que el propio pensamiento ha producido.

El pensamiento nació del miedo ante la complejidad de la naturaleza y de la curiosidad por comprenderla. Desde entonces la historia humana ha seguido ese mismo patrón: el miedo busca seguridad y la curiosidad busca conocimiento. Entre esos dos impulsos el pensamiento ha expandido su poder hasta límites insospechados. Pero en ese proceso el ser humano se separó de las enseñanzas de la naturaleza. Para explicar lo que desconocía y despertaba su curiosidad creó la metafísica a partir de un sistema de ideas que con el tiempo se volvieron prisiones del pensar. Así surgieron creencias absolutas, conflictos ideológicos y estructuras de poder que aún determinan nuestra existencia.

La naturaleza, por su parte, desconoce por completo la lógica de los absolutos. Ella se autoorganiza de una manera más profunda: a través de un equilibrio dinámico entre medida y caos. La medida representa el límite, el equilibrio y la armonía (lo apolíneo). El caos la creatividad, el cambio y la transformación (lo dionisiaco). La vida surge y se mantiene justamente en la tensión entre estas dos fuerzas. Y, sin embargo, la humanidad ha desarrollado un pensar que muchas veces ignora la medida y amplifica el caos. De esa falta de equilibrio nacen gran parte de los conflictos humanos y los desequilibrios que afectan el planeta. Por ello es necesaria una nueva orientación para el pensamiento. Una filosofía que aprenda de la naturaleza sin ser naturalista, ni pagana. Una filosofía que reconozca los límites del poder humano, que entienda que el orden absoluto es una ilusión y que el caos total es destrucción.

Y es aquí donde se nos da un nuevo desafío: no se trata de eliminar el caos, sino encontrar medida en él. Esta tarea es difícil porque el propio pensamiento ha creado privilegios, sistemas de poder e intereses que se resisten al cambio. Pero reconocer el poder del pensamiento es el primer paso para liberarlo de sus propias prisiones. El futuro de la humanidad dependerá de nuestra capacidad para comprender el pensamiento que nos creó. Solo entonces podrá surgir una nueva conciencia: un pensamiento capaz de vivir dentro de la naturaleza, no por encima de ella. Un pensamiento que sea capaz de abandonar el control, la dominación y la disposición del mundo. Entre la medida y el caos se encuentra el camino de la existencia. Y él es hoy nuestra última salvación.

El pensamiento humano ha creado estructuras sociales que condicionan la conducta individual; dentro de esas estructuras nacen desigualdades que rompen la medida natural y mantienen al ser humano prisionero de sus propias creaciones. El problema no es solo el pensamiento abstracto, teórico, técnico, dominador, sino cómo ese pensamiento condiciona la conducta individual dentro de nuestras estructuras sociales.

Cada ser humano nace dentro de una sociedad y se adapta a los valores, las creencias, jerarquías, reglas, privilegios o retos que se encuentran en su comunidad. Esto quiere decir que ningún individuo comienza desde cero, que su pensamiento es moldeado por esas condiciones. Así el pensamiento se vuelve prisionero de su contexto social. Debido a esto, la conducta humana suele seguir patrones como: defender a su grupo, proteger su posición, competir por recursos, adaptarse a la lógica del sistema existente. No necesariamente porque las personas quieran el desequilibrio, sino porque el sistema mental y social ya está construido. Desde aquí surgen muchas desigualdades antinaturales. Y la naturaleza funciona con equilibrios dinámicos, pero el pensamiento humano crea: acumulación excesiva, privilegios heredados, estructuras rígidas de poder y esto rompe con la medida natural.

Así, vivimos en una paradoja: el pensamiento humano tiene el poder de comprender el equilibrio de la naturaleza, pero ese mismo pensamiento crea sistemas sociales que impiden el equilibrio. Es como si el pensamiento se volviera contra su propio potencial. Por tanto, la liberación del pensamiento tendrá que ser no solo intelectual, sino también social, cultural, epistémica, económica y ecológica. He aquí la tarea colosal de nuestro tiempo.

Si no hay verdades absolutas, ¿hay ética posible? La respuesta es sí, pero es una ética diferente a la que la tradición filosófica ha propuesto. No es una ética de mandamientos universales (Kant), ni de virtud como fin (Aristóteles), ni de utilidad calculable (Mill). Es una ética del límite: la práctica de reconocer que toda forma es provisional y actuar desde esa conciencia.

Los principios de esta ética emergente podrían ser enunciados como sigue: a) como provisionalidad: toda estructura, norma o verdad es un instrumento temporal,

no una realidad eterna. La ética del límite se niega a absolutizar, b) como la escucha del cuerpo: el cuerpo es el indicador primario de cuando una idea se vuelve excesiva. La ética del límite presta atención a esas señales en lugar de suprimirlas, c) como responsabilidad sin culpa: se puede actuar bien sin creer en una moral perfecta. La responsabilidad no requiere certeza absoluta; requiere atención y honestidad sobre el origen de las propias acciones, d) como tolerancia a la ambigüedad: la capacidad de convivir con la contradicción sin resolverla a la fuerza es una virtud, no una debilidad. La ambigüedad es señal de que el pensamiento está en contacto con la complejidad real, e) como la no fijación de la identidad: ninguna persona, comunidad o cultura es completamente definible. Actuar desde esa apertura evita la intolerancia que nace de la identidad rígida.

El pensamiento futuro – o dicho con mayor precisión – el pensamiento que ya es posible y que este sistema intenta articular, no es un anti-pensamiento. No propone el silencio, el instinto puro ni el rechazo de la razón. Propone un pensamiento más lúcido, menos soberbio, más atento a sus límites. Un pensamiento que no confunda el orden con la verdad. Un pensamiento que no tema el temblor de lo abierto. Un pensamiento capaz de caminar entre la medida y el caos sin absolutizar ningún polo. Este pensamiento tiene características precisas: es encarnado —reconoce su origen en el cuerpo y en la historia—, es provisional —sabe que toda forma es temporal—, es dialógico —no busca imponerse sino relacionarse—, y es auto-observante —puede verse a sí mismo en acción sin paralizarse.

La Inteligencia Artificial como el nuevo portal del pensamiento

Estamos en las puertas de una nueva modificación de nuestro pensar. En ellas la Inteligencia Artificial (IA) puede lograr que el pensamiento adquiera nuevas dinámicas. Esto se distingue de la idea, hoy generalizada, que la IA piensa como nosotros. Señalar que ella es la fuente de una transformación no es aceptar que ella sea nuestro sustituto. Si el pensamiento es una propiedad emergente de sistemas complejos, entonces cuando añadimos un nuevo tipo de sistema complejo (IA), no

estamos simplemente agregando una herramienta; estamos modificando el ecosistema donde el pensamiento humano emerge. Esto nos conduce a nuevas formas de interacción con el conocimiento y, por añadidura, con la realidad. Lo que cambia es una gran ampliación en la memoria: la IA funciona como la extensión de nuestra memoria simbólica y esto altera la manera en la que organizamos el pasado. Asistimos así a una nueva imaginación asistida: la IA puede combinar ideas que nosotros no habíamos relacionado y esto modifica la dinámica del futuro posible. También nacen nuevas velocidades en el procesamiento de información: el tiempo del pensamiento se ha transformado: lo que antes tomaba años ahora puede tomar horas y, finalmente, estamos ante una nueva interacción simbólica no-biológica: por primera vez, el pensamiento humano dialoga con un sistema que reorganiza símbolos sin tener como intermediario un receptor biológico.

Lo anterior no significa que la IA posea conciencia o experiencia emocional. Pero sí significa que altera la red donde el pensamiento humano se despliega. Y es así que ya podemos decir: el pensamiento humano emergía del sistema cerebro-cuerpo-cultura. Ahora emerge del sistema cerebro-cuerpo-cultura-IA y esto cambia la dinámica. Esto no significa que la IA posea pensamiento en el sentido humano. Pero sí que reconfigura el espacio donde el pensamiento humano opera.

La inteligencia artificial no aparece en los manuscritos como tema central, pero se desprende naturalmente del sistema filosófico propuesto como su horizonte más urgente. Si el pensamiento es energía organizada que se expande mediante el lenguaje y la socialización hasta convertirse en poder, la inteligencia artificial representa una aceleración radical de este proceso: como un pensamiento que se separa del cuerpo individual y opera a una escala y velocidad inéditas.

Desde el sistema medida-caos, la IA puede interpretarse de dos maneras radicalmente distintas: *primero*, como la nueva forma de la enfermedad: si la IA cristaliza y amplifica los patrones del pensamiento enfermo —certezas absolutas, control total, reducción de la complejidad, administración del caos— entonces representa la versión más sofisticada del mecanismo crear-crear-obedecer. Los algoritmos ya median lo que pensamos, deseamos y tememos. La IA a gran escala puede convertir esa mediación en algo casi invisible e irresistible. *Segundo*, como la nueva posibilidad del equilibrio dinámico: si la IA se desarrolla desde la conciencia de sus propios límites, si se diseña para abrir posibilidades en lugar de cerrarlas, si

se usa para ampliar el margen en lugar de restringirlo, puede ser una herramienta del pensamiento lúcido. Una IA que reconozca la provisionalidad de sus modelos y la pluralidad irreducible de las formas de vida sería una expresión técnica de la ética del límite.

La pregunta decisiva es la misma que se aplica a todos los sistemas de pensamiento: ¿absolutiza o abre? ¿Recuerda su origen o lo olvida? ¿Sirve a la vida o la administra? La IA no es neutra. Como todo pensamiento socializado y cristalizado, lleva las marcas de quienes la producen, de los datos con que se entrena, de los objetivos para los que se diseña. El riesgo más grave no es la IA como entidad autónoma que domina a los humanos: es la IA como amplificador de la enfermedad del pensamiento humano, producida por él y retroalimentando sus peores tendencias a una escala global.

La IA representa, en definitiva, la prueba más exigente del sistema filosófico propuesto: si el pensamiento humano es capaz de crear una herramienta que reconozca sus propios límites y sirva al equilibrio dinámico entre medida y caos, habrá dado un paso genuino. Si la usa para absolutizar, controlar y dominar con mayor eficiencia, habrá producido su propia versión más perfecta de la enfermedad.

El eterno retorno de lo diferente

Todo lo que hemos pensado hasta aquí es una nueva interpretación del eterno retorno. Pero no como la repetición idéntica de lo mismo, sino como la persistencia de las estructuras y tensiones del pensamiento a lo largo de su despliegue histórico. El eterno retorno de lo diferente es el pensamiento medido. En él el pasado no se extingue, sino que permanece como la energía organizada en las formas actuales de nuestras lenguas, nuestra moral, nuestras leyes. Cada intento de medida arrastra esta historia y cada ruptura es también una nueva novedad. Así, el yo no solo piensa, como creyó con tanta lucidez Descartes, también habita las huellas de los pensamientos anteriores. Y lo hace en una dinámica donde ordenar y desbordar ya no son opuestos absolutos, sino momentos intrínsecos de un proceso inmortal.

De modo que la tensión entre el caos y la medida no es abstracta. Se encarna en cada relación humana, en cada institución, en cada intento de convivir con los otros. En la familia, el lenguaje, la moral y las normas aparecen desde su inicio como

modos básicos de organización. En ese espacio se enseña lo que está bien, lo que está mal, comportamientos e, incluso, modos de vivir. Esto permite a los seres humanos formarse una identidad, generar pertenencia, darse continuidad. Sin embargo, cuando estas formas se vuelven rígidas, el pensamiento individual empieza a vivir el conflicto. El hijo que no encaja en las normas familiares no es una diferencia, es vivido como problema. Y allí lo que pudo ser una variación del pensamiento es interpretado como una desviación. Entonces comienza la fractura: el individuo puede reprimir lo que piensa y siente para ajustarse. Y aquí la medida ya organiza, reprime.

En la educación ocurre algo similar. El conocimiento es transmitido como una estructura, por medio de conceptos, reglas, tradiciones, métodos. Y, aún cuando es necesario, pues sin estructura no hay aprendizaje acumulativo, cuando el sistema educativo prioriza la repetición sobre la comprensión, se produce un pensamiento enfermo, fijo. El estudiante aprende a actuar respondiendo a fines, pero ha dejado de pensar. El resultado no es la ignorancia, es algo más complejo: un pensamiento que funciona dentro de ciertos límites, pero que tiene dificultad para salir de ellos. Es un pensamiento eficiente para el sistema que lo educa, pero no es un pensamiento libre.

En la política y la economía la medida toma la forma de leyes, jerarquías y sistemas de control. Se establecen reglas para coordinar grandes grupos humanos, todo ello para evitar el caos total. Sin embargo, esas mismas estructuras se convierten en mecanismos de imposición pues reducen la diversidad del pensamiento social. Las ideologías, en tanto que rígidas, operan como moldes. No importan las vivencias concretas, todo debe encajar en las formas previas. El pensamiento enfermo ha dejado de explorar, de experimentar, de imaginar y empieza a defender posiciones ideológicas. Aquí la 'enfermedad' no es individual sino colectiva.

Como hemos visto, en las llamadas 'enfermedades psicológicas', esta tensión es más evidente. Tradicionalmente han sido situadas en el cerebro o en la mente. Pero desde esta perspectiva, hemos señalado, pueden entenderse también como el resultado de relaciones complejas donde el pensamiento ha sido llevado a su enclaustramiento. Demasiado contenido o demasiado desbordado. La metafísica y la posmodernidad se identifican en sus extremos. Un pensamiento atrapado en normas internas rígidas puede experimentar ansiedad, culpa o incapacidad para

actuar fuera de ciertos esquemas. Y un pensamiento sin estructuras suficientes puede vivir en la dispersión, en la pérdida de objetivos, en la imposibilidad de vivir en el sentido. Y no se trata de negar la fuerza del mundo biológico, sino de ampliarla. El cuerpo, el pensamiento y las relaciones sociales forman un mismo sistema en tensión. Y esto es así porque la vida humana es, en su esencia, un campo de fuerzas. En medio de esta situación existencial el pensamiento no puede ser aislado: es el lugar donde las fuerzas se encuentran, chocan, dejan huellas.

De modo que cada vida es conflictiva y esto no es un error, sino la condición de existir. La lucha entre lo que desborda y lo que contiene no se resuelve, se vive. Con todo, la cuestión fundamental no consiste en eliminar la medida ni en entregarse al caos, sino en reconocer la tensión y evitar que alguno de los polos se torne absoluto. Y esta situación permite la transformación. El eterno retorno adviene en la diferencia, pero la diferencia nacida de la medida es la creatividad, no es la repetición de lo mismo.

Conclusiones provisionales

El argumento que traspasa por completo este libro puede resumirse en tres movimientos que se implican mutuamente. En el origen, el pensamiento no es una anomalía del cosmos: es una de sus formas más complejas. Nació del cuerpo, del sentir, del instinto, de la memoria. No es ajeno a la vida; es su expresión más elaborada. En la enfermedad, el pensamiento olvida su origen. Se separa del cuerpo que lo produjo, absolutiza sus construcciones, convierte las herramientas en verdades y las verdades en poder. Este poder opera a través del lenguaje, las instituciones y —lo más perturbador— la participación voluntaria de quienes sufren sus efectos. En el futuro, no hay solución definitiva. Pero hay lucidez. La medida y el caos se encuentran en tensión constante, ofrecen una ética del límite: no controlar la vida, sino entender su inestabilidad. Y la inteligencia artificial, dependiendo de cómo se desarrolle, puede representar la amplificación de la enfermedad o el umbral hacia una nueva forma de pensar. La enfermedad del pensamiento es su necesidad de volverse absoluto; su cura es recordar que toda forma es provisional y abrirse, con medida, al caos del que surgió.

De suerte que lo anterior puede ser diagnosticado a través de ciertos principios axiomáticos. Estos, tal como lo hicieron los axiomas para la lógica, pretenden hacer explícitas las afirmaciones más básicas de nuestro sistema — aquellas que no se demuestran sino que se adoptan como punto de partida— y mostrar cómo de ellas se derivan, con coherencia, las proposiciones y tesis centrales. Lo que sigue es ese trabajo. Estos principios se han adoptado porque son coherentes entre sí, porque permiten explicar una cantidad amplia de fenómenos y porque ningún argumento conocido los refuta de manera definitiva. A1. La energía como sustrato universal: todo lo que existe es energía organizada en distintos niveles de complejidad. No hay una sustancia separada llamada 'mente' o 'espíritu' que exista al margen de la organización material. El pensamiento es una forma de energía organizada, no una excepción a las leyes del universo. A2. La prioridad ontológica del sentir: el sentir precede al pensar. El cuerpo establece relaciones con el mundo antes de que exista alguna representación cognitiva de estas relaciones. Todo pensamiento tiene como sustrato un proceso somático que lo precede y lo condiciona. A3. La memoria como estructura activa: toda experiencia deja una

huella que no desaparece sino que persiste como estructura activa en el presente. El pasado no es algo que haya quedado atrás; sigue operando en cada percepción, decisión y reacción. No recordamos el pasado: lo prolongamos. A4. El pensamiento como construcción: el pensamiento no descubre una realidad previamente dada; la construye mediante categorías, modelos y estructuras que nunca son neutrales. Toda representación es ya una interpretación. No hay acceso ingenuo a 'lo real'. A5. La inevitabilidad del caos: El caos no es un defecto del universo ni un estado a eliminar. Es la condición constitutiva de la realidad y de la vida. Sin caos no hay novedad, no hay cambio, no hay pensamiento genuino. Todo orden es administración temporal del caos, no su eliminación. A6. La necesidad del orden provisional: el ser humano no puede vivir en incertidumbre total. Necesita estructuras, referencias y estabilidad. El orden es necesario para la vida, pero se vuelve patológico cuando se absolutiza y olvida su carácter provisional y construido. A7. La tendencia a la absolutización: El pensamiento tiene una tendencia estructural a convertir sus propias construcciones en realidades definitivas, a olvidar su origen y a presentarse como verdad incuestionable. Esta tendencia no es un error accidental: responde a necesidades reales del cuerpo (reducción del miedo, identidad, estabilidad), pero produce dominación cuando se socializa.

Una vez que comprendamos estos axiomas ya estaremos listos para asumir que el pensamiento es el proceso mediante el cual la memoria se relaciona consigo misma para organizar, comparar, anticipar y comunicar la experiencia. No es una facultad pura ni separada del cuerpo: es energía organizada que nace del sentir y opera mediante el lenguaje y que la enfermedad del pensamiento es el estado en que el pensamiento olvida su origen, absolutiza sus construcciones y se impone sobre la vida que lo produce. Se manifiesta como certeza absoluta, clausura del sentido, intolerancia al caos y producción de estructuras de dominación. De modo que se hace completamente necesario acudir a la medida, ella es la capacidad de sostener límites sin absolutizarlos, la disposición a reconocer que toda forma es provisional, la inteligencia que impide que el orden se convierta en tiranía sin disolver la posibilidad de organización. Así, en un sentido filosófico totalmente novedoso, el caos es la dimensión irreducible de la apertura, la novedad y la indeterminación presente en toda realidad. No es desorden total ni ausencia de estructura, sino la condición que impide que cualquier estructura se cierre definitivamente sobre sí

misma. Y así llegamos a un equilibrio dinámico, él es la tensión activa y permanente entre la medida y el caos. No es un punto medio estático ni una síntesis definitiva, sino el estado en que ningún polo anula al otro. Es la condición de la salud del pensamiento. Con todo, el poder, en el sentido filosófico que le pertenece, consiste en la cristalización del pensamiento en estructuras que se presentan como naturales e inevitables. Comienza en el pensamiento (en la forma de ordenar y jerarquizar), se expande mediante el lenguaje y se consolida en instituciones sociales, políticas y económicas. Y el margen, es entonces el espacio dentro del sistema de poder que permite movilidad porque no todo está completamente fijado. No es un exterior puro al poder, sino la posibilidad de variación, cuestionamiento y micro-transformación que persiste dentro de cualquier estructura.

De acuerdo con lo anterior fue necesaria una reinterpretación de la voluntad de poder. Ella ya no es primariamente impulso de dominio sobre otros, sino la tendencia estructural del pensamiento a absolutizarse: a convertir cualquier forma —incluyendo la forma de la rebeldía— en certeza definitiva. Opera en el nivel cognitivo (clausura del sentido), social (normas que se naturalizan) e histórico (ciclos de dioses con nuevas máscaras). Por esto es necesaria una ética del límite: un sistema normativo que emerge del equilibrio dinámico. No postula mandamientos universales sino disposiciones: reconocer la provisionalidad de toda estructura, escuchar las señales del cuerpo, tolerar la ambigüedad, actuar sin absolutizar la propia posición. Estas grandes modificaciones de la historia del pensamiento solo nos fueron posibles de alcanzar gracias a la ruta del pensamiento. Ésta es la secuencia genética que va de la energía al sentir, del sentir al instinto, del instinto a la memoria, de la memoria al pensamiento, del pensamiento a la conciencia, de la conciencia a la imaginación, de la imaginación al lenguaje, del lenguaje a la socialización, de la socialización al poder. Donde cada etapa condiciona la siguiente y permanece activa en ella.

Y, finalmente, si el pensamiento es construcción y toda construcción tiende a absolutizarse, entonces el pensamiento no puede garantizar por sí solo su propia corrección. Necesita de algo exterior a él —el cuerpo, el caos, la crítica— para no cerrarse sobre sí mismo. Si el sentir precede al pensar y el pasado opera como estructura activa, entonces ningún pensamiento comienza desde cero. Todo pensamiento hereda condicionamientos que no eligió y que solo puede ver

parcialmente. Si el caos es inevitable y el orden es necesario pero provisional, entonces toda estructura de pensamiento que pretenda ser definitiva está condenada a producir violencia: la violencia de suprimir lo que no encaja en ella. Si el poder comienza en el pensamiento y el pensamiento tiende a absolutizarse, entonces ningún sistema político —incluyendo la democracia— está inmune a convertirse en instrumento de dominación si el pensamiento que lo sostiene no mantiene su capacidad crítica. Si el individuo no solo es oprimido por las estructuras sino que las reproduce desde dentro, entonces la transformación política sin transformación del pensamiento es superficial: produce nuevas máscaras del mismo mecanismo.

Así, cuando las ideas metafísicas nacen de necesidades reales del cuerpo, pero terminan dañándolo al imponerle modelos imposibles, entonces su crítica no puede ser una simple negación. Debe reconocer la necesidad que satisfacen para proponer algo que la satisfaga sin el costo de la rigidez. Con todo, si el pasado persiste como estructura activa y el pensamiento tiende a presentarlo como superado, entonces la creencia en el progreso lineal es una forma de la enfermedad del pensamiento: otra construcción que olvida su origen. De modo que, si la IA amplifica y acelera los patrones del pensamiento socializado, y si ese pensamiento tiende a absolutizarse, entonces la IA sin ética del límite es la forma más peligrosa de la enfermedad del pensamiento: opera a escala global, a velocidad inhumana y con invisibilidad de sus mecanismos.

El pensamiento humano contiene en su propia constitución la tendencia a su enfermedad. No como accidente ni como error, sino como consecuencia de su éxito: cuanto más eficaz es para organizar la vida, más teme perder ese control, y en ese miedo olvida que sus construcciones son construcciones. La enfermedad no viene de afuera; es una posibilidad interna al pensamiento mismo. Todo pensamiento que se absolutiza produce poder; todo poder requiere olvidar su origen para sostenerse; todo origen olvidado se repite con nuevas formas. Por eso la historia del pensamiento es la historia de la sofisticación del control, no su superación: de Zeus al mercado, del rey al algoritmo, el mecanismo crear-creer-obedecer persiste. Sin embargo, en tanto que no hay exterior absoluto al sistema de poder, y que el pensamiento no puede salir de sí mismo usándose más que a sí mismo, la única transformación posible no es la ruptura total sino el margen: la variación consciente

dentro de la estructura, producida por la observación del pensamiento en acción. El margen no es impotente: es lo único que evita que todo sea pura repetición. Así, la salud del pensamiento no consiste en eliminar el caos, ni en eliminar el orden, sino en mantener la tensión activa entre medida y caos. Un pensamiento que habita esa tensión sin absolutizar ninguno de sus polos es un pensamiento lúcido: sabe que construye, sabe que sus construcciones son provisionales y actúa desde esa conciencia. Es por lo anterior que la voluntad de poder responde a la tendencia del pensamiento a absolutizarse. Se manifiesta como clausura cognitiva (certeza absoluta), como dominación social (normas que se naturalizan) y como ciclos históricos (dioses con nuevas máscaras). Su cura no es suprimirla —eso sería otro absolutismo— sino hacerla visible. La voluntad de poder reconocida en acción pierde su carácter tiránico y se convierte en herramienta consciente. En otras palabras, si toda estructura es provisional y ninguna verdad es absoluta, la ética no desaparece sino que cambia de forma: de mandamientos universales a disposiciones concretas. La ética del límite es posible y necesaria: no requiere certeza absoluta, sino atención al origen de las propias acciones, escucha del cuerpo, tolerancia a la ambigüedad y resistencia a la absolutización. Esta ética es compatible con el pluralismo y más honesta que cualquier moral que se presente como la moral definitiva. Es aquí donde nace el pensamiento del futuro, a decir, el pensamiento que debemos llamar *post-metafísico*.